



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA

LICENCIATURA EN SOCIOLOGÍA

TESINA

Título

“En los zapatos de otros. La construcción de subjetividad colectiva en un movimiento de trabajadores desocupados”

Alumno/a: Vila, Mariana Paola

Legajo: 78358/6

Correo electrónico: vila_marianapaola@yahoo.com.ar

Director: Retamozo, Martín.

Fecha.: 29 de abril de 2011.

Resumen

La consolidación del modelo neoliberal en la Argentina de los años noventa, generó un fuerte impacto en los sectores subalternos y en sus formas históricas de dar sentido. Al mismo tiempo se abrieron espacios de disputa por la construcción de sentido y de acción colectiva con posibilidad de resignificar experiencias históricas, tal como es el caso de los movimientos desocupados. Estas nuevas formas de organización y participación política con anclaje barrial, caracterizadas por acciones de protesta mediante la modalidad de cortes de ruta, fueron paulatinamente constituyéndose en espacios de disputa del orden social relevantes hasta la actualidad.

A razón de esto último, la siguiente investigación propone un análisis sobre los aspectos subjetivos de experiencias colectivas de trabajo de militantes y participantes de base al interior del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón Barrio Malvinas de la ciudad de La Plata, 2009. Fundamentalmente, busca analizar cómo se constituyen y relacionan ambas subjetividades a partir de sus experiencias de trabajo colectivas y cotidianas, con el propósito de entender el proceso de conformación de subjetividad colectiva. En tal dirección, recorre el universo de representaciones, imaginarios, visión de futuro y proyecto colectivo puesto en locución en las prácticas colectivas del movimiento de desocupados en estudio.

La presente investigación busca dar cuenta de los elementos de mediación subjetiva puestos en juego en experiencias de trabajo colectivo a razón de considerar la centralidad de la demanda laboral en la conformación de los movimientos desocupados. De este modo, el análisis contempla el contexto de crisis y transformación de la Argentina neoliberal en las últimas década, permitiéndonos pensar no sólo la relación entre orden social, subjetividad y acción dentro de la perspectiva de un movimiento

social en concreto sino, también, abriendo preguntas de interés para otros estudios abocados a la misma problemática.

Términos claves

Movimientos de Trabajadores Desocupados, Subjetividad Colectiva, Subjetividad militante y de participantes de base, Experiencias de trabajo colectivas y cotidianas.

Agradecimientos	4
Capítulo I	
1. Presentación.....	6
2. Apartado metodológico.....	12
Capítulo II	
1. Estado de la cuestión: Enfoques sobre los Movimientos de Trabajadores Desocupados.....	17
2. Claves teóricas	
a) Estructura, sujeto y acción.....	37
b) Movimientos sociales y acción colectiva.....	55
c) Subjetividad Colectiva.....	68
Capítulo III	
El comienzo: La historia del MTD Aníbal Verón Barrio Malvinas.....	76
Capítulo IV	
Subjetividad militante.....	92
Capítulo V	
Subjetividad de base	109
Capítulo VI	
Encuentro de subjetividades: la construcción de subjetividad colectiva.....	122
Capítulo VII	
Reflexiones finales.....	141
Bibliografía.....	147

Agradecimientos

La escritura de la tesina hizo posible abrir la valija de experiencias que a lo largo del tiempo he sembrado junto a personas muy significativas en mi vida.

Por esta razón, deseo dedicar este trabajo a la memoria de mi tía **Vila, Laura María** y extender un fuerte abrazo a mis primos, **Belén y Luciano**, a quienes quiero mucho.

También, deseo agradecerte a vos **mami** por enseñarme la magia de ir tras mis sueños y por apoyarme siempre incondicionalmente en cada proyecto de mi vida. Por enseñarme a ocuparme por lo que creo justo y mostrarme la grandeza del trabajo hecho con esfuerzo, solidaridad y amor. Por sembrar la búsqueda de mis ilusiones y favorecer la apertura de tanto caminos. Te amo.

A vos **papi**, por mostrarme el valor de la verdad y la amistad. Quiero darte un enorme reconocimiento porque estuviste a cada momento recordándome estas notas fundamentales. Porque sos una persona muy noble que enseñó a ver y valorar a las personas que se cruzan en el camino. Te amo, no hay nada que me emocione más que seas mi papá.

A vos **Emi**, gracias por ser un pilar fundamental en mi vida. Quiero agradecerte inmensamente, porque junto a vos aprendí a caminar en el sentido literal y metafórico. Mirarte crecer y crecer juntos fue una experiencia maravillosa. Quiero darte las gracias por todos esos momentos y porque hoy, siendo ya un adulto, sigo viendo en tus ojos un ser tan adorable, agradable y con una gran calidad humana. Gracias, te admiro y te amo.

A vos **abuelita** hermosa, te quiero agradecer porque en tu ternura y amor incondicional puede encontrar un lugar de dónde sacar fuerzas para subir la cimas más altas de mi vida. Gracias porque estuviste atenta a cada suceso importante de mi vida. Te amo.

A vos **Diego**, quiero darte gracias por creer en mí y estar siempre conmigo en exactamente todos los momentos de mi vida desde que nos conocimos. Quiero decirte que es grandísimo el papel que cumpliste en el desarrollo de mi carrera pero, fundamentalmente, en mi vida. Me alentaste cuando tuve miedo y esperaste ansioso en cada examen. Gracias. Te amo.

A **Ana julia**, por todos momentos que vivimos juntas en ésta carrera, desde las largas horas de estudio como los encuentros por fuera. Te llevo en lo hondo de mi corazón y agradezco el día que la facultad me dio el enorme regalo de conocerte y encontrar una amiga de tu talla.

A **Agustina**, gracias por los imborrables momentos que compartimos juntas, por las tantísimas experiencias de satisfacción, por los años de carrera juntas y por la felicidad de contar con tu amistad. En mi memoria estará siempre presente el camino hasta “nuestra esquina”. Gracias, te quiero muchísimo.

A **Elizabeth**, por estar conmigo en todas las grandes situaciones de mi vida, sos muy buena amiga y persona. Celebro tu metódica exigencia entre un punto y una coma mal ubicada,

ya que me han dado de reír en cada mesa de estudio y me permitió conocer un ser hermoso e increíblemente singular. Te adoro.

A **Vianel**. Te doy gracias por ser tan excepcional. Te quiero muchísimo y me río tanto con vos que espero siempre seguir encontrándote en cada paso de esta vida. La felicidad de tenerte como amiga es gigante. Gracias

A **Paula R**. Quiero agradecerte por tu cálida compañía y por todos los momentos que compartimos en el viaje de nuestra profesión. Sos una persona admirable, con un inmenso valor humano. Agradezco haberte conocido y tenerte como amiga. Te quiero mucho.

A **Paula P**. Agradezco muchísimo tu hermosa compañía a lo largo de la carrera, el regalo de tu alegría y todos momentos que vivimos y que llevaré conmigo siempre. Te quiero mucho.

A **Aldana**, quiero agradecerte especialmente porque son una gran persona y amiga en la que puedo encontrar un lindo par con quien compartir un abanico inmenso de cosas que trae la vida. Gracias, te quiero mucho.

A **Vanesa**. Quiero agradecerte por acompañarme siempre, por apoyarme y darme tanto aliento. Gracias por regalarme tu amistad y una compañía tan linda. Te quiero mucho.

A **Santiago y Rosario**, por ser tan grata la experiencia de estudio con uds. Porque fueron el complemento perfecto en cada ronda de estudio, porque los recordaré por siempre cada vez que piense en la profesión. Gracias.

A cada uno/a de los/as **lanzallamas**. Porque soñar con ustedes es una experiencia increíble y porque juntos imaginamos, creemos y apostamos todo lo mejor de nosotros por cambiar las miserias y aberraciones de una sociedad por demás injusta. Gracias

A **Lorena Gambaleri, Ana Bader y familia de Diego**. Porque me acompañaron siempre y hemos pasado grandes momentos. Los/as quiero. Gracias por estar cerca.

A mi director **Martín Retamozo**, quiero agradecerle muy especialmente porque me acompañó y orientó durante todo el proceso de este trabajo. Porque ha sido enorme su dedicación y seguimiento. Porque valoro y admiro las personas que acompañan la inteligencia con una gran calidez humana. Muchísimas gracias.

A **Victoria D'amico**, quiero agradecerle por su enorme colaboración y solidaridad con mi tesina. Porque es una excelente profesional y persona que, con una enorme predisposición, dedicó tiempo y compromiso a este trabajo. De corazón, muchísimas gracias.

*Vila, Mariana Paola
La Plata, febrero de 2011.*

Capítulo I

1. Presentación

Esta tesina constituye un análisis de los aspectos subjetivos de experiencias colectivas de trabajo de militantes y participantes de base en el interior un Movimiento de Trabajadores Desocupados en Argentina. En forma amplia, se busca indagar sobre los procesos de conformación de los sujetos y movimientos sociales recuperando el concepto de subjetividad colectiva como categoría central para la comprensión de los fenómenos de disputa por el orden social relevantes en la actualidad.

Particularmente, el centro de interés radica en comprender las relaciones entre las subjetividades de sujetos sociales portadores de elementos de sentido y experiencias de trabajo plurales dentro de un movimiento colectivo específico tal como el movimiento de desocupados, bajo el propósito de indagar sobre los procesos de conformación de una subjetividad colectiva. En tal dirección, se propone un análisis sobre cómo se constituyen y relacionan las subjetividades de los militantes y participantes de base a partir de las construcciones de sentido que rodean experiencias de trabajo colectivas y cotidianas del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón Barrio Malvinas de La Plata, durante el 2009. De este modo, la tesina emprende un recorrido por el universo de representaciones, imaginarios, visión de futuro y proyecto colectivo puesto en locución en las prácticas colectivas de la agrupación en estudio.

Esencialmente, el enfoque sugerido en esta tesina presenta algunas claves argumentativas que enmarcaron el proceso del trabajo de investigación y que resulta imprescindible mencionar a los fines de explicitar y explicar los puntos de partida del desarrollo de este estudio.

Básicamente, el interés por revalorizar espacios colectivos y cotidianos donde se desarrollan tramas de acción y subjetividad social, surge a razón de considerar las implicancias políticas, económicas y culturales causadas por la consolidación del modelo neoliberal durante la década del noventa en el país.

Siguiendo a un conjunto de autores (Beccaria y López, 1996; Beccaria, 2002; Svampa, 2005; Merklen, 2005, entre otros) se sostiene que la reconversión productiva iniciada bajo el último golpe militar en Argentina y su consolidación en los años noventa, marcaron un periodo de cambios estructurales en el país. Sus manifestaciones más evidentes tales como la desindustrialización, la flexibilización laboral, las privatizaciones de obras públicas y la desregulación social fueron aumentando la brecha de polarización, sumergiendo al tejido social en los efectos de la “descolectivización”¹. Conjuntamente con este proceso, las fábricas perdieron el lugar central en tanto espacios de construcción identitaria y otros lugares de socialización fueron emergiendo. Consistió en el pasaje de “la fábrica al barrio”, en el proceso de inscripción territorial de las clases populares en nuevos sitios de organización. Una nueva configuración de lo social y repertorios de acción colectiva que se descentraron hacia lo local o el barrio.

La aplicación de las políticas de ajuste, implicó profundos cambios en el mundo laboral caracterizados por un aumento del desempleo, precarización y flexibilidad. Las reformas estructurales pusieron en marcha un mercado de trabajo formal cada vez más restrictivo que obligó a un número importante de trabajadores a desplazarse hacia el sector informal y a una capa no menor de la población al desempleo (Beccaria, 2002).

La contracción de la clase trabajadora formal, el crecimiento del proletariado informal y la incapacidad para reducir la pobreza de las políticas laborales puestas en

¹M. Svampa (2005). Recupera el término de “descolectivización” (Castel: 1995 y 2000) para hacer referencia a la pérdida de soportes colectivos que configuran la identidad de un sujeto (referidos al mundo del trabajo y la política) y la entrada a un periodo de “individualización” de lo social.

marcha, produjeron un fuerte golpe a la capacidad de representación de las fuerzas sindicales. Estas reformulaciones del trabajo asalariado significaron no sólo una transformación de los soportes de sus identidades sociales sino también una fragmentación del espacio laboral como lugar de movilización política (Portes y Hoffman, 2003).

Como resultado del nuevo patrón de acumulación, el mercado fue ocupando un lugar cada vez más preponderante en la articulación de las relaciones sociales, al tiempo que fue alterando las antiguas funciones estatales, el mundo laboral y las formas de sociabilidad hasta entonces establecidas. Fundamentalmente, porque el neoliberalismo supuso la retirada del Estado como garantía de acceso a los bienes sociales y la centralidad del libre mercado como médula principal para la organización social, basada en la propiedad individual, el consumo y el individualismo. La ideología neoliberal, a través de la proclamación de la libertad individual de elección y la liberalización de los mercados, hizo un culto a la individualización de las responsabilidades en la obtención de los recursos materiales y simbólicos. Exigió que cada individuo de manera particular responda por sí mismo para garantizarse el acceso a recursos sociales (Svampa, 2005).

Al mismo tiempo, la heterogeneidad de las situaciones y posiciones, tanto económicas como sociales, fue dividiendo a la sociedad en dos: una franja reducida de “ganadores” (élites planificadoras, sectores gerenciales y profesionales) y un grupo heterogéneo y amplio de “perdedores” (entre los que cuentan la tradicional clase media y de servicios que fue cayendo en la pauperización, descalificación social y precariedad laboral; antiguos y nuevos proletariados y los desocupados). “A su manera, y pese a la desigualdad de recursos y oportunidades, tanto los “perdedores” como los “ganadores” del nuevo orden social terminaron por interiorizar ese mandato propio del nuevo orden neoliberal” (Svampa, 2002: 58).

En el caso de la Argentina (Becarria y López, 1996) esta transformación resultó significativa ya que, en su pasado reciente, el trabajo asalariado representaba un fuerte mecanismo de integración social, fuente de derecho y seguridad garantizada por el Estado. Con el inicio de la reconversión productiva en los años '70, la agudización de la generación de empleo formal, la reducción de salarios y la ampliación de las brechas de salarios entre grupos de trabajadores se fueron erosionando los principios de cohesión que regían en el proceso de industrialización.

En consecuencia, las fábricas perdieron el lugar central como sitios de construcción identitaria. Se forjaron nuevos espacios de acción y movilización política de carácter territorial. Las “reformas neoliberales” y su reordenamiento social, afectó a los sectores más vulnerables de la sociedad y a las condiciones de sociabilidad que imperaban hasta entonces. Por un lado, las premisas de individualismo, competencia y consumo se constituyeron en regularidades en las formas de dar sentido al mismo tiempo que obraron para reproducir el sistema de relaciones asimétricas. Fueron gestando una dinámica social envuelta dentro de los sentidos dominantes con capacidad de incidir en todo el conjunto social. Por otro lado, el impacto del neoliberalismo dio lugar a la conformación de nuevos espacios de disputa por la construcción de sentido y de acción donde resignificar experiencias históricas dentro de una nueva organización tal como es el caso de los movimientos de desocupados (Retamozo 2006).

A razón de esto último, se propone recuperar un enfoque que avanza sobre el campo de los movimientos sociales y la acción colectiva profundizando en los procesos de conformación de los espacios de disputa por el orden social a partir de la incorporación de la categoría de subjetividad colectiva. Se busca indagar sobre los elementos de sentido que se desarrollan al interior de los movimientos sociales entendidos como mediaciones entre estructura y acción (De la Garza, 2001).

Para ello, siguiendo otro conjunto de autores (Zemelman, 1997; De la Garza, 2001; León, 1997; Retamozo 2007) retomamos algunas notas fundamentales de la relación entre estructura, subjetividad y acción, útiles a los fines de poder dar cuenta sobre los procesos de conformación de los sujetos sociales y su accionar colectivo.

Uno de los puntos de partida que comparten este conjunto de autores, es considerar a la cultura como proceso histórico y social de acumulación de significados. Este concepto de cultura, admite un campo amplio de significados que no se agota en normas y valores sino que contempla la integración de significados de orden moral, estético, cognitivo y hasta de razonamiento cotidiano (deductivo, inductivo, sentido común, analogía, hipergeneralización, etc.). El entramado denso significativo que ofrece la cultura es el resultado del desarrollo socio-histórico de producción, acumulación y selección de sentidos en los cuales las jerarquías de poder de los grupos sociales se hacen presentes (De la Garza, 2001).

Lo que estos autores defienden es una mirada sobre la cultura como un espacio de lucha entre diferentes cosmovisiones del mundo que lejos de ser involuntaria, ingenua y desarticulada, implica siempre una referencia a los conflictos estructurales, a las tramas de poder que se mueven y desarrollan en el recorrido histórico. Es decir, reconocen que los sujetos sociales, por medio de procesos de interacción producen y reproducen significados con los cuales van conformando conglomerados para dar sentido que ponen en juego sus propios intereses y que se sitúan en el campo cultural como elementos de disputa por la hegemonía. Pero que, sin embargo, se trata siempre de un campo abierto a los procesos sociales en donde un grupo social puede movilizar otros códigos de sentido, abriendo espacios de contrahegemonía.

En este marco, la identidad de un movimiento social puede ser considerada como una forma específica de la subjetividad que define la pertenencia a un “nosotros”,

conformado por configuraciones subjetivas capaces de ser reconstruidas en un proceso siempre abierto y dispuesto a resemantizar códigos de sentidos. Mientras que, las prácticas colectivas son parte de este proceso de reconstrucción de la subjetividad colectiva en la medida en que a través de ellas se agregan, reordenan y jerarquizan sentidos (Retamozo, 2007).

Básicamente, lo que hasta aquí se ha expresado es que toda práctica como relación social contiene siempre elementos de sentido, las interacciones humanas involucran siempre procesos de dar sentidos construyendo cursos de acción dentro de las cuales la subjetividad opera como mediadora. Por su parte, la cultura suministra y presiona otorgando configuraciones dominantes del “dar sentido” y subordina otros códigos de sentidos capaces de redefinirse en un momento histórico determinado. Asimismo, se ha expuesto que el espacio de construcción de las identidades de cualquier movimiento social implica esa configuración de códigos comunes donde las prácticas y la subjetividad colectiva también dan cuenta de un proceso dialéctico entre estructura, sujeto y acción.

2. Apartado metodológico

La siguiente investigación constituye un estudio caso del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón Barrio Malvinas de La Plata, realizado durante el período de julio a diciembre de 2009. El objetivo general consistió en analizar la conformación de subjetividad colectiva explorando los elementos de sentido y experiencias de trabajo colectivas-cotidianas que construyen los militantes y participantes de base de la agrupación en estudio.

La selección del caso estuvo dada en función de las características ejemplificadoras (Piovani, 2007) del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) propuesto ya que en su historicidad presenta un proceso de (re)definiciones políticas signadas por la incorporación de dicha agrupación al Frente Popular Darío Santillán (FPDS) que originó el encuentro entre dos sujetos sociales portadores de historias colectivas hasta entonces disociadas esto es; militantes del Frente Popular Darío Santillán (militantes) y participantes del MTD Aníbal Verón que viven en Barrio Malvinas (participantes de base). Precisamente, esta particularidad histórica y política convierte al caso elegido en un campo medular de análisis respecto al interés por comprender procesos de constitución de subjetividades colectivas dado que al mismo tiempo que enriquece el objeto de estudio nos permite indagar en dos direcciones complementarias referidas por un lado, a cómo se conforman las subjetividades de los militantes y participantes de base considerando los elementos de sentido presentes en sus prácticas colectivas-cotidianas y, por otro, a cómo se relacionan ambas subjetividades en la producción de una subjetividad colectiva.

Por consiguiente, la investigación persigue un doble registro análisis que supone en primera instancia explorar el campo de las prácticas colectivas y las dimensiones subjetivas vinculadas a ellas, reconstruyendo no sólo las interacciones, formas de

participación, organización y lógicas de acción sino también las representaciones, sentidos e imaginarios de esas experiencias colectivas que construyen los militantes y participantes de base del MTD propuesto. Para, finalmente, analizar la relación entre las construcciones de sentidos y prácticas colectivas de militantes y participantes de base del MTD en estudio y el proceso de conformación de subjetividad colectiva.

En razón de las características del objeto de estudio, la investigación se abordó desde la metodología cualitativa en tanto constituye una estrategia favorable para la obtención del discurso, la complejidad de los procesos contextuales y las interacciones cotidianas (Vasilachis, 2007).

Dentro de esa perspectiva metodológica, se buscó reconstruir y comprender las dimensiones subjetivas y prácticas colectivas que construyen militantes y participantes de base de la agrupación en estudio, intentando dar cuenta de los procesos de conformación de subjetividad colectiva. Para lograrlo, se emprendió un estudio por las dimensiones involucradas (espacios colectivos- cotidianos de acción y construcciones subjetivas) recurriendo a diferentes estrategias de relevamiento.

La herramienta metodológica central fue la entrevista en profundidad aplicada sobre muestreo intencional (Piovani, 2007), esto es, dirigido exclusivamente a militantes y participantes de base de la agrupación propuesta, entendiendo por;

- *Participantes de base:* Personas que provienen de los territorios *-bases-* de la agrupación política. Participan de los talleres y actividades que se desarrollan en el barrio pero mantienen vínculos más flexibles con la agrupación. Por lo general, su intervención se limita al conjunto de actividades que se inscriben en el barrio.
- *Militantes:* Son quienes coordinan talleres y actividades colectivas que se desarrollan en el barrio, pero no provienen del territorio ni del sector socioeconómico con los que emprenden sus prácticas militantes. Tienen grados altos de identificación con la

agrupación política (Frente Popular Darío Santillán) y suelen participar políticamente en otros ámbitos de militancia como por ejemplo los universitarios o colectivos culturales que se encuentren nucleados o afines a la agrupación.

Durante el período de julio a diciembre de 2009 se realizaron nueve entrevistas en profundidad, tres de las cuales fueron a militantes y seis a participantes de base de la agrupación en estudio. El criterio de selección de los entrevistados estuvo marcado por la participación en las actividades y talleres del Barrio Malvinas al momento de la salida a campo: la actividad del comedor, el Taller de Género y el Taller Infantil *-Tiburones y Mojarritas-*.

La utilización de este tipo de entrevista tuvo por finalidad abordar las construcciones subjetivas en torno a las experiencias colectivas de los militantes y de los participantes de base, ya que esta estrategia permite recuperar la perspectiva de los sujetos acerca de sus prácticas así como explorar el mundo de la vida cotidiana (Piovani, 2007). No obstante, este proceso de relevamiento se acompañó con entrevistas semiestructuradas, el uso de fuentes secundarias (notas, panfletos, gacetillas y documentos informativos) y con registros de observación (notas de campo), que nos permitieron profundizar en la recolección de datos y configurar ajustes de guía para las entrevistas.

A su vez, para dar cuenta del conjunto de interacciones, formas de participación, organización y lógicas de acción presentes en prácticas colectivas del MTD en estudio, se emprendieron dos tipos de observaciones en distintos espacios²:

1) Observación participante en:

² Los espacios de observación seleccionados fueron recuperados de la propuesta metodológica, presente en: Retamozo, M. (2006 a) "Esbozos para una Epistemología de los Sujetos y Movimientos sociales." Cinta Moebio, septiembre, nro. 026, Universidad de Chile. Santiago, Chile.

- *Espacios de acción comunitaria-organizacional*, donde se realizan actividades tales como talleres de formación, comedores, roperos comunitarios, entre otras. Estos espacios constituyen sitios donde se desarrollan prácticas colectivas de carácter comunitario.

En nuestro caso en particular, se circunscribió al espacio del comedor “El Galponcito” ubicado en el Barrio Malvinas dado que allí se desarrollan actividades colectivas y talleres de formación que permiten la interacción entre militantes y participantes de la agrupación en estudio. Concretamente, implicó la observación de: el taller de Género (cinco encuentros), el taller infantil (dos encuentros) y en la actividad del comedor (seis encuentros), en los meses de septiembre a noviembre de 2009.

- *Manifestaciones públicas, protesta como marchas y actos públicos*, que confieren la oportunidad de experimentar y reconocer los posicionamientos políticos y sentidos movilizados en los campos de producción de conflictos.

En nuestro caso, específicamente, se realizó observación participantes en las siguientes manifestaciones:

Protesta por el “*Día internacional de la No violencia contra las mujeres y por el esclarecimiento del asesinato de Sandra Ayala Gamboa*”, del día 25 de noviembre en la ciudad de La Plata.

Jornada cultural por los “*Derechos de la niñez y la adolescencia*” en la que participaron varias organizaciones políticas comprometidas con la temática y consistió en el desarrollo de diferentes actividades como títeres, narración de cuentos, murga, juegos, circo, chocolatada para los niños y radio abierta. Esta jornada se realizó el 28 de agosto de 2009 en la Plaza San Martín de la ciudad de La Plata.

2) Observación directa en:

- *Asambleas de carácter político*, en donde se desarrollan las interacciones y toma de decisiones colectivas, observando cómo son los mecanismos de decisión, liderazgos y dinámicas internas en ambas agrupaciones. En este aspecto, se han podido observar dos asambleas vinculadas al MTD en estudio. Una de ellas fue la Asamblea Barrial desarrollada en el patio del Comedor “El Galponcito”, en la que estuvieron presentes todos los participantes de base y algunos militantes del Frente Popular Darío Santillán. En esa ocasión, el foco del debate giró en torno a la situación actual con los planes sociales y la necesidad de participación por parte de quienes lo reciben (los participantes de base). Otra de ellas, consistió en una reunión de militantes programando las actividades del Taller infantil realizada en el Centro Cultural Olga Vázquez.

En cuanto lo que refiere a los *espacios de acción de la vida cotidiana*, la observación directa quedó limitada a algunos momentos de encuentro y reuniones de ocio (rondas de mates, momentos libres previos y posteriores a los talleres) entre la gente del Barrio Malvinas y algunos militantes, en el espacio del Comedor “el Galponcito”.

Finalmente, cabe señalarse que durante el período de trabajo de campo (donde se desarrolló el proceso de observación y de entrevistas) se mantuvo abierta la consulta bibliográfica lo cual permitió gestar vínculo de diálogo entre la teoría y la práctica de investigación.

Capítulo II

1. Estado de la cuestión:

Enfoques sobre los Movimientos de Trabajadores Desocupados

En los últimos años, Argentina se ha convertido en el escenario para las movilizaciones y acciones colectivas de protesta llevadas a cabo por los movimientos de trabajadores desocupados. La ocupación edificios públicos, plazas, el bloqueo de calles y rutas permitieron construir una modalidad de acción “*piquetera*”, que ganó relevancia tanto pública como política, y se transformó en la carta de presentación de un conjunto amplio y heterogéneo de organizaciones de desocupados.

El carácter novedoso de estos movimientos sociales no pasó inadvertido en el campo científico dentro del cual se vienen desarrollando una amplia gama de trabajos que, desde diversas perspectivas epistemológicas, teóricas y disciplinarias, ofrecen algunas claves de comprensión del fenómeno social.

Una de las líneas de interpretación sobre los movimientos desocupados, se esfuerza por dar cuenta de la historicidad que ha permitido la movilización popular y posiciona como centro explicativo el debate vinculado a la integración- exclusión de los sectores subalternos en la era neoliberal. Dentro de esta perspectiva, los trabajos de Svampa (2005) y Merklen (2005) representan dos estudios clásicos que permiten abordar el tema de la integración/exclusión de los desocupados en un contexto de descomposición acelerada de la antigua sociedad salarial.

Un punto de consenso en los trabajos de Svampa (2005) y Merklen (2005), radica en el marco histórico general dentro del cual se produce la emergencia y conformación de los actores sociales movilizados. Vale decir, que dentro de un conjunto numeroso de autores, entre los que figuran Svampa y Merklen, se ha llegado al acuerdo de rechazar la explicación de la movilización popular dando crédito a la idea de

“estallido” o reacción consecuente con las condiciones de pobreza y marginalidad que sufrieron los sectores subalternos de la sociedad en las últimas décadas en Argentina. Por el contrario, el esfuerzo y acuerdo entre los estudios que mencionamos, ponen un fuerte peso argumentativo a favor de las transformaciones ocurridas tanto en el mundo del trabajo como en el dominio estatal como base para entender el cambio social y los nuevos repertorios de acción colectiva.

En lo que respecta al mundo del trabajo, parte de la explicación que ofrecen radica en ver la descomposición de la estructura salarial causada por políticas desindustrializadoras y favorables a la concentración del capital cuyo resultado derivó en un fuerte golpe a la capacidad de representación de las fuerzas sindicales, el enorme aumento de las cifras del desempleo, la precariedad y flexibilización laboral. Al mismo tiempo, reconocen un cambio de rol estatal caracterizado por un retiro en el control de la economía y la producción de bienes y servicios (vía privatizaciones) dando al mercado un lugar cada vez más importante en la articulación de las relaciones sociales y alterando las antiguas funciones estatales referidas tanto al papel de garante de derechos sociales y laborales como a la sumisión de la política frente a la economía, fundamentalmente, en relación a la participación y acceso a las decisiones del rumbo social. En este sentido, la radicalidad de los cambios dentro de estas dos dimensiones permite, tanto a Svampa como a Merklen, repensar la transformación social, las nuevas identidades y ciudadanías asumidas en una sociedad que avanza en su fragmentación o *“polarización social”*.

Ahora bien, llegados a este punto ambas lecturas de los cambios sociales y los argumentos que explican los nuevos repertorios de acción colectiva se dividen bajo dos ejes medulares que se detallan a continuación.

Por un lado, un primer punto de inflexión entre Svampa y Merklen está dado en la discusión vinculada a la categoría de “sectores populares” o “clases populares” que ambos trabajos sugieren. En forma sintética, vale decir que Svampa (2005) en su estudio sobre la “*sociedad excluyente*” ha puesto un gran peso argumentativo en la idea de sectores populares y no en el concepto de clase para referirse a los sujetos sociales mayormente afectados por la consolidación del modelo neoliberal, en el sentido de una propuesta deliberada y no ingenua.

La autora, propone hacer una diferenciación conceptual y analítica para el estudio de los efectos del neoliberalismo entre los países centrales y los periféricos (latinoamericanos). Básicamente, porque en el caso de los países dependientes la lógica de su desarrollo histórico estuvo signada tanto por modelos económicos, políticos y culturales que combinan estilos tradicionales y modernos delineados por el surgimiento de “*populismos*” que frenaron la acción de las clases trabajadoras en tanto actor de clase y, en su lugar, se formó la figura de un “*proletariado multiforme y heterogéneo*” cuya acción no responde de manera exclusiva a los conflictos de clase sino a *luchas multidimensionales*³ en las que jugaron un papel importante la interpelación nacionalista y desarrollista acaecida entre las décadas de 1930 y 1950. “Así las cosas, dicho proceso signó el éxito de la noción de *pueblo* por sobre la de *clase social*. Más simple, el concepto de *pueblo*, realidad difícil de acotar y multidimensional, construida en el cruce siempre ambiguo entre lo social y lo político, entre la clase y la nación, pasó a ser una categoría central del lenguaje político y de las ciencias sociales latinoamericanas, designando a los sectores populares como sujeto social y actor colectivo” (Svampa, 2005: 161-162).

³ M. Svampa (2005). Recupera la propuesta analítica de luchas de carácter multidimensional en países dependientes de Alain Touraine (Touraine, 1988).

Por su parte, Merklen (2005) propone rechazar la clave de interpretación sumergida en la óptica de pueblo para recuperar la dimensión de clase. Esencialmente, afirma que el concepto de pueblo es una categoría homogeneizante de la realidad social que homologa distintas subjetivaciones dentro de un campo único. Las diferencias entre sujetos que pertenecen al campo de lo popular no pueden interpretarse como un mismo sujeto sino que hay que recuperar la *politicidad*⁴ de los sectores subalternos para comprender la recomposición identitaria y la formación de nuevas lógicas de comportamiento social.

Asimismo, Merklen (2005) agrega que las raíces de esta transformación conceptual tienen un correlato histórico. El olvido intelectual de la dimensión clasista está relacionando con el rol agresivo que jugó la última dictadura argentina para el pensamiento de clase; con incapacidad de la izquierda de empoderarse (debido al consenso social que durante los años `80 tuvo la idea de erradicación de los radicalismos para la vivencia democrática); con la desestructuración del mundo laboral y el ataque a la fuerza sindical de las políticas de ajuste y; finalmente, con el rol ambivalente del peronismo que desde 1989 se mantuvo como representante de la clase obrera al tiempo que consolidó el proceso más grande de empobrecimiento en el país.

El segundo punto de inflexión entre Svampa y Merklen se produce en torno a cómo definen las nuevas formas de movilización social, sobre las características de la rearticulación colectiva en las organizaciones piqueteras.

En lo que respecta Svampa (2005), dirá que el surgimiento de las organizaciones piqueteras instala un doble registro de continuidad y ruptura en la relación peronismo y mundo popular. La acción barrial ligada a los movimientos piqueteros señala una línea

⁴ D. Merklen (2005). Utiliza el concepto de “politicidad” para designar la condición política de las personas, es decir, el conjunto de sus prácticas, su socialización y su cultura política. Esta politicidad es constitutiva de la identidad de los individuos (Merklen, 2005: 24).

de continuidad con la vieja tarea asistencial del peronismo (basada en el antiguo contenido plebeyo y transformadas, en la actualidad, en nuevas estructuras de gestión que promueven clientelismo afectivo, reservando como modalidad de “inclusión de los excluidos” una ciudadanía *asistencial- participativa*); y una línea de ruptura bajo el nuevo modelo de intervención territorial con un nuevo ethos militante y repertorios de acción directa, autoorganización y dinámica asamblearia (Svampa, 2005:192-193)

En lo que concierne a Merklen (2005), su lectura de los movimientos sociales persigue un doble análisis. Por un lado, observa la trayectoria socio-económica de la argentina bajo el marco conceptual de la “desafiliación” que le permite describir la descomposición de la sociedad salarial y de los soportes sociales a partir de implementación del neoliberalismo. Por otro lado, se vale del concepto de “integración” para explicar el nuevo repertorio de acción colectiva y comportamientos de las clases populares. Principalmente, sostiene que las transformaciones en el mundo del trabajo y las reformas en el dominio estatal acarrearón un cambio en la *politicidad* de las clases populares y de sus repertorios de acción colectiva que se descentraron hacia lo local (el barrio) donde los más carenciados encuentran una fuente de reafiliación, de integración y sirven de base para una recomposición identitaria. Esta nueva politicidad de las organizaciones piqueteras, lleva implícita una tensión entre lucha por el reconocimiento y la lucha por la supervivencia, “*entre el proyecto y la urgencia*”.

Para esta autora (Merklen, 2005), con la crisis social el barrio recobra la importancia como terreno de socialización política de los sectores más pobres. La nueva politicidad, que emerge dentro de un proceso de desafiliación, envuelve al accionar colectivo de las organizaciones populares bajo la coexistencia de una lógica instrumental y de defensa identitaria. En el plano local, las organizaciones de desocupados forjan solidaridad y cooperación como fuente de identificación entre sus

miembros y como soportes para la supervivencia. Asimismo, cada organización es receptora de políticas sociales que otorgan recursos indispensables para sobrevivir en medidas acotadas lo cual, lleva a las organizaciones barriales a competir por los recursos en términos de una “lógica de cazadores”, instrumental. Desde el plano nacional, la acción expresa el reconocimiento de los derechos sociales ignorados (luchar por un status social de dignidad a través de la demanda de trabajo) mientras que la lógica instrumental orienta a tomar iniciativas frente a las autoridades para obtener subsidios, recursos y planes (luchar por el reconocimiento de sus organizaciones en tanto actores del sistema político con capacidad para intervenir en la gestión concreta de las políticas públicas). En suma, los dos motores de la acción se vuelven fuente de ambigüedad tanto en lo material, en lo que refiere a la lucha por la inscripción en el reparto de bienes y servicios y negociando con el sistema político las ofertas de asistencia; como en lo simbólico, bajo la demanda de trabajo y dignidad y luchando por el reconocimiento de las organizaciones de desocupados en tanto actor legítimo de las políticas sociales.

De los trabajos hasta aquí mencionados, obtenemos un importante aporte en el recorrido histórico que da cuenta de los procesos sociales y demandas que permitieron ubicar en la escena política- pública a las organizaciones piqueteras como un sujeto colectivo relevante. Asimismo, ambos trabajos avanzan en la búsqueda de las notas distintivas del nuevo repertorio de acción de los movimientos desocupados dando cuenta de las tensiones que atraviesa su desarrollo político. Sin embargo, en lo que atañe a las prácticas, experiencias y voces al interior de cada organización, la explicación se detiene en el reconocimiento de un matriz común que no permitiría explicar cabalmente la conformación de los sujetos sociales y movimientos de trabajadores desocupados. En este sentido, la heterogeneidad de movimientos piqueteros se ven homologadas a partir

del reconocimiento de dinámicas colectivas comunes tanto en lo que refiere a la metodología de acción, a la lógica asamblearia, al horizonte insurreccional y las características de intervención territorial. La propuesta que sugieren, presenta a la identidad piquetera como el resultado de una experiencia histórica significativa: “cortar la ruta”. Otorgan al piquete un lugar protagónico en tanto constituye el momento de expresión pública de las demandas, canal constructor de intercambios económicos y políticos con el Estado y unidad del actor colectivo en estudio. En efecto, las tramas territoriales, políticas y las propias experiencias cotidianas, que permiten la construcción de un movimiento de trabajadores desocupados específico, se pierden de vista y se obstruye la visibilidad de las dinámicas de sentido heterogéneas subyacentes al amplio campo de los sectores desocupados.

La segunda línea de interpretación, permite observar las relaciones entre los movimientos desocupados y el Estado. Este conjunto amplio de trabajos recorre, a su vez, los posibles usos y apropiaciones de los planes sociales pensándolos como recursos que se ubican en la tensión entre su viabilidad para la resolución de problemas cotidianos y como recursos de organización política.

Un autor central dentro esta perspectiva es Auyero (1997, 2001, 2004) quien, a pesar de orientar sus trabajos a Unidades Básicas Peronistas y no a Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD), aporta aspectos centrales para pensar vínculos entre organizaciones políticas y el Estado.

Particularmente, este autor, analiza la mediación política en la entrega de planes sociales y sus vínculos con el “clientelismo” recuperando el punto de vista de los actores sociales involucrados. Plantea que los beneficiarios de planes sociales se encuentran inmersos en redes de resolución de problemas cotidianos y bajo relaciones locales de reciprocidad e intercambio orientadas a la atención de necesidades

inmediatas. En esa red personalizada se gestan relaciones de cercanía afectiva entre el mediador político, responsable de proveer los bienes que necesitan, y los beneficiarios (Auyero, 2004).

Este autor, niega la posibilidad de que los sectores sociales en situación de pobreza puedan pensar al clientelismo por fuera de su vivencia cotidiana. De este modo, las evaluaciones morales y políticas del intercambio clientelar están veladas por el conocimiento práctico que traen aparejadas. Los intercambios de favores-bienes por apoyo político y/o asistencia a los actos públicos, conforman un círculo íntimo (entre mediadores políticos y beneficiarios), gestando una relación personalizada en donde las prácticas aparecen vistas como una relación de “solidaridad, confianza y reciprocidad”. El mediador es percibido como “gente buena”, que “ayuda y asiste a los más necesitados por amor”, sin tener obligación de hacerlo. Razón por lo cual, los beneficiarios responden a ese acto de bondad con gratitud, colaborando en lo que pueden como por ejemplo asistiendo a los actos públicos de políticos involucrados en la obtención del plan social.

Desde esta mirada, mediadores y beneficiarios comparten un mundo íntimo y cercano, mientras que los círculos externos del formato político son sentidos con mucha adversidad. En los círculos más externos, la política partidaria es mirada como una actividad “corrupta, manipuladora, sucia y distante”, cayendo en desmedro la lectura global del vínculo establecido entre uno y otro círculo político (Auyero, 2001).

Este autor sostiene, además, que el clientelismo adquiere una doble negación: objetiva y subjetiva. En plano material-objetivo se rechaza la idea de intercambio, la asimetría en la red de resolución de problemas permanece velada detrás de la imagen de una relación duradera de reciprocidad, lealtad, solidaridad. Oculta que ese intercambio conlleva un intervalo de tiempo entre el toma y el daca que subordina a quien ha

recibido favor dejándolo atado a la obligación de devolverlo. Desde el plano subjetivo, se concibe el favor como un acto de “amor a los pobres” o “pasión por los humildes” rechazando el interés político que subyace a esas prácticas de intercambio, los lazos políticos personalizados se naturalizan (Auyero, 2004).

En términos generales, en lo que concierne a esta perspectiva encontramos algunos aportes interesantes en cuanto presenta un enfoque micro-social de los vínculos sociales recuperando las percepciones de los sujetos involucrados y abriendo la posibilidad de sumergirse en el estudio de los entramados cotidianos. No obstante, la reflexión de estos trabajos no podría trasladarse como clave interpretativa para los movimientos de trabajadores desocupados donde opere la distribución de planes sociales, dado que está fuertemente signada por un abordaje que centraliza el concepto de clientelismo. En este aspecto, es factible reconocer otras investigaciones que han complejizado aún más las formas de apropiación de los planes sociales por parte de sus beneficiarios y la relación que los movimientos de trabajadores desocupados establecen con el Estado.

En relación a este punto, Freytes frey y Cross (2005) por ejemplo, estudian cómo las políticas sociales desarrolladas por el Estado forjan un relación dinámica y tensa con los movimientos de trabajadores desocupados, dando cuenta de que las estrategias de las políticas estatales inciden en la constitución de los actores sociales y son procesadas de acuerdo a la tradición política particular de cada movimiento. De este modo, el alcance de la política estatal sería una compleja articulación de factores tanto históricos, simbólicos como estratégicos, siendo posible otro tipo de apropiación de los planes sociales. Por tanto, estos autores, se alejan del enfoque clientelar y proponer ver la expansión de planes a partir del concepto de "estructura de oportunidades políticas" desarrollado por Sidney Tarrow (1997). En este sentido, las organizaciones se habrían

fortalecido a partir de la aparición de los planes sociales creados para contener el descontento social y gracias a la capacidad de los dirigentes de instalar el desempleo en el espacio público como problema social, formando un “círculo virtuoso” que potenció la capacidad de lucha y organización de movimientos desocupados.

Por su parte, Muñoz (2004), alejada también del concepto de clientelismo, se aboca al estudio de los discursos de las organizaciones de desocupados y los vínculos con la esfera político-estatal resaltando que los planes sociales representan un soporte material que permite abrir nuevos espacios de participación política, donde se generan nuevos significados acerca de la política y de las funciones del Estado. Para la autora, un aspecto capital los movimientos desocupados ha sido instaurar a través de su reclamo un “desacuerdo político”⁵ de amplio alcance donde no sólo se ha puesto en cuestión el tema de la desocupación y la pobreza contemporánea, ni su término a raíz de la ejecución técnicas o políticas puntuales, sino que también conlleva una renovada introducción de lo político que busca romper con la distribución desigualitaria de los cuerpos sociales existente y que tiene fuertes repercusiones dentro de la esfera estatal. Desde esta perspectiva, los movimientos desocupados instauraron en la escena pública y política un desacuerdo fundamental referido a resolver la desocupación y la pobreza polemizando, principalmente y al mismo tiempo, sobre los significados que debe asumir la democracia.

Dentro de otras lecturas, a su vez, algunos autores (Carrera, 2006; Cotarelo, 2006; Izaguirre, 2006; Dinerstein, 2003; Lenguita, 2002; Zibechi, 2003) refieren a los procesos de la dinámica política rescatando la dimensión material del conflicto de la desocupación.

⁵ Ranciere. J. (1996). Para el autor, el advenimiento de la política se produce bajo un desacuerdo discursivo en donde la clase de los “incontados”, que existen por enunciación de la parte de los que no tiene parte, revierten el lugar que les estaba asignado por su posición estructural.

Dinertein (2003), por ejemplo, problematiza la definición de desempleo en el contexto del capitalismo globalizado. En lugar de considerar el foco de los desacuerdos como resultado de la *falta de trabajo* sugiere pensarlo como resultado de la intensificación y expansión (globalización) del trabajo capitalista. Para la autora, los movimientos desocupados constituyen una *subjetividad problemática* que genera nuevos espacios de subjetivación y construcción de lazos sociales al interior de la relación del capital. Básicamente, forman parte de una crítica más amplia que la referida al desempleo en la medida en que constituyen una forma de existencia y resistencia al trabajo capitalista y la sociedad que lo reproduce.

En esta mirada material del conflicto, también se puede encontrar investigaciones como las de Carrera (2006), Cotarelo (2006) e Izaguirre (2006) que trazan explicaciones semejantes vinculadas a determinantes económicos y a la lucha de clases, haciendo especial hincapié en el protagonismo político de la clase trabajadora frente a la hegemonía neoliberal. En estos estudios, priman análisis materialistas sobre los movimientos desocupados delimitando líneas de continuidad entre las antiguas huelgas obreras y las renovadas formas de protesta como “el corte de ruta”, resaltando la preponderancia de la clase obrera (devenida en desocupada) dentro de las disputas políticas actuales.

Por otra parte, orientándonos dentro de una tercera línea de interpretación, encontramos estudios más encaminados en el análisis de casos y experiencias locales de los movimientos de trabajadores desocupados en Argentina. En ellos, se resaltan los aspectos internos, las prácticas cotidianas y los usos del plan social, como puntos centrales para examinar los alcances y limitaciones del fenómeno en estudio. Dentro de la amplia cantidad de trabajos, sin embargo, nos abordaremos algunos ejemplos que son significativos.

Bajo este perfil se encuentra el estudio de Correa y Hermida (2007), que se focaliza en la apropiación de los planes por parte de los beneficiarios e indaga sobre las propias experiencias en torno a la inserción social y ocupacional para dar cuenta del significado que tiene el plan social en su vida cotidiana. Este estudio se concentra en el caso de jóvenes mujeres (madres, inactivas o desocupadas) beneficiarias del plan Jefes y Jefas de hogar dentro de del barrio de San Rafael Castillo en la provincia de Buenos Aires, intentando dar respuesta a la funcionalidad del plan, es decir, en torno a cuál es el significado que los beneficiarios otorgan al plan social, considerando el desarrollo de su vida política, económica y social. Básicamente, se observan las implicancias de la inscripción territorial; la trayectoria familiar y laboral de las beneficiarias y su relación con la política dando cuenta de la idea de que plan social funciona como canal de una *integración intermitente*, esto es: "...promueve un modo de integración (política, económica, social), pero enmarcado en circuitos de alta informalidad, sistema ambiguo que justamente reproduce la situación de vulnerabilidad y pauperización de estos actores" (Correa y Hermida; 2007: 22).

En esta misma perspectiva, hayamos otros trabajos tales como los de Bidaseca (2006) y Vommaro (2003) que delimitan su objeto a una organización particular, en este caso: el Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano.

Bidaseca (2006) propone un análisis del movimiento vinculado a la construcción cotidiana de autonomía y cambio social. Centra su estudio en los talleres productivos, entendidos como un campo experimental de nuevas formas de reproducción económica y de un proyecto político autónomo. Por autonomía, la autora, entiende la independencia de punteros locales, manejo clientelar y empresarial, en la toma de decisiones y en la conducción del movimiento. En el caso de Solano, la característica distintiva vinculada a la autonomía se desarrolla a través de los distintos talleres

productivos que evitan reproducir las relaciones típicas mercantilistas. Ésta característica definitiva es lo que la autora va a estudiar y se pregunta por las posibles tensiones existentes entre la propuesta política- ideológica y las prácticas que este movimiento está desarrollando. Asimismo, para dar respuesta, observa lo que ocurre el trabajo en dos dimensiones: la producción y la distribución (apropiación del excedente).

Sobre la base de estas dimensiones, Bidaseca (2006) plantea la existencia de una tensión entre los deseos y las prácticas que se producen en el marco de un contexto de supervivencia. La falta de recursos económicos, el acotado margen de ganancias que dificultan la reposición de los insumos, el “poseedor” del saber (dentro del oficio), las desigualdades de género, miembros “poco leales”, el aparato punteril del barrio, entre otras cosas, son algunos ejemplos de las dificultades para llevar a cabo un “economía alternativa” a partir del desarrollo de los talleres del movimiento. Sin embargo, la autora, reconoce un potencial transformador, en tanto son: “...ensayos de construir una organización económica basada en la solidaridad, igualdad y horizontalidad, de reducir la alienación del trabajo y superar la división entre capital y trabajo, o de impulsar formas de participación democrática que pueden comportar con el tiempo un proceso de cambio en las relaciones de género...” (Bidaseca, 2006: 43).

Vommaro (2003), por su parte, se enfoca en la subjetividad e identidad del movimiento de desocupados de Solano. Considera que los cambios actuales en los modos de producción generaron mutaciones que abarcan todo el conjunto de lo social, esto es, nuevas subjetividades, identidades y prácticas relacionales con expresiones políticas definidas. Propone pensar al movimiento de desocupados no simplemente como formatos de protesta (o lucha) sino como formas de lo social que en el presente promueven nuevas propuestas de organización y construcción autogestivas y alternativas al sistema vigente.

Este grupo de estudios, se caracteriza por reconocer un papel esencial a las construcciones identitarias, tanto en los aspectos vinculados a la apropiación del plan y sentidos de pertenencia como a las tramas que se desenvuelven a diario entre el proyecto político y las prácticas cotidianas. Un punto de avance, respecto a los trabajos anteriormente citados, es traspasar la lectura del actor colectivo únicamente visto como sujeto de demanda política-pública bajo formatos homogéneos de acción (el corte de ruta) para delimitar el objeto de estudio dentro de un conducto más capilar.

Sin embargo, la manera en que estos trabajos abordan el nivel local produce algunas limitaciones analíticas. Por un lado, el recorrido basado en las trayectorias laborales, familiares y territoriales de ciertos miembros del colectivo (cualquiera sea su posición dentro del movimiento social) nos niega la posibilidad de comprender los vínculos entre esos sentidos comprendidos en la apropiación del plan con los discursos hegemónicos, así como la relación entre los imaginarios sociales y las tramas políticas permeadas al interior del propio barrio. Por otro lado, la tensión entre proyecto político y prácticas analizadas en los casos particulares, si bien permiten trazar un puente en los niveles micro y macro sociales corren el riesgo de velar las distintas voces, sentidos y relaciones políticas de esas prácticas cotidianas que transitan en la organización, a título de homogeneizar la identidad o acentuar los aspectos solidarios como único soporte subjetivo y potencial de cambio. En efecto, la solidaridad territorial, considerada por varios estudios como un elemento importante de definición identitaria y siendo una puerta de apertura para dar cuenta de las características de la nueva territorialidad, corre el peligro de ser atrapada en un punto de vista romántico.

A fin de evitar tal postura, resulta importante tensarla dentro de contextos históricos y políticos más globales favorables a preguntarse en qué medida se trata de una solidaridad elegida o forzada y cuáles son las consecuencias de esta respuesta en el

plano de la conformación de identidades colectivas en los movimientos sociales de trabajadores desocupados.

Finalmente, desde la antropología social contamos con trabajos etnográficos en los que, al igual que los anteriores, se continúa poniendo foco en los entramados micro-sociales, territoriales y cotidianos que desarrollan en las organizaciones populares, con la específica particularidad de ofrecer líneas de investigación que se descentran la mirada del actor colectivo.

En esta línea, Grimson (2003) trabaja las organizaciones piqueteras, pensándolas como expresiones de un campo organizacional de barrios populares, dentro en un marco de continuidad y relación con otros barrios. El centro de interés del estudio es analizar el lazo que vincula a los piqueteros con la pertenencia a un barrio determinado. La pregunta central que se hace el autor es ¿Qué relación tienen las organizaciones de trabajadores desocupados con el espacio territorial? De este modo, el autor, analiza la pertenencia cotidiana vinculada a los anclajes territoriales. No se enfoca en los actores sociales de los movimientos de trabajadores desocupados sino en el contexto residencial- territorial. Se interesa por las tramas urbanas en que se insertan las organizaciones piqueteras, fundamentalmente, por la vida y el modo de organización que se gesta alrededor de estos movimientos.

Grimson (2003) se ocupa de las fronteras socio-económicas vigentes y las vincula la idea de “gueto social”. Realiza una reconstrucción histórica de las fronteras espaciales a partir del pasaje del modelo conventillo al modelo de gueto social acontecido en la Argentina. En este sentido, sostiene que a lo largo del tiempo se ha producido un desplazamiento de un modelo (conventillo) en donde los espacios compartidos establecían fronteras blandas a otro, actual, en el cual las fronteras se han

convertido en rígidas y hegemónicas cuyo rasgo central no es la segregación étnico-racial sino social.

Efectivamente, el autor, plantea que la organización de ciudad Buenos Aires presenta una alta segregación espacial bajo dos sistemas territoriales que producen efectos de sentido. El primero, refiere a la constitución de tres círculos concéntricos compuesto por la Capital federal, el primer cordón del Gran Buenos Aires y el segundo Cordón del Conurbano. Dentro de éste orden establecido y poniendo como primer nudo a la Capital Federal, se observa un degradé socio-económico que baja en niveles hacia el primer y segundo cordón, donde finaliza. El segundo sistema territorial que se combina con el primero, está establecido por una franja cercana al Río de La Plata (conocida como el “norte”) en la que se concentran los sectores de mayores ingresos de la ciudad, respecto de la del sur. Desde el Río y hacia el norte los sectores socio-económicos más altos y, hacia el sur y el Riachuelo los sectores más bajos.

Grimson (2003), plantea que sobre la base de los mapas cognitivos se establecen fronteras sociales dentro de las cuales, los efectos neoliberales tendieron a reforzarlas. Son mapas sociales que producen sentido en la vida social a través de efectos significativos en la cotidianidad y en las marcas de tránsito de los circuitos de la sociedad. Básicamente, porque los habitantes de la ciudad pueden transitar sin necesidad de atravesar las fronteras, sin mantener contacto inmediato con los sectores económicos más vulnerables de la sociedad. Para el autor, los efectos del neoliberalismo establecieron un panorama urbano dominado por la desigualdad extrema a través del desarme del aparato productivo y el crecimiento de la tasa del desempleo. Estos fenómenos sociales, producto del impacto del modelo, agudizaron la segregación espacial, reforzaron las fronteras, las cuales se hacen cada vez más difíciles de sobrepasar.

A diferencia del modelo anterior, en el que se compartían espacios comunes y se agrupaban en territorios de fronteras sociales blandas y fáciles de cruzar porque el conventillo era un lugar de tránsito en el que “se aspiraba a salir de la villa”. En la actualidad, afirma, las fronteras se han endurecido y en época de crisis esos espacios se vuelven un getho y es sobre esa segregación espacial que se puede explicar la aparición de organizaciones piqueteras en determinados barrios (Grimson, 2003).

En ésta misma corriente antropológica, Vommaro (2006) flexibiliza la adscripción y participación de los sectores pobres en organizaciones sociales comprendidas en un mismo territorio. Su propuesta indaga a cerca de las relaciones existentes entre distintas organizaciones presentes dentro barrio de Santiago del Estero, con el fin de comprender la manera en que establecen relaciones personales y circulación de recursos. Un aspecto nodal que señala el autor, es que ese territorio está atravesado por una densidad de diversas organizaciones colectivas (organizaciones de desocupados, comedores, iglesias y unidades básicas) sin ser ninguna dueña de un “*cuasimonopolio*” en lo que concierne a la entrega de bienes, más bien, los múltiples espacios sirven de soporte material para habitantes que son capaces de establecer un *trayectoria sinuosa* pasando de una organización a otra. Para el autor, la lógica de acción de los vecinos pobres está atravesada por la búsqueda de “*crear islotes de certeza cotidianos*”, es decir, bajo la expectativa de asegurar la obtención de recursos y sabiendo que la participación dentro de alguna de estas organizaciones permite el beneficio de bienes bajo un período de tiempo relativamente estable.

En el caso de Manzano (2004), se ocupa de analizar *los campos de fuerza* que construyeron la demanda colectiva y el reclamo por la desocupación en el distrito de la Matanza. Procura dar cuenta de cómo se entretejieron, históricamente, diferentes actores sociales y experiencias colectivas (Comunidades Eclesiásticas de Base, toma de tierras y

estrategias sindicales) configurando un espacio de conflicto en torno a la desocupación y la consecuente movilización social que dará lugar a los cortes de ruta. Sostiene que estas movilizaciones colectivas, impulsaron instancias de negociación que fueron, progresivamente, configurando y redefiniendo el escenario de disputa política y social desde y contra el Estado.

Por último, en la etnografía de Quirós (2006) sobre dos familias de Florencio Varela que mantienen relaciones con las organizaciones piqueteras, se muestra que la adquisición de un plan y el compromiso de participar en las acciones colectivas responden a un campo plural y complejo de razones que van más allá de las de orden material o ideológica en las que suelen clasificarse. *Estar con los piqueteros* es una posibilidad, entre otras, de obtener beneficios del Estado como también puede significar una forma de dar sentido a la vida (aquello que da valor a la persona sea como vecino, padre, madre, compañero o militante), de lo que depende la economía familiar, de mantenerse ocupado, de sostener diversas relaciones interpersonales, etc.

Para la autora, las motivaciones y sentidos de la participación en agrupaciones piqueteras se juegan en el seno de relaciones familiares, de las trayectorias e historias de vida de las personas que las componen, pudiendo incluso estar integradas a organizaciones distintas y hasta oficialmente antagónicas. En la vida cotidiana, la economía doméstica se entrelaza con los recursos del movimiento y con los recursos del Estado. El plan social, es una un medio de vida (entre otros) que permite que personas con diversas pertenencias se encuentren y hablen un mismo lenguaje: el lenguaje asociado a los planes, el compartir siglas, preocupaciones e identificaciones. Asimismo, en este estudio, se plantea que entrar en el universo de las organizaciones piqueteras es ingresar en un vínculos de dependencia recíproca que se expresa por medio de

obligaciones recíprocas de *don y deuda*, en donde por ejemplo la adquisición de un plan trae aparejado la obligación de de marchar.

Dentro del enfoque de estos últimos trabajos encontramos algunos aspectos constructivos para nuestra investigación vinculados con la idea de pensar las organizaciones sociales al modo de grandes entramados, recuperando las prácticas y sentidos que los propios sujetos construyen en sus dinámicas cotidianas. Además, permiten volver la mirada sobre las complejas interacciones que se desarrollan dentro de los espacios barriales, desde una perspectiva más abierta que contempla la reciprocidad entre diversos sitios: lugares comunitarios (organizaciones de desocupados, comedores, iglesia, unidades básicas, etc.), instituciones oficiales, dinámicas estatales y barriales (donde hay cruces entre político, lo social y familiar).

Rescatamos estos aspectos, fundamentalmente, porque fortifican una óptica más oportuna para el mapeo de espacios y dinámicas sociales que conciernen a los movimientos de trabajadores desocupados. Sin embargo, más allá de sus tramas territoriales, nos proponemos no descentrarnos de los sujetos colectivos dado que constituyen sujetos demanda pública-política con incidencia en procesos socio-históricos de más amplio alcance.

Por consiguiente, luego de esta revisión de enfoques sobre los movimientos de trabajadores desocupados buscaremos reconstruir las grandes perspectivas que nutrieron a la teoría social y al estudio de los movimientos sociales con el objetivo de arribar a posicionamientos teóricos que permitan observar las complejidades asociadas a la construcción de sujetos colectivos sin perder de vista su relación con el orden social. La tarea en los siguientes apartados será recuperar y construir un enfoque teórico-epistemológico que pueda dar cuenta de la relación entre orden social y acción a partir de la incorporación de la categoría heurística de subjetividad colectiva.

Concretamente, entonces, se avanzará primero en el recupero de algunas líneas teóricas que se pueden inscribir en el debate sobre la relación entre estructura, sujeto y acción, a posterior, nos detendremos en el abordaje de los movimientos sociales y la acción colectiva y, finalmente, incorporaremos la categoría de subjetividad colectiva.

2. Claves teóricas

a) Estructura, sujeto y acción

Desde sus orígenes, la sociología ha tratado de responder científicamente a la pregunta *-legada del Iluminismo del siglo XVII⁶-* de ¿porqué (hay) lo social? Este interrogante es (y ha sido) constitutivo de la labor sociológica y conlleva el problema medular sobre el vínculo entre la estructura (orden o sistema social) y la acción (De Ípola; 2004).

La búsqueda de respuestas a la pregunta tácita por el vínculo social (*lazo social*) hizo que la sociología tuviera un doble y simultáneo origen: sistémico y accionalista. Por una parte, una perspectiva según la cual la posición de los individuos en las estructuras determina y explica (en primera o última instancia) la acción, proyectos e iniciativas de los agentes *-punto de vista sistémico-*, y por otra, una concepción según la cual la acción o capacidad de invención de los actores resulta primordial para la comprensión de la estructura, orden o sistema social *-punto de vista accionalista-* (De Ípola, 2004).

Desde entonces, la teoría social ha estado marcada por esa tensión constitutiva (devenida en algunos casos en “oposición”) y se ha ido construyendo con diferentes dicotomías: macro-micro, sujeto-objeto, orden-conflicto, etc. (Alexander, 1992). Sin embargo, lo que estos desacuerdos reflejan es una disputa por la definición de su objeto básico (Giddens, 1990). La historia de las ciencias sociales, puede circunscribirse, tal como sostiene De Ípola (2004), a recurrentes “*operaciones de retorno*” en búsqueda de su objeto perdido que, lejos de traducirse en la repetición de escritos fundadores, se

⁶ A fines del siglo XIX, la sociología asume la tarea de dar respuesta a: *¿Por qué hay lo social?* Pregunta que siglos anteriores, de forma implícita y bajo otro tipo de respuestas, venían abordando autores como David Hume, John Locke, Imanuel Kant, Thomas Hobbes, entre otros. Pero que durante la *Edad de la razón*, de la ciencia (siglo XIX) “... *la sociología ha de intentar responde a esa pregunta científicamente y no, como en el Iluminismo, postulando o proponiendo, bajo formas variadas, un ‘contrato’ voluntario, producto de una inexplicable voluntad humana.*” (De Ípola, 2004: 13).

desarrollan en “virtud” (y no a pesar) de una tensión fundacional entre la estructura y la acción.

En efecto, los debates entre quienes conceden prioridad teórica a la estructura per se y quienes a los procesos que la producen y reproducen, así como también los relativos esfuerzos por superar la polarización entre ambas posturas, fueron construyendo y transformando el cuerpo de teorías transcendentales para la comprensión de los fenómenos sociales.

En buena parte del siglo XX, por ejemplo, las arenas del debate del vínculo entre estructura, sujeto y acción, estuvo signado por tres grandes teorías que se disputaron su predominio. Por un lado, el *estructuralismo* que se constituyó en la corriente más dominante del periodo y hegemonizó a casi todas las restantes disciplinas. Por otro lado, el *marxismo* bajo su corriente principal vinculada al marxismo-leninista y, la menos reconocida: el marxismo occidental, inaugurada por Lukács y representada por Gramsci, la escuela de Frankfurt, la historia social inglesa de Thompson, entre otros. Y por último, la corriente por entonces más marginada referida al problema de la comprensión de sentido, esto es, la *hermenéutica*, representada por el historicismo alemán, la fenomenología, el interaccionismo simbólico, la etnometodología, etc. (De la Garza, 1992).

Desde el estructuralismo se expresaba el supuesto máximo de que todas las estructuras (ya sea la sociedad, la cultura, la economía, etc.) se imponían al individuo a través de la socialización, por la coerción social o por el consenso y que, en definitiva, la posición de los individuos en las estructuras determinaba sus formas de conciencia y de acción (De la Garza, 2001). Dentro de esta corriente y, fundamentalmente, en el abordaje del tema de la interrelación entre estructura-sujeto-acción, hubo dos referentes cruciales: Emile Durkheim (cuyos trabajos se han considerado fundadores dentro de

esta perspectiva) y Talcott Parsons, cuya reformulación y aportes marcaron fuertemente la teoría social en el correr del siglo XX.

En el caso de Durkheim, entre los elementos teóricos que permiten ubicarlo como precursor de la sociología de sistemas aparece el principio metodológico medular de *Las reglas de la méthode sociologique* referido a tratar “los hechos sociales como cosas”⁷, esto es, como sucesos exteriores a los individuos que coaccionan e inciden en el desarrollo de la personalidad y sus acciones. A través de sus obras, el autor expone una perspectiva de análisis de los hechos sociales donde la acción y los comportamientos de los sujetos pueden comprenderse al analizarlos y vincularlos con la estructura que los contiene. Presenta una imagen de la sociedad compuesta por subsistemas con características definidas -economía, política, derecho, tipos de solidaridad, tipos de conciencia, etc.- (De Ípola, 2004) y postula la idea de que la conciencia colectiva (el sistema) funciona al modo de una normativa moral que es introyectada en la constitución de la personalidad de los individuos (Retamozo, 2009).

Por su parte, Talcott Parsons profundiza la propuesta durkhemiana de ver la estructura social como un gran sistema (con partes y funciones) y desarrolla las ideas relacionadas con la introyección de las normas. Este autor, incorpora a su análisis social conceptos provenientes de la concepción freudiana referida a la formación del superyó como modelo de explicación de la internalización de las normas. La categoría “catexia”⁸ permite a Parsons explicar el modo en que los componentes de la cultura son internalizados dentro del sistema de la personalidad (Alexander, 1992).

⁷ “La primera regla y la más fundamental consiste en considerar los hechos como cosas” (Durkheim [1895] 1986:53)

⁸ “En la teoría de formación del superyó, Freud sugiere que la catexia –su término técnico para el afecto o el amor- lleva a un actor o sujeto a identificarse con el objeto de su amor, y que esta identificación lleva a la introyección, o internalización del objeto por parte del actor. Freud creía que el niño concentraba la atención en los objetos que son fuentes de placer, habitualmente sus padres (...) partes claves del carácter de sus padres se concierten en parte de la personalidad de los niños. Estas cualidades introyectadas son el origen del superyó, sede de la sensibilidad moral dentro de los niños” (Alexander, 1992:39).

Junto con ello, y desde las influencias weberianas, Parsons completa su propuesta dando lugar al estudio de los “*marcos de referencia de la acción*”. Aquí el autor, toma como punto de partida la idea del *acto-unidad*, de un actor orientado a un fin en una situación compuesta por medios y condiciones dentro de un marco normativo y, concentrado en el condicionamiento de las acciones sociales, elabora un modelo de análisis trisistémico en el que entran en interdependencia los sistemas de personalidad, social y de la cultura (Parsons, 1966). En este modelo, postula un carácter relacional entre los sistemas dado que los componentes de la cultura común son internalizados como parte constitutiva de la personalidad a través del proceso de socialización y, la estructura de la personalidad funciona como mediadora en la interiorización de los componentes culturales (Alexander, 1992).

No obstante, aunque la propuesta de Parsons permite pensar un juego dialéctico entre estructura-sujeto-acción, en la que el actor tiene un margen de libertad en sus acciones (agency, condición para actuar o ejercer poder), su teorización no se escapa del supuesto de que, en última instancia, la acción de los individuos se encuentra acotada por los condicionamientos y el marco normativo, esto es, por factores estructurales y externos al sujeto. Como sostiene De la Garza (2001) aunque Parsons se propuso escapar de la cárcel del actor racional instrumental, del determinismo utilitarista e individualista, terminó cayendo en otro determinismo de tipo cultural en el cual el sistema de la cultura resultó analíticamente diferente al de la personalidad y jerárquicamente superior.

Desde el marxismo, el tema de la relación entre estructura, sujeto y acción (lucha) forma parte de un asunto emblemático debido a que los propios escritos de Karl Marx han dado lugar a diversas interpretaciones. Parte de esta situación puede entenderse por el hecho de que Marx nunca desarrolló una teoría de la acción en el

sentido estricto (Melucci, 1999). Más bien, en su lugar, pueden rastrearse algunos fragmentos de sus obras que a futuro alimentaron teorizaciones de corte determinista⁹ mientras que otros pasajes¹⁰ tienden a otorgarle al sujeto capacidad de realización histórica, situando la acción de los hombres en contextos sociales e históricos que, antes que determinarlos, los condicionan (Retamozo, 2009).

Ciertamente, el problema del sujeto histórico, del salto de la clase en sí a la para sí, del pasaje de la situación estructural a la conformación del movimiento obrero revolucionario, generó (y continúa siendo) tema de debate teórico-político entre los seguidores de la tradición marxista abriendo varias interpretaciones al interior de una misma corriente (De la Garza, 2006).

Sin embargo, en el siglo XX la corriente más difundida fue la marxista-leninista. Esta visión, estuvo cargada de un fuerte determinismo estructural y positivismo epistemológico. No sólo supuso que el marxismo era la ciencia capaz de predecir los grandes procesos históricos por el carácter racional de los mismos, mediante el descubrimiento de “las leyes de la historia” sino que, además, otorgó una excesiva centralidad al trabajo por encima del resto de las esferas sociales reservando al sujeto el lugar de epifenómeno de las contradicciones materiales en el desenvolvimiento dialéctico de la historia. Asumió unos de los aspectos más deterministas del marxismo

⁹ Existen algunos pasajes de las obras de Marx que aluden a un carácter determinista de la relación entre sujeto, estructura y acción. Por ejemplo, el que se encuentra presente en *Ideología Alemana*: “Determinados individuos que se dedican de un determinado modo a la producción contraen entre sí estas relaciones sociales y políticas determinadas (...) La estructura social y el Estado brotan constantemente del proceso de vida de determinados individuos; pero de estos individuos, no como puedan presentarse ante la imaginación propia o ajena, sino tal y como realmente son; es decir, tal y como actúan y como producen materialmente y, por tanto, tal y como desarrollan sus actividades bajo determinados límites, premisas y condiciones materiales, independientes de su voluntad.”. (Marx y Engels [1845] 1982: 20).

¹⁰ Aquí, aludimos a otros pasajes que otorgan al sujeto capacidad de realización histórica como por ejemplo: “Las circunstancias hacen al hombre en la misma medida en que éste hace a las circunstancias” (Marx y Engels [1845] 1982: 39).

originario referido a la “misión histórica”¹¹ (abolición de la sociedad de clases) que el proletariado, por su situación estructural, estaba destinado a cumplir (De la Garza, 1992).

En este sentido, una de las consecuencias de este tipo de posturas marxistas refiere al hecho de que por su manera de entender la esquemática relación entre los aspectos “estructurales y supraestructurales” finalizan despojando al sujeto histórico de su capacidad de acción e incidencia en la realización de la historia, esto es, de su praxis (Retamozo, 2009). En su lugar, postulan un sujeto portador de una misión histórica transcendente, determinada y dispuesta a cumplirse (aún más allá de su voluntad) como resultado del avance de las contradicciones de los modos de producción capitalistas. Así, el mayor desafío que por entonces afrontaron este tipo de versiones fue la imposibilidad de explicar porqué los obreros no habían generado acciones de acuerdo a sus intereses objetivos, esto es, el problema de la formación de clase, del pasaje de la clase en sí a la para sí (De la Garza, 1992).

Sobre este asunto, hubo quienes que, como en el caso de Lenin ([1902] 1946), propusieron pensar que esa falta de coincidencia entre estructura y conciencia proletaria se explicaba a partir de la idea de falsa conciencia *-derivada de la definición de ideología de Marx en tanto inversión de la realidad-* y asumiendo que “la conciencia llega desde afuera”. Desde allí, se concebía la presunción de que: “Sociológicamente, el proletariado era incapaz de alcanzar los niveles de abstracción como los que suponen el dominio de la teoría marxista a profundidad, los encargados de sistematizar esta conciencia [eran] los intelectuales de partido” (De la Garza, 1992:21).

¹¹ En este punto, se asume con De la Garza (1992) la idea de que algunos fragmentos de las obras del propio Marx pueden dar origen a una lectura estructuralista: “No se trata de lo que este o aquel proletariado, o incluso el proletariado en su conjunto, pueda representarse de vez en cuando como meta, se trata de lo que el proletariado es y de lo que está obligado históricamente a hacer con arreglo a ese ser suyo: su meta y su acción histórica se hallan llana e irrevocablemente predeterminados por su propia situación de vida y por toda la situación burguesa actual.” (Marx y Engels, 1965: 348).

Las interpretaciones leninistas se mantienen dentro de una concepción positivista donde la teoría (en este caso: marxista) puede orientar las acciones de los sujetos dada su capacidad de develar las leyes objetivas de realidad social. Asimismo, los demás aspectos vinculados a la idea de que la conciencia llega desde de afuera y el papel de la vanguardia iluminada conllevan una sumisión aún mayor del papel de los sujetos en la historia. Principalmente, porque desestima la compleja relación que se establece entre los aspectos ideológicos y los procesos de construcción subjetiva por parte de los sujetos que intervienen en un tiempo histórico determinado. En este sentido, podría decirse que aunque las ideologías pueden ser asimiladas también incluyen posibles resemantizaciones, rearticulaciones con elementos antiguos del dar sentido e incluso impactan en estratos de la subjetividad vinculadas a los valores, la estética, los sentimientos, entre otras. Con todo, vale decir que la vía leninista implica una subordinación del sujeto tanto a su capacidad de intérprete como de constructor de la realidad social escondiendo, así, una perspectiva autoritaria (De la Garza, 2001a: 125).

Sin embargo, con los avances tecnológicos del capitalismo y los derrumbes del socialismo real se creó un escenario favorable para la revisión ortodoxia teórica permitiendo la aparición de un nuevo marxismo denominado “marxismo occidental”, que desde sus orígenes entró en polémica con los aspectos estructuralistas y positivistas de la versión clásica y, al mismo tiempo, buscó desentrañar la relación sujeto-objeto aportando a la reflexión sobre los sujetos históricos (De la Garza, 2006).

En forma temprana, un frente de críticas estuvo dado por Antonio Gramsci, que por medio de ciertas diferenciaciones teóricas buscó ir más allá de la idea de conciencia de clase predominante hasta entonces. Un aspecto capital, es que a partir de sus teorizaciones sobre la hegemonía busca trascender la versión clásica marxista separándose de la categoría de ley en ciencias sociales y complejizado las relaciones

entre estructura y superestructura. Particularmente, va a sostener que cada forma estatal es un modo particular de nexo entre lo político y lo económico, un modo de compromiso entre gobernantes y gobernados. El estado no es sólo el instrumento de la clase dirigente para adecuar la sociedad civil a la estructura económica, sino un reflejo de las actividad practica y teórica con las cuales la clase dirigente no sólo justicia y mantiene su dominio, sino también logra obtener consenso activo de los gobernados es decir; construir hegemonía, una dirección política y cultural sobre los grupos subordinados. Aquí, el estado asume una doble concepción como cohesión y consenso, mientras que las diferentes instituciones de la sociedad civil constituyen el espacio donde se estructura la hegemonía de clase y donde también se expresa el conflicto social, el escenario para posibles crisis de hegemonía. Por tanto, en este marco teórico, el autor propone un análisis coyuntural que supone indagar en la construcción de sistemas hegemónicos tomando a las relaciones sociales objetivas como un punto de partida dentro de un proceso mayor pero no como de determinaciones inmediatas (Portantiero, 1999: 45).

Otra fuente de críticas, provino de los trabajos de Max Horkhaimer, Teodoro Adorno, Herbert Marcuse, Walter Benjamín y George Lukács que, por entonces, integraron la llamada Escuela de Frankfurt. Entre los tantos aportes que subyacen a esta corriente intelectual, Theodor W. Adorno es quien mantiene una posición más crítica con la visión del marxismo-leninista. Fundamentalmente, porque aunque aceptó el marxismo resistió la de idea de pensar al proletariado sujeto revolucionario colectivo en tanto unidad objeto-sujeto de la historia y, a su vez, rechazó el propio concepto de la historia como despliegue racional de la verdad, como realización progresiva de la libertad -identidad de lo racional y lo real-.En su lugar, consideró el proceso histórico no

como una totalidad homogénea con un despliegue teleológico¹² sino como resultante de la relación dialéctica entre las acciones de los hombres y la realidad material. Desde esta posición, se refirió al sujeto como un particular situado históricamente (Buck-Morss, 1981).

A su vez, desde la historia social inglesa de E.P. Thompson (1989) también se abrieron algunas líneas críticas planteando una redefinición de la idea de clase social y sujeto histórico marxista a partir de recuperar la categoría de experiencia como mediación entre ser social y conciencia, entre estructura y acción. Desde su propuesta, Thompson ubicó a la experiencia no sólo como espacio de apertura a las acciones sino como instancia donde se procesan los condicionantes estructurales, es decir, que entran en ruedo los aspectos culturales tales como las visiones de mundo, historias, imaginarios, prejuicios, sentido común, etc. (Cainzos,1989) .

Básicamente, en los trabajos históricos sobre los sectores subalternos, Thompson (1989) plantea que las determinaciones objetivas no explican por sí mismas la formación de clases ni los procesos de construcción de estos sujetos colectivos. Más bien; “Su proyecto histórico presupone que las relaciones de producción distribuyen a las personas en situación de clase, que estas situaciones implican antagonismos esenciales y conflictos de intereses y que por ello crean condiciones de lucha.(...) [pero] las formaciones de clase surgen y se desarrollan a medida que los hombres y las mujeres *viven* sus relaciones productivas y *experimentan* sus situaciones determinadas, dentro

¹² “No había ley dialéctica alguna de la historia o de la naturaleza que funcionara independientemente de las acciones humanas y garantizara el progreso hacia la sociedad racional sin clases. La historia humana, en cambio, emergía de la dialéctica de la praxis humana, proceso entre los hombres y la realidad material. (...) la palabra progreso no podía aplicarse a la historia presente. Solo tenía validez, en cambio, en el sentido de la lucha por liberar la conciencia de su subordinación a lo dado, es decir como ‘progreso en la desmitificación’. Por su puesto, esta desmitificación constituía en sí un proceso dialéctico (...) el pensador o el artista debían negar críticamente el material (reificado, burgués) de su oficio, material que funcionaba ideológicamente aunque conteniendo en forma mediatizada los antagonismos de la sociedad cuyo desarrollo histórico había sido el origen de su producción.” (Buck-Morss, 1981: 113-114)

del conjunto de relaciones sociales, con su cultura y expectativas heredadas, y a medida que manejan estas experiencias en formas culturales.” (Meiksins Wood, 2000: 94-95)

Desde esta postura, el autor amplía la construcción de sujetos colectivos como productos de procesos de experiencias comunes dentro espacios históricos. Sin desconocer que los modos de producción crean condiciones para la lucha de clases rescata la vivencia común. Con ello, evita reducir la clase a condiciones estructurales o estáticas y recupera bases del materialismo histórico que permiten entender la clase como proceso y como relación socio-histórica (Meiksins Wood, 2000).

El rescate de la categoría de experiencia como instancia de mediación entre la estructura y la acción resulta un punto de avance respecto de aquellas posturas que se inclinaron por considerar a las clases como dadas frente a determinadas condiciones estructurales. Al mismo tiempo, gesta la posibilidad de reflexionar sobre las formas en que los sujetos sociales construyen un espacio de experiencia y logran identificarse. En particular, mantiene conexión con nuestra propuesta de investigación dado que sin desconocer el carácter socio-histórico de las relaciones sociales busca avanzar recuperando la experiencia como espacio de construcción de sentidos y significados de los sujetos colectivos.

Desde otra perspectiva, dentro del conjunto de grandes teorías que han nutrido el tema de la relación entre estructura, sujeto y acción, se encuentra una posición heurística más relegada durante siglo XX: la hermenéutica. Esta corriente, a pesar de sus diferentes líneas internas (historicismo alemán, fenomenología, interaccionismo simbólico, etnometodología, etc.) tuvo como común denominador el abordaje del problema de la comprensión de significado, de la experiencia como significativa y, de la gestación y la acumulación social de significados.

La hermenéutica, vista como teoría de la realidad en sentido amplio, recupera la centralidad del sujeto y abre un nuevo campo de exploración para las ciencias sociales. Ya desde sus antecedentes lejanos, como es el caso del historicismo de Dilthey y Rickert, aparece la preocupación nodal por el “mundo interno” de los sujetos, permitiendo autonomizar las ciencias sociales de las naturales por medio del método de la comprensión de sentido que reconocía en la capacidad *empática* del hombre una fuente desde la cual captar sentido (De la Garza, 2001).

Este primer camino de la hermenéutica estuvo signado por un fuerte corte psicologista y adquirió relevancia sociológica a partir de los estudios de Weber. La propuesta central de este autor, aludía a que la sociología se orientase en la búsqueda por comprender la acción social (la conducta acompañada por el sentido mentado subjetivamente) tomando en cuenta elementos estructurales e históricos que inciden sobre esas acciones¹³. En función de ello, Weber elaboró una metodología específica capaz de combinar la construcción de tipos-ideales de acción social trazando relaciones con sus contextos socio-históricos precisos. Sin embargo, pese a que los planteos de Weber constituyen uno de los más grandes esfuerzos por vincular la acción y el sentido en la teoría social, un breve balance sobre sus teorizaciones nos permite ver que dentro de sus trabajos existe un tratamiento escaso sobre el tema de la gestación social de sentidos, de las formas en se validan e inciden en las acciones sociales (Retamozo, 2009).

Sobre esta dirección, un cambio importante se produce a raíz del vuelco generado por la fenomenología de Husserl y Schütz. A partir de la fenomenología, la

¹³ “La ciencia social que queremos promover es una ciencia de realidad. Queremos comprender la realidad de la vida que nos circunda, y en la cual estamos inmerso, en su especificidad, queremos comprender, por un lado, la conexión y significado cultural de sus manifestaciones individuales en su configuración actual, y, por el otro, las razones por las cuales ha llegado históricamente a ser así-y-no-de-otro-modo.” (Weber, 1978: 61)

idea de mundo interno (propia del historicismo alemán) deviene en mundo de los significados y se destruye la separación clásica weberiana entre la acción significativa y la motivacional. El mundo interno comienza a ser entendido como vivencia y, como tal, se expresaría en signos siendo su significado producto de la interpretación, es decir, la observación y la motivación serán (ambas) procesos interpretativos (De la Garza, 2001).

Con Schütz (1974) el mundo social puede entenderse como un mundo cultural intersubjetivo dado que; "... vivimos en él como hombres entre otros hombres, con quienes nos vinculan influencias y labores comunes, comprendiendo a los demás y siendo comprendido por ellos. Es un mundo de cultura porque, desde el principio, el mundo de la vida cotidiana es un universo de significación para nosotros, vales decir, una textura de sentido que debemos interpretar para orientarnos y conducirnos en él." (Schütz, 1974: 41). A su vez, el autor señala que esa textura de sentido sobre la que el hombre habita tiene origen en las propias acciones humanas y es instituida por ellas y que por tanto: " En cualquier momento de su vida, el hombre se encuentra en una situación biográficamente determinada, vale decir, en un medio físico y sociocultural que él define y dentro del cual ocupa una posición, no solo en términos de espacios físicos y tiempo exterior o de status y su rol dentro del sistema social, sino también una posición moral e ideológica" (Schütz 1974:40)

Asimismo, desde interaccionismo simbólico también se elaboraron importantes aportes para la hermenéutica a partir de la idea medular de que toda interacción social es un interacción simbólica, en la cual el significado es ya parte del acto social -y no solamente psíquico- (De la Garza, 2001). Mientras que otro tanto ofreció la etnometodología abocada a explorar el diálogo intersubjetivo introduciendo reflexiones sobre el impacto del sentido común en el actuar.

En cierta medida, estos aportes de la hermenéutica resultan centrales para

nuestra investigación dado que permite pensar el problema de la producción de sentido entre sujetos que interactúan en un mundo cotidiano y explorar la incidencia del sentido común en el mundo social (De la Garza, 2001). Abren un nuevo camino para formular la relación entre estructura social, los sujetos y sus acciones, recuperando al mundo social como plexo de significados en el cual los hombres no sólo se encuentran con significados previamente estructurados sino que, al mismo tiempo, se los considera productores de sentido. Sin embargo, contienen algunos límites analíticos debido a que gran parte de sus autores, que podrían posicionarse dentro de la hermenéutica, se han detenido en entender los procesos de gestación de sentido como producto de la negociación e intercambio simbólico, sin indagar en las formas ni en la relación que dicha producción de significados establece con las construcciones de poder y hegemonía en el mundo social (Retamozo, 2009).

Hasta aquí, la revisión de grandes perspectivas teóricas que hemos presentado nos revela que aunque existieron algunos esfuerzos teóricos que buscaron escapar de una visión netamente estructuralista (como los que pueden rastrearse en algunos autores del marxismo occidental o dentro la corriente hermenéutica), ciertamente, fueron poco dominantes durante el correr del siglo XX. Como sostiene De la Garza (2001) en casi todo el siglo pasado y en casi todas las disciplinas prevaleció el estructuralismo. Sin embargo, ya desde la década del sesenta y, con toda claridad en los ochenta, estas grandes teorías sociales entraron en crisis. Sucumbieron en una crisis que estuvo vinculada a todo un cambio epocal, que marcó la caída de los grandes relatos y su remplazo por los discursos inconexos sobre los que reflexionaba la Posmodernidad.

Frente a un gran proceso de transición, la Posmodernidad hizo un diagnóstico equivocado, "...como el fin de los grandes discursos y no sólo de la decadencia de algunos que fueron más importantes en casi todo el siglo XX, de los grandes sujetos y

no sólo de la clase obrera, de los grandes proyectos y no sólo el del socialismo o el Estado benefactor y el predominio de la fragmentación.” (De la Garza, 2006: 3). Pero esta versión se transformó, alrededor de los noventa, ante la evidencia de una nueva realidad no “posmoderna” vinculada a la Globalización y el Neoliberalismo¹⁴

A partir de entonces, nuevas grandes teorías disputan hegemonía en diferentes niveles tal como antes: en el de las teorías especializadas un predominio de las teorías económicas neoclásicas; en las perspectivas sobre la sociedad disputan las de la Agency con las nuevas de la elección racional, y con de las de sistemas (que pretenden cierta universalidad) se enfrentan aquellas que buscan sostener teorizaciones referidas a la fragmentación posmoderna. Estas concepciones actuales, que son grandes relatos, tienen en común el hecho de incorporar o confrontar con las actuales teorías sobre el discurso, lo cual llevó a nuevas corrientes a dar respuestas en un campo relegado en el período anterior, el campo complejo de la Subjetividad (De la Garza, 2006).

En el panorama actual emerge, entre el diálogo con las nuevas y antiguas teorías interpretativas, una perspectiva cuyo problema central ya no es simplemente la subjetividad sino la relación entre las estructuras, la subjetividad y la acción social, tratando de escapar al reduccionismo estructuralista o al idealismo subjetivista.

Dentro esa perspectiva, un conjunto de autores (Zemelman, 1997; De la garza, 2001, 2006; León, 1997) asumen que la realidad social se presenta como una articulación dinámica y abierta (acerca de lo dado y lo dándose) en la coexisten diversos planos espaciales- temporales, que configuran una múltiple temporalidad a través de la conjunción entre el pasado y el futuro en el presente. Asimismo, consideran la realidad

¹⁴ Como sostiene De la Garza (2005) recuperando el trabajo de Siedeman y Alexanders (2001): la impresión posmoderna fue seguida de la del Neoliberalismo en la cual se hizo evidente la emergencia de otro gran discurso: el del hombre racional que actúa individualmente buscando su beneficio máximo en todos los ámbitos de las relaciones sociales, un gran proyecto, el de la sociedad de mercado y libre competencia y, los grandes sujetos, el de las corporaciones multinacionales.

social como un campo de acciones en donde se abren espacios de subjetividad constituyente y formación de sujetos sociales con “opción de construcción social” o capacidad para construir proyectos que no están estrictamente estipulados de antemano por leyes históricas inexorables o rumbos predeterminados¹⁵.

Para estos autores, todo ordenamiento social es al mismo tiempo una densidad temporal-espacial y una compleja red de significaciones, que atraviesan y orientan toda la vida de una sociedad y a los individuos concretos que la constituyen. A su vez, por el carácter dialéctico con las prácticas y los procesos de construcción de sentido, postulan que toda estructura social admite siempre sitios de articulación inestable dentro de los cuales pueden surgir sujetos sociales con capacidad para disputar partes del “magma social” (Castoriadis, 1986).

Sobre esta dirección, De la Garza (2001) propone ver a las estructuras bajo diversos niveles de abstracción dado que: “puede distinguirse entre niveles de realidad relacionadas con las praxis inmediatas de los sujetos de aquellas resultado de cristalizaciones mediatas y sobre las cuales la acción inmediata tiene menor eficacia que en las primeras” (De la Garza, 2001: 12). Así, desde un plano más alto de abstracción sobre las estructuras, la dimensión subjetiva se va alejando de las prácticas cotidianas y transformando en un poder ajeno que constriñe la acción aunque sean ellas mismas resultado último de las praxis. Es decir, opera con las estructuras “...lo que Marx denominaba el fetichismo, siendo productos humanos, de las prácticas humanas, llegan a independizarse relativamente de sus creadores y a dominarlos, este dominio nunca es absoluto y siempre hay un espacio para la acción viable y la subjetividad viable en la coyuntura.”(De la Garza, 2001: 12)

¹⁵ “Si la realidad histórica deja de ser entendida como sometida a leyes inexorables, obliga a concebirla como una articulación entre historicidad, en tanto movimiento interno constitutivo de lo concreto, y subjetividad, en tanto capacidad de construcción desde lo potencial” (Zemelman, 1997: 27)

Junto a ello, De la Garza (2001) advierte que aunque las estructuras no pueden existir sin praxis tampoco pueden reducirse a ellas, son el resultado de un proceso de abstracción de múltiples prácticas al modo de “grandes entramados”. “Las estructuras pueden remitir efectivamente a prácticas, aunque también alejarse de ellas a través de procesos de decantación y cristalización que presionan a dichas prácticas y, por lo tanto, no son simple resultados de estas.” (De la Garza, 2001: 13). Esto, evita tratar a la estructura social como una única e integrada estructura y orienta a pensarla como una pluralidad de estructuras que entran en juego según la coyuntura y la situación, rompiendo el clásico esquema del estructural-funcionalismo.

Asimismo, esta postura sostiene que si bien las estructuras sociales anteceden a las prácticas humanas y se articulan más allá de los propios sujetos, en definitiva, son su resultado, es decir: “...no pueden entenderse sin una referencia a las relaciones sociales y significados que las constituyen como tal, ni a la subjetividad y la acción que las actualizan, reproducen y transforman (...) Las estructuras no se encuentran escindidas de la pragmática del sujeto que las pone en acto y las valida en su transcurrir práctico.” (Retamozo, 2007:13). Esto significa que, junto con las estructuras sociales, las prácticas y la subjetividad están necesariamente enlazadas ya que toda acción es interacción con otros hombres y con la naturaleza y, a su vez, es significativa, por tanto aunque la significación no agotan al contenido material de la práctica es una dimensión constitutiva que le da sentido humano (De la Garza, 2001).

La relación entre las prácticas que los sujetos despliegan y el campo de la subjetividad traza un vínculo donde “el producto existe dos veces, uno como resultado y otro en la subjetividad del actor. De tal forma, que praxis y subjetividad están conectadas desde el momento en que la subjetividad que da significado antecede a la práctica, pero el significado la acompaña en su transcurrir y en los resultados.”(De la

Garza, 2001:13). Es decir, que el proceso de dar sentido está siempre referido a la conciencia de algo en forma concreta y forma campos de la subjetividad, no como un sistema ni en forma atomizada sino como conglomerados cuyos elementos provienen de la cultura pero son interiorizados a través de la experiencia

En esta medida, la subjetividad se entiende como un proceso de dar significado a las prácticas, y no como un proceso fisiológico o meramente psicológico, con lo cual “es posible hablar de los campos de la subjetividad, espacios diversos que permiten dar sentido porque contienen elementos acumulados para dar sentido socialmente, no a través de la identificación de códigos que reduciría la subjetividad a la cultura, sino como proceso que incorpora a los códigos acumulados creando configuraciones subjetivas para la situación concreta” (De la Garza, 2001:13).

Se asume, por tanto, que la subjetividad no es externa ni independiente de las acciones como tampoco de las estructuras sociales porque es, precisamente, en la subjetividad y en los sujetos sociales donde confluyen y se reelaboran los procesos constructivos de la vida social, donde se articulan las dinámicas reproductivas y productivas de la sociedad, son el espacio donde se desenvuelve la dialéctica de lo dado y lo dándose (Zemelman, 1997).

El proceso de reproducción social y reificación de las estructuras surge como resultado de la fetichización, en tanto ciertas formas de dar sentido ganan regularidad a medida que los hombres naturalizan determinados productos sociales. Sin embargo, la posibilidad de la ruptura no queda anulada. En determinados momentos históricos “...pueden emerger estratos fosilizados de la subjetividad, que pudieron formar parte de memorias colectivas y trastocarse los sentidos cotidianos por otros aparentemente inusitados, abriéndose la posibilidad de rupturas entre códigos subjetivos, rearticulaciones, asimilaciones o creaciones.” (De la Garza, 2001:16). Así, la

posibilidad de dislocación (Laclau y Mouffe, 1985) o crisis de hegemonía (Gramsci, 1977) tienen que ver con el cuestionamiento de la naturalidad de ciertas estructuras invocando el origen contingente e histórico, susceptible de disputa (Retamozo, 2007).

En efecto, aunque los significados posibles y las configuraciones subjetivas, que construyen los sujetos sociales se desarrollan dentro de un espacio finito, están en cierta medida limitados por el ordenamiento estructural y la cultura, esos significados se someten a prueba por medio de las experiencias prácticas siendo en esta instancia donde: “Las praxis se pueden volver sobre las subjetividades y las estructuras presionado a su reconfiguración. Estas reconfiguraciones pueden implicar asimilación de nuevos códigos, emergencia de otros que estaban sumergidos, rejeraquizaciones, polisemias y cambios de intensidad significativa.” (De la Garza, 2001: 21)

De esta concepción se desprende el carácter dialéctico de la relación estructura, sujeto y acción en tanto mantiene abiertos los espacios de historicidad y contingencia, aspecto que consideramos fundamentales para nuestra investigación. Principalmente, porque recupera la importancia de la acción en tanto su capacidad de creación o reproducción social sin caer en desmedro de los condicionamientos estructurales, que inciden sobre los comportamientos del conjunto social, ni de los espacios de subjetividad social donde se elaboran significaciones capaces de poner en cuestión la naturalidad y temporalidad hegemónica abriendo terrenos de disputa.

b) Movimientos sociales y acción colectiva

Las teorías del apartado anterior sin bien aportan interesantes perspectivas conceptuales acerca del vínculo entre estructura, sujeto y acción no han abordado minuciosamente el tema de la movilización social y la acción colectiva. Particularmente dentro de esa temática, y acompañando la construcción de las teorías previamente exploradas, fueron surgiendo diferentes modelos interpretativos que construyeron en torno a ellas un campo de estudio específico. A continuación, entonces, nos abocaremos a la tarea de revisar los principales enfoques en esta línea y recuperar elementos conceptuales que sirvan para la reflexión, central en esta investigación, referida a los procesos de conformación de subjetividad colectiva en movimientos sociales.

Retornando hacia los antecedentes más lejanos, una corriente de pensamiento referida a la génesis de los movimientos sociales estuvo representada por la sociología clásica de Le Bon y Tarde. Dichos autores, pertenecientes al pensamiento conservador europeo de finales de siglo XIX, argumentaban en relación a una imagen irracional de la multitud. Suponían que las acciones colectivas respondían a la exasperación de las emociones, que bajo efectos de la manipulación tendían a corrientes o flujo de imitación.

Fundamentalmente, para estos autores, "... las multitudes [eran], pues manipuladas por minorías de agitadores y se [manifestaban] de forma irracional y violenta bajo la influencia de la sugestión." (Melucci, 1999:27). Le Bon, por ejemplo, en de su obra la Psicología de las masas (1895), planteaba que un individuo entregado a la muchedumbre hacía desaparecer las facultades racionales, su juicio moral y su personalidad, quedando víctima del contagio al líder y siendo esta pérdida de razón semejante a la caída en la animalidad, canaille, turba, gentuza, etc. Así, y pese a las distancias teóricas-epistemológicas que actualmente puedan suscitarse frente a esta

perspectiva, merece señalarse dado que durante buena parte del pasado la “edad de las masas” representó una corriente dominante que se abasteció con diferentes exponentes: Le Bon, Tarde, Ortega y Gasset, Smeler, entre otros (Pérez Ledesma, 1994).

No obstante, a partir de la década de los sesenta este modelo comienza a derrumbarse como resultado de su incapacidad para brindar explicaciones sustanciales frente a contextos de alta movilización de los grupos sociales como los de entonces. En esos años, numerosos episodios de protesta social tales como los movimientos de derechos civiles, las protestas contra la guerra de Vietnam, la generalización del movimiento estudiantil, el movimiento feminista norteamericano (especialmente en Europa y Estados Unidos), entre otros, comenzaron a ser objeto de preocupación científica. Conjuntamente con estos sucesos, la imagen de irracionalidad propuesta por la antigua corriente cayó en desmedro. Pronto, las críticas apuntalaron la inconsistencia teórica que suponía considerar como irracionales a la totalidad de las acciones colectivas y se evidenció el hecho de haber trasladado valoraciones negativas de las clases populares (basadas en la coyuntura del momento: Revolución francesa) a planteamientos científicos generales (Pérez Ledesma, 1994).

Como consecuencia del derrumbe de la anterior corriente de pensamiento se abrió espacio para el surgimiento de otras dos grandes paradigmas (vigentes hasta la actualidad) dedicados al análisis de los movimientos sociales, esto es: la teoría de la elección racional y estudios centrados en la trama de conflictos e identidades de los nuevos actores movilizados (Cohen, 1985).

La primera de estas líneas, considerablemente extendida en Estados Unidos, articulaba su visión acerca de los movimientos sociales sobre la base la teoría de la elección racional. Puntualmente, se concentra en el carácter racional de las acciones colectivas evaluándolas en términos de costo-beneficio y se dispuso a estudiar los

aspectos instrumentales y estratégicos de las mismas. En esta medida, basa sus teorizaciones en el supuesto de que todos los individuos se orientan únicamente para la obtención de un resultado (preferencia o bien), que evalúan la acción a través de conducto costo-beneficio (en términos estratégicos e individuales) y que la sociedad es el producto de un agregado de individuos aislados (Paramio, 2005).

Básicamente, este enfoque surge como resultado de la aplicación del análisis económico a la acción social, pese a que con el tiempo fue tomando distintas vertientes. Originariamente, la Racionalidad Paramétrica era el centro de estudio. Dentro de esta perspectiva, el individuo se pensaba como “sujeto frente al mercado de decisiones”. Es decir, el individuo se comportaba en sociedad de modo semejante que frente a un mercado: con información completa, conociendo lo que podía ganar y perder en cada una de las opciones, contando con ciertos recursos determinados y bajo la posibilidad de calibrar el precio para cada una de las opciones (en términos de costo-beneficio). Luego, surgió una segunda variante que fue la teoría de los juegos abocada a considerar la racionalidad como racionalidad estratégica. Con ella, ya no se trataba de un individuo frente al mercado sino de un conjunto de individuos dentro de unas reglas de juego, en donde cada individuo valoraba no sólo bajo los parámetros de costo- beneficio sino que, además, estaba capacitado para anticipar las decisiones de otros individuos involucrados que tuviesen capacidad de afectar el alcance del resultado deseado (Paramio, 2005).

En uno y otro caso, ambas perspectivas se vieron imposibilitadas para dar cuenta y explicar los comportamientos de un grupo de personas que actúan colectivamente persiguiendo un mismo propósito, por lo cual tuvieron que hacer frente al problema de “free rider”.

Puntualmente, el problema del free rider indicaba que con la sola existencia de un individuo (polizón) dentro de un colectivo advertiera que en la lógica de una

movilización grupal (orientada a la consecución un resultado o bien) el costo de la acción colectiva es individual y el beneficio colectivo, reaccionaría a la esperara de obtener el beneficio colectivo a través del esfuerzo individual de otro. En consecuencia, en el peor de los casos (pero lógicamente esperable), podría suceder que éste comportamiento racional figure en la mente de todos los actores con lo cual la movilización colectiva entraría en una parálisis general (Paramio, 2005).

Abocado a este problema, Olson buscó posicionar una respuesta intentando especificar en qué condiciones los individuos llegan racionalmente a la acción colectiva aunque sin apartarse demasiado de principales los supuestos del paradigma. En particular, Olson observó que junto a los intereses que comparten los miembros de un colectivo existen intereses selectivos. Sobre este hallazgo basó su argumentación referida a la idea de que la movilización colectiva sólo sería posible cuando junto con la esperanza de obtener un beneficio colectivo exista un mecanismo que incentive a la acción por medio de beneficios selectivos (privados) para los sujetos involucrados en ella (Paramio, 2005).

Sin embargo, esa resolución olsoniana fue criticada por argumentos no muy contundentes que señalaban que los costos de la participación podían ser reducidos, con lo cual no se apartaban demasiado de la propia perspectiva del autor. “Aunque los individuos eran vistos respondiendo a distintos incentivos, que Olson no había acentuado, la emergencia de los movimientos sociales estaba todavía conceptualizada en función de los obstáculos a la participación individual en acciones colectivas (...) Los movimientos sociales eran estudiados en términos de los individuos que estratégicamente comparaban los costos y los beneficios de su participación en la acción colectiva.” (Munck, 1995:19-20).

Desde una mirada micro-social de los movimientos sociales, fueron apareciendo elementos conceptuales que buscaron ampliar la relación entre racionalidad y acción colectiva. Esta contribución, estuvo fuertemente dotada por de la “teoría de la movilización de los recursos” que concentró su mirada en las “organizaciones”, la administración de recursos, tiempo y dinero como elementos principales en el análisis del accionar colectivo. Esta versión, abandona la preocupación sobre los orígenes movilización social y supone que el accionar colectivo depende de la organización de recursos y tiempo (Pérez Ledesma, 1994).

Asimismo, aunque sin abandonar el paradigma, se producen otro grupo de estudios que realizan uno de los esfuerzos más críticos buscando generar cierta aproximación de la acción colectiva con contextos políticos, sociales y culturales. A partir de autores tales como Tarrow, Tilly, Mc Adam, ente otros, surgen una serie de trabajos que relajan la óptica individualista originaria y extienden el horizonte de lectura más allá del análisis de movilización de recursos. En ellos, aparece la preocupación en torno a los procesos políticos que se ofrecen como telón de fondo para las acciones colectivas aunque, ciertamente, tampoco renuncian por completo a la anterior perspectiva ya que si bien: “...el problema no es tanto el de superar los costos individuales a la participación en las acciones colectivas, sino el de conseguir que los individuos que ya forman diferentes grupos y organizaciones actúen de manera ininterrumpida por un fin común (...) debe ser situado todavía dentro de una tradición estadounidense que analiza los movimientos sociales especialmente en los términos de la noción de estrategia.” (Munck, 1995: 20).

Hasta lo expuesto, el recorrido por este primer paradigma revela un excesivo acento sobre los factores racionales y organizativos de las acciones colectivas transformándose en un modelo limitado no sólo para comprender cabalmente la

conformación de movimientos sociales y su accionar colectivo sino que, además, restringe la posibilidad de poner en diálogo estos fenómenos sociales con procesos socio-históricos más amplios (que inciden tanto en su gestación como en su historicidad). Básicamente, porque: “Los enfoques teóricos que se dedican al estudio del movimiento social y de la acción colectiva como estrategia, es decir, centrándose en el *cómo* actúa y se moviliza un determinado sector de población, parten del estudio del movimiento social como organización, sin cuestionarse el origen de tal organización y sin dar explicación al paso del nivel individual al colectivo.” (Revilla Blanco, 1996:1)

Esto último, mantiene relación con el hecho de que para la teoría de la elección racional la acción colectiva es en sí misma un fenómeno que exige explicación, dado que presuponen que en ella interviene un yo unitario con un esquema de preferencias claras y un interés único y específico (Revilla Blanco, 1996). Por ende, su perspectiva ontológica y metodológica individualista coloca al accionar colectivo como un fenómeno a explicar a la par que limita su propia capacidad de respuesta con relación a los movimientos sociales (Paramio, 2005).

En torno a estas ineficiencias teóricas, el trabajo de Giménez (Giménez, 1994) recupera algunas líneas de razonamiento apuntaladas por otro autor y sostiene que: “La contribución de Alessandro Pizzorno [1989] consiste en haber demostrado que ningún modelo racional, planteado en términos de costos y beneficios, puede explicar la acción colectiva sino se supone constituida la identidad de los actores sociales. En efecto, para poder establecer un vínculo entre intereses y movilización colectiva, se requiere de la presencia de una identidad, de un “nosotros” en el cual reconocerse para poder dar consistencia a la acción y para poder calcular los costos y beneficios.”(Giménez, 1994:10).

Orientándonos dentro del segundo paradigma, que emerge también durante la los años sesenta, encontramos un conjunto de trabajos vinculados a la problemática de los conflictos de sociedades modernas de los países centrales y los procesos identitarios implicados en los movimientos sociales que emergen dentro de ellas. Esencialmente estos trabajos, "...se centran en el estudio del movimiento social como identidad, es decir, que estudian el *porqué* de la movilización, vinculan el estudio del movimiento social a las condiciones estructurales en las que emerge, de tal forma que cada tipo de movimiento social es propio de una forma concreta de sociedad: el propio contexto sociohistórico de su surgimiento determina la composición social y la dinámica del movimiento."(Revilla Blanco, 1996:1). Aquí, dos de las figuras más reconocidas dentro de esta corriente son: Alain Touraine y Alberto Mellucci.

En lo que respecta a Touraine (1991), su enfoque supera la clásica dicotomía entre los determinismos tanto sistémicos reubicando la importancia de la perspectiva de los actores sociales, dado que plantea una relación dialéctica entre el orden social y el accionar colectivo. El autor, señala que los movimientos sociales apuntan a constituir una identidad que les permita producirse a sí mismos y a la sociedad y, esta búsqueda de identidad implica dotar de sentido a las relaciones sociales que se forman en la sociedad, con lo cual destaca la importancia de las dimensiones simbólicas de los movimientos sociales. A su vez, reconoce que el entramado histórico se ofrece como un campo de lucha entre distintos proyectos de sociedad y de disputa por el control de las fuerzas de producción. Por lo cual, los movimientos sociales son la expresión del conflicto central puesto en la historia por la determinación de la estructura pero, sin embargo, reconoce una multiplicidad de antagonismos que superar la clásica determinación marxista de conflictos estrictamente de clase (Chihu Amparán,1999).

En esta dirección, Touraine (1991) amplía el campo de antagonismos inherentes a los movimientos sociales y plantea tres sistemas fundamentales de referencia para la acción colectiva: el modo de producción, el sistema político y la organización social. Básicamente, postula que cuando la acción interpela el modo producción entra en juego una puja antagónica por la apropiación y destino de los recursos fundamentales de la sociedad. Mientras que, cuando la acción se dirige al sistema político el antagonismo supone una suerte de competencia por llegar al nivel en que se producen las decisiones normativas de la sociedad, sus reglas, valores y representaciones. Y, por último, cuando la acción hace referencia a la organización social se vincula con “el sistema de las relaciones que aseguran el equilibrio de la sociedad y su adaptación al medio ambiente mediante procesos de integración y de intercambio” (Giménez, 1994:6).

Desde la perspectiva de Melucci (1999), que también se enfoca en las sociedades desarrolladas, los movimientos sociales son expresión de los nuevos desafíos que los contextos actuales de modernidad imponen a los grupos sociales en términos de identidad. Fundamentalmente, reconoce que la densidad de las nuevas sociedades modernas produce una severa crisis de sentido, una afección a las identidades que los movimientos sociales buscan restablecer. Es por esto que, Melucci, define a los movimientos sociales como la manifestación de rupturas al orden social y el antagonismo por la apropiación de los recursos valorados. Con lo cual, serían: “Formas de acción colectiva que responden a dos condiciones 1) son siempre expresión de un conflicto social (y no sólo ‘respuestas’ a una crisis), es decir, son la expresión de la oposición entre al menos dos actores por la apropiación o el control de los recursos que ambos valoran; 2) tienden a provocar una ruptura de los límites de compatibilidad del sistema dentro del cual se hallan situados: normas o reglas de procedimiento en el caso de un sistema organizativo o de un sistema político, y formas de apropiación o de

distribución de los recursos sociales en el caso de un modo de producción.” (Giménez, 1994: 5)

A continuación y dados los fines de esta investigación, se buscará integrar algunos elementos analíticos que permitan no perder de vista los conflictos centrales del orden social ni en los procesos de subjetividad e identidad colectivas. Básicamente porque se considera que la acción colectiva de un movimiento social está siempre situada en contexto histórico concreto, que la interpela y del cual deriva su contenido particular e identitario, pero al mismo tiempo porque son las propias acciones de los hombres las que forjan ese ordenamiento social. En cierta medida, lo que se está esbozando recupera la perspectiva dialéctica de la realidad social de nuestro segundo grupo de autores (Touraine y Melucci).

Sin embargo, un breve balance permite afirmar que mientras que en el primer paradigma existieron limitaciones para incluir aspectos simbólicos en el análisis de la conformación de sujetos sociales y su accionar colectivo, en el enfoque contrario, referido a la identidad, no se ha precisado con detenimiento el proceso de construcción de identidad en movimientos sociales. Por esta razón, nos interesa circunscribirnos a ese espacio teórico reconstruyendo algunos lazos entre la construcción de subjetividad colectiva, identidad en movimientos sociales y el despliegue de su accionar.

Desde el enfoque de esta investigación, se asume la idea de que todo movimiento social se articula como proceso abierto e inacabado, que se construye en una temporalidad histórica y conlleva la (re)constitución de identificación colectiva y producción de sentido. Puntualmente, se sostiene que los movimientos sociales funcionan como espacios de integración simbólica en la medida en que “subjetivizan un ámbito de lo social” e instalan elementos de sentido que intervienen tanto en su accionar como en la construcción de su identidad colectiva (Revilla Blanco, 1996).

A su vez, la identidad colectiva puede pensarse como un espacio específico de la subjetividad donde ciertas de dar sentido refieren a la pertenencia dentro de un colectivo y adquieren grados de “estabilidad dinámica” que habilita la posibilidad de movilizar códigos comunes, el pasaje de la primera persona en singular a la primera del plural para determinadas situaciones, es decir, da lugar a la conformación de un “nosotros” (Retamozo, 2007; De la Garza, 1997). Pero, en tanto la conformación identitaria en movimientos sociales es un proceso dinámico, está sujeta a la reconstrucción permanente por la incidencia de su propio accionar y la reconfiguración de subjetividad colectiva. Fundamentalmente, porque la identidad acompaña el transcurrir histórico de los movimientos sociales y, en este sentido, tanto las acciones que desarrollan como la subjetividad colectiva que construyen interpelan los proceso de (re)construcción identitaria (De la Garza, 2001).

El proceso de construcción identitaria de los movimientos sociales está, por tanto, en diálogo permanente con la (re)construcción de subjetividad colectiva y con el campo de acciones que despliegan en su transcurrir histórico. Por un lado, la subjetividad colectiva pone en juego tramos de la identidad, la reactualiza, recrea y modifica, produciendo y articulando significados que instalan umbrales de acción colectiva y experiencias históricas. Mientras que, por su parte: “Las mismas acciones colectivas (prácticas y praxis) ya sean cotidianas o extraordinarias impactan en la conformación de la subjetividad colectiva e incorporan nuevos sentidos o reordenan los códigos donde pueden aparecen nuevos o emerger aquellos que parecían fosilizados.” (Retamozo, 2007: 27)

En este sentido, los procesos identitarios de los movimientos sociales remiten a la construcción de subjetividad colectiva pero también habilitan la posibilidad de emergencia de nuevos sujetos sociales, los cuales pueden convertirse en portadores de

sentidos inéditos de construcción de lo social, esto es, como alternativa frente a los procesos de masificación homogenizante e individuación promovidos por las dinámicas de mundialización capitalista (Torres Carrillo, 1999).

En efecto, para Zemelman (1997) la subjetividad remite a una amplia gama de aspectos de la vida social (económicos, políticos, culturales, etc.), ritmos temporales y escalas espaciales, desde los cuales se producen y reproducen redes de relación social que abren la posibilidad de surgimiento de otra concreción de lo social que va más allá de las identidades colectivas: el de los sujetos sociales.

La categoría de sujeto social, busca expresar la multiplicidad de esferas de la sociedad donde se evidencian conflictos y posiciones de actuación social, las cuales no tienen una direccionalidad susceptible de ser preestablecida de antemano. Para Zemelman (1997), un sujeto social es un nucleamiento colectivo, que compartiendo una experiencia e identidad colectivas despliegan prácticas con capacidad de incidir en las decisiones sobre su propio destino y el de la sociedad a la cual pertenece.

A su vez, esto significa que no todo grupo social, así posea identidad, deviene en sujeto social, "...ser sujeto social implica una construcción histórica que requiere de la existencia de una memoria, una experiencia y unos imaginarios colectivos (identidad), de la elaboración de un proyecto (utopía) y de una 'fortaleza' para realizarlo." (Torres Carrillo, 1999:16).

De este modo, la subjetividad e identidad colectiva de los movimientos sociales elaboran condiciones para la construcción de sujetos sociales; en la medida que a través de ellas se elabora la posibilidad de definición de intereses propios y el despliegue de prácticas dotadas de sentido y de poder (Torres Carrillo, 1999).

Asimismo, desde esta perspectiva, se asume que la subjetividad colectiva va más allá de los condicionantes de la producción económica ni se agota en lo racional sino

que se despliega en el amplio universo de la cultura (en tanto proceso histórico y social de acumulación de significados), y es entendida como un proceso que se introduce en los códigos acumulados socialmente (ya sean representaciones simbólicas, valores, normas, sentido estético; sentimiento; razonamientos cotidianos, etc.) creando configuraciones subjetivas para la situación concreta (De la Garza, 2001).

La subjetividad colectiva está estrechamente vinculada a los procesos de identificación dado que involucra un conjunto de valores, creencias, lenguajes y formas de aprehender el mundo, conscientes e inconscientes, intelectuales y afectivas, desde lo cual los sujetos elaboran su experiencia existencial y sus propios sentidos de vida. La subjetividad es terreno de producción de sentidos de lo social, no en términos de un proceso sometido a determinaciones “a priori” sino que opera dentro de un carácter dinámico, como un “magma” donde se (re)generan sentidos aglutinadores (Torres Carrillo, 1999).

En este enfoque, se reconoce que si bien la subjetividad colectiva mantiene relación con las dimensiones de la vida social y con las temporalidades de larga duración, en la medida en que se introduce en el entramado denso significativo de la cultura supone jerarquías de poder de los grupos sociales (De la Garza, 2001); “...no significa que sea una entidad estática, pues mediante la interacción y los conflictos sociales, se construye en el tiempo y en el espacio, condicionando las prácticas sociales a la vez que es condicionada por ellas. Como fenómeno sociocultural complejo y dinámico, la subjetividad es singular e histórica; se hace y se deshace; puede ser transitoria o permanecer a lo largo del tiempo; por ello no está sometida a una evolución progresiva o a una dirección única.” (Torres Carrillo, 2000: 5).

Este aspecto relacional y dinámico de la subjetividad social remite simultáneamente a su carácter constituyente del proceso social y constituida por él:

“...se teje en la historia, dentro del marco de las estructuras (espaciales, económicas, sociales), pero es en el caldero de las experiencias y las luchas de los grupos sociales, vividas desde su cotidianeidad, donde es realmente asumida.” (Torres Carrillo, 2000: 6).

C) Subjetividad Colectiva

La revisión de teorías expuestas anteriormente contribuyeron en la delimitación de nuestro enfoque en torno a, por un lado, los vínculos entre orden social-sujeto-acción y, por otro, la relación entre la construcción de subjetividad-identidad-acciones colectivas en movimientos sociales. No obstante, en cada una de estas instancias hemos ido reelaborando una perspectiva que pone acento en la categoría de subjetividad colectiva para el análisis de la construcción de sujetos y movimientos sociales. Por tanto, en este apartado nos abocaremos a precisar los aspectos más importantes del concepto medular de nuestra investigación: subjetividad colectiva

En primera instancia, los sujetos que se inscriben en un tiempo transindividual se hacen partícipes de una historia colectiva que labora en la conformación de un nosotros en la medida en que implica la movilización de ciertos sentidos compartidos frente a situaciones concretas. Es justamente sobre el despliegue de esa historia colectiva que las subjetividades se desplazan y aglutinan en torno a ciertas visiones de futuro, representaciones, imaginarios, etc., constituidas bajo la materia prima de múltiples redes grupales de pertenencia de los sujetos que componen el movimiento colectivo (Fernández y Ruiz Velasco, 1997)

El concepto de subjetividad colectiva toma como punto de partida la idea de que los sujetos no son determinados ni preexistentes al tejido social, sino constituidos por un movimiento transindividual, dentro del cual la relación con el *Otro* es fundante e interviene en la producción subjetiva. Esto implica, que las subjetividades y el sujeto son mutuamente constituyentes mientras que el campo social opera como una red significativa infinita donde toda producción de sentido es necesariamente social y todo fenómeno social es un proceso de producción de sentido (Verón, 1998).

En concreto, la historia personal se teje sobre las redes simbólicas que determinada cultura ofrece y se tiñe con acontecimientos vividos en la singularidad del sujeto. Pero, desde esta perspectiva, la subjetividad no es fenómeno exclusivo de la conciencia. El sujeto se constituye en sus prácticas sociales, produciendo subjetividades, en las que no sólo intervienen procesos reflexivos sino también irracionalidad y desconocimiento. Esto último, nos habilita a pensar a la subjetividad colectiva como algo contrapuesto a lo objetivo, material u observable, ya que de ella depende la construcción de sentidos que intervienen en el accionar colectivo, e incluso puede producir efectos promoviendo cambios trascendentes en los procesos históricos-sociales (Rivas, Vargas Isla, Esther; 1994).

Dentro de una definición acotada podría hablarse de subjetividad colectiva como “...proceso para dar y construir significados que involucra las formas de dar sentido y desarrollar acciones.” (Retamozo, 2007:16). Este punto de partida nos conduce a pensar la subjetividad desde el concepto de *Configuración Subjetiva* propuesto por De la Garza (2001) el cual rescata el carácter procesual y devuelve el aspecto móvil, heterogéneo, discontinuo, de cambio y reproducción social que se encuentra implicado en la construcción de significados para situaciones concretas (acción).

Para De la Garza, una configuración subjetiva “...sería el arreglo específico de códigos provenientes de los campos de la cognición, valorativos, sentimentales, expresados o no discursivamente y combinados en parte en forma pseudoinferencial a través de categorías del razonamiento cotidiano. La configuración subjetiva da sentido a la situación concreta, en tanto explicar, decidir, relacionada con las praxis. La formación de Configuraciones subjetivas para dar sentido no es un proceso sistémico deductivo sino de construcción...” (De la Garza, 2001: 21)

Especialmente, en lo que refiere a la construcción de configuraciones subjetivas existen puntos de contacto con el discurso. Al igual que en toda formación discursiva, en la forma configuracional la fijación de sus elementos (códigos) nunca es completa, no es una totalidad suturada. No hay principio subyacente único que fije y constituya al conjunto. Los elementos del discurso, como ocurre con los de la subjetividad, no se engarzan como piezas de un mecanismo sino que adquieren sentido en sus relaciones de tal modo que la presencia de unos en otros hace imposible suturar la identidad de ninguno de ellos (Laclau y Mouffe, 2004).

Los códigos de sentido se resemantizan en cada configuración específica y adquieren sentido relacionamente lo cual habilita a pensar a la subjetividad en forma de red. No obstante, en esa red pueden existir *puntos nodales*, más densos semánticamente, que resignifican el resto de los códigos para dar sentido dado que no todos los significados tienen el mismo peso para la articulación. En algunos momentos, ciertos significados pueden obtener preponderancia y opacar a otros que permanecen subalternizados y en otras instancias pueden emerger y conformarse en articulantes de la red de códigos, alterando así el proceso colectivo de dar sentido. La formación de un “sentido dominante” dentro de una configuración subjetiva específica no puede concebirse en forma aislada de los procesos sociales-históricos que involucran a los sujetos (Retamozo, 2009: 105-106).

Tal como ocurre con los discursos, cualquier objeto significante no se ubica “en” los discursos pero tampoco por “fuera”. Por el contrario, toda producción de sentido mantiene relación con sus condiciones de generación y con sus efectos (Verón, 1998). Las configuraciones subjetivas se construyen dentro de un proceso siempre móvil e inacabado, en el cual existen e incluso conviven ciertos espacios donde los aspectos estructurales presionan y otros más autónomos que implican asimilación de nuevos

códigos, emergencia de otros sumergidos, rejerarquizaciones, polisemias y cambios de intensidad significativa (De la Garza, 2001).

Ahora bien, pese a que la subjetividad está vinculada con el discurso no se reduce al mismo. Si bien los discursos expresan significados no los agotan, dado que es posible que haya estados de ánimo o espacios de la subjetividad que no logran expresarse en discursos. En efecto, los códigos de sentido de una configuración subjetiva provienen de diferentes campos y no necesariamente todos estarán expresados discursivamente. En esta medida y dado el carácter móvil e inacabado de los procesos sociales, puede hablarse de la presencia de un inherente exceso de sentido que subvierte. Este “exceso” consiste en la imposibilidad de que un discurso determinado logre realizar una sutura última sobre la práctica social (Laclau y Mouffe, 2004).

A su vez, la subjetividad vista como configuración permite escapar a la concepción de producción de sentido en términos de sistema o computacional. Fundamentalmente, porque desde el concepto se admite que mediante la relación social y con la naturaleza el sujeto moviliza campos de la subjetividad para producir sentidos en tanto conciencia de algo en concreto, como respuestas prácticas, a través de un proceso análogo a la argumentación: se trata de un proceso de autojustificación o autoexplicación del porqué, del cómo, del cuándo, de con quién vinculado a las acciones, que no refiere a la idea de sistema sino más bien a un proceso móvil que articula códigos heterogéneos (cognitivos, emotivos, éticos, estéticos, etc.) para dar significado a situaciones particulares y que a su vez puede tener partes conectadas, relaciones duras, causales o blandas, de contigüidad, discontinuidades, contradicciones e incluso, polisemia del significado (De la Garza, 2001).

De este modo, podemos encontrar significados diferentes y hasta contradictorios con incidencia en las acciones ya que el proceso de “dar sentido” reviste un carácter

dinámico de movilización de códigos de significación para conformar una configuración particular dentro de una situación concreta. Al mismo tiempo, este proceso de dar sentido se distingue de la deducción porque: “en primer lugar algunas premisas pueden estar ocultas u omitidas; segundo, los propios conocimientos, valores, normas estéticas, sentimientos pueden jugar el papel de premisas y (...) tercero, la forma de combinación de las premisas es en parte a partir de formas del razonamiento cotidiano como serían el principio etcétera, la analogía, la metáfora (...). Finalmente, (...) una sola premisa que puede opacar e incluso anular a otras que apunten en sentidos contrarios. Lo anterior remite también a la posibilidad de que en el razonamiento cotidiano esté presente además de la discontinuidad y la incertidumbre, la contradicción (De la Garza, 2001:17).

Sin embargo, pese a que los códigos de los campos de la subjetividad no pueden ser concebidos formando un solo sistema, tampoco pueden ser vistos como totalmente atomizados sino que la adjudicación de un significado funciona como conglomerado en tanto articulación de sentidos vinculados a prácticas sociales más que como en identificaciones de uno a uno. Por lo tanto, si bien a una determinada acción no le corresponden determinados significados tampoco son ajenos a los contextos socio-históricos: “...los significados posibles en la coyuntura se mueven en un espacio finito, con límites definidos por las estructuras transubjetivas, y las de la propia cultura y la subjetividad, posteriormente estos significados traducidos y formando parte de las praxis tendrán que enfrentarse a su prueba.”(De la Garza, 2001:18)

Los códigos de dar significado tienen que actualizarse a través de los procesos de subjetivación, de dar sentidos concretos, y remiten al universo de las relaciones y prácticas sociales que se desarrollan en contextos precisos. En ellos, las configuraciones deben ser actualizadas en cada acto de dar sentido (pragmática subjetiva) siendo posible

la repetición de configuraciones como a la construcción de nuevas configuraciones a partir de la incorporación de códigos nuevos o la articulación de viejos con otros recién incorporados que acaban por resemantizar toda la configuración. Con lo cual se abre un espacio para la reproducción del orden social mediante configuraciones que den lugar a prácticas que perpetúan las relaciones sociales o generar otras configuraciones que conduzcan a praxis transformadoras (Retamozo, 2009).

A su vez, este carácter reproducente y transformador de las configuraciones subjetivas se explica porque sus elementos (códigos) provienen de la cultura y llevan implícito el problema del poder. En esta perspectiva, los propios conglomerados culturales no se perciben como sistémicos sino heterogéneos con contradicciones, disfuncionalidades y discontinuidades porque se asume su origen histórico-social con negociaciones de significados, imposiciones y consensos en los cuales las jerarquías de poder de los grupos sociales se hacen presentes (De la Garza, 2001).

Desde esta perspectiva, un conjunto de autores (Zemelman, 1997; De la garza, 1997, 2001; León, 1997; Retamozo 2006, 2007, 2009) refieren a la importancia de la categoría de subjetividad colectiva asumiendo en primera medida que el entramado denso significativo de la cultura es un espacio de lucha entre diferentes cosmovisiones del mundo que lejos de ser involuntaria, ingenua y desarticulada, implica siempre una referencia a los conflictos estructurales, a las tramas de poder que se mueven y desarrollan en el recorrido histórico. Dentro de este espacio, los sujetos sociales por medio de procesos de interacción producen y reproducen significados van conformando conglomerados para dar sentido que ponen en juego sus propios intereses y que se sitúan en el campo cultural como elementos de disputa por la hegemonía. Pero que, sin embargo, se trata siempre de un campo abierto a los procesos sociales en donde un

grupo social puede movilizar de códigos de sentidos abriendo espacios de contrahegemonía (Retamozo, 2005).

Las configuraciones subjetivas revisten un proceso de construcción y, estas construcciones pueden darse a través de procesos rutinarios pero también a través de procesos que inicien una reconfiguración de la subjetividad misma. Por ello, “...las capacidades de creación de configuraciones en la coyuntura aunque no es determinístico tampoco es completamente voluntario, los significados y códigos acumulados presionan a dar determinados sentidos, las estructuras del mundo externo también constriñen, de forma de hablarse de espacios de posibilidades en la coyuntura concreta de construcción de configuraciones subjetivas. (...). Las praxis se pueden volver sobre las subjetividades y las estructuras presionando a su reconfiguración. Estas reconfiguraciones pueden implicar asimilación de nuevos códigos, emergencia de otros que estaban sumergidos, rejerarquizaciones, polisemias y cambios de intensidad significativa (De la Garza, 2001)

En esta medida, ciertamente es posible afirmar que los campos de la cultura rebasan los de la normativa y se introducen en el sentimiento, la estética y hasta en el propio razonamiento cotidiano para cristalizarse nuevamente en discursos, pero como prácticas rebasan a los textos y puede haber sentimientos, valores, cogniciones ambiguos actuados no conscientemente se someten a prueba (se actualizan) en el despliegue de las propias acciones. No obstante, en este proceso de actualización los antiguos significados “...no desaparecen en el preciso momento en que una parte de los actores empieza a dar otros sentidos, porque tampoco la sociedad es homogénea clasistamente o por grupos sociales y la lucha por la significación, en tanto lucha por las hegemonías como visiones del mundo, no necesariamente se resuelve por la negociación, puede abrirse un período de crisis de las significaciones sin que las viejas

estructuras de codificación de significados desaparezcan inmediatamente, pueden ser sostenidas por una parte de la sociedad en contra de la otra.” (De la Garza, 2001: 17).

Capítulo III

El comienzo: La historia del MTD Aníbal Verón Barrio Malvinas.

Situar el surgimiento del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón del Barrio Malvinas (MTD A.V B-M) implica recorrer diversos tramos de organización y prácticas políticas que van conformando la historia de la agrupación. Sin embargo, cada uno de estos trazos de historicidad condensa un conjunto de sentidos y prácticas que sedimentan las experiencias cotidianas del presente. En razón de esto último, este apartado se propone recuperar aquellas narraciones y situaciones referidas a sus comienzos que ocupan un lugar significativo en la construcción de la subjetividad colectiva del movimiento.

Una aproximación a la compleja trama que fue dando forma al MTD en estudio nos remite a su presentación: se trata de un MTD con líneas de continuidad respecto a las premisas políticas de “la Verón” que, actualmente, se encuentra formando parte del Frente Popular Darío Santillán y, a su vez, se ha ido construyendo dentro del asentamiento de un barrio en el que existe una extensa historia de espacios políticos-comunitarios (Gonzalez y Silber, 2003: 28-29).

Desde esta perspectiva, el valor que asume esa presentación para la reconstrucción de los inicios del MTD A-V B-M obligó a recuperar relatos y situaciones que remiten a líneas de historicidad que en momento preciso confluyeron y que, a su vez, posibilitaron las primeras experiencias de organización política de la agrupación. No obstante, vale decir que la exposición de estos trazos de historicidad, que fueron apareciendo en los relatos de los miembros del MTD al referirse a sus orígenes, revisten la importancia de situar espacio-temporalmente la conformación del movimiento de trabajadores desocupados que estamos tratando y, al mismo tiempo, brindan los

primeros pasos hacia el análisis de los universos de sentido que se construyen alrededor de las experiencias colectivas.

El comienzo del Movimiento de Trabajadores Aníbal Verón del Barrio Malvinas (MTD A.V B-M) se encuentra, principalmente, ligado al surgimiento de una trama de relaciones sociales que se fueron gestando entre un grupo de vecinos como consecuencia de las paupérrimas condiciones de vida que se venían evidenciado en la más zona periférica del barrio. Más precisamente, desde el año 2000 hasta mediados del 2002 va surgiendo un asentamiento lindero al casco histórico del Barrio Malvinas que se fue poblando con familiares de la comunidad toba (ya antiguamente radicados en la zona), habitantes procedentes del Chaco, Salta, el interior de Buenos Aires y Paraguay. Este asentamiento, ubicado entre las calles 36 a 38 y entre 151 y 153, empezó a establecerse a partir de la toma de terrenos baldíos que existían dentro del barrio y, desde entonces, demandó cierto nivel de organización para la distribución de los lotes, su delimitación y el mejoramiento de la infraestructura en general.

En este sentido, si bien la toma de terrenos no alcanzó a constituirse en una acción planificada de antemano dado que cada familia se fue estableciendo a medida que iba arribando al barrio, toda la labor referida al trazado de las calles, la delimitación de los espacios libres, la asignación de lotes por familia aún sin viviendas y la demarcación de cada uno de los terrenos tomados, implicó un primer acercamiento y coordinación de trabajo colectivo por parte de los vecinos recientemente instalados en el asentamiento junto con la colaboración de algunos integrantes de comunidad toba antiguamente radicada en el barrio.

Dentro de esta primera instancia, entonces, los vecinos comenzaron a reunirse en forma habitual y, bajo la escases de recursos, fue surgiendo cierta organización de

trabajo comunitario dirigido a mejorar la calidad de la infraestructura del barrio y paliar las insuficiencias alimenticias de las familias más perjudicadas.

Algunos integrantes de esta etapa inicial, comentaban cuáles fueron las preocupaciones centrales y cómo fue surgiendo la olla comunitaria, que a posterior se transformará en el comedor del MTD A.V B-M y sede de las actividades que actualmente emprende:

L. [PB]¹⁶: “Yo soy uno de los compañeros que está desde el principio (...) Como todos, llego con una necesidad económica de tener mi casa y un lugar para los hijos. Y, bueno, llego después de buscar un terreno, luego, me comentan que un grupo de vecinos se estaban reuniendo para ver cómo organizaban para, por ejemplo, el tema del agua, para traer el agua al asentamiento (...) La idea era un poco empezar con lo poco que teníamos, no teníamos agua, las calles estaban abiertas, entonces, lo primero que pensamos era en eso: Las calles y hacer que este barrio se transforme en un barrio como los demás, sólo que acá hay más hacinamiento. Queríamos un centro recreativo, por ejemplo.”¹⁷

M. [PB]: “Se empezó con unas chapitas y hacíamos fuegos, comprábamos algo para cocinar (...) No teníamos nada. Era juntar la harina que traíamos y hacíamos. Uno ponía un caldo, otro la levadura y, ahí hacíamos. Éramos como 3 o 4 compañeras que salíamos a vender y con lo que recaudábamos comprábamos puré de tomate, la carne y, así no más.”¹⁸

En el año 2003, la Unidad Sanitaria N°42 (149 y 36) presentó un informe en las “Segundas Jornadas sobre Alimentación en los Niños” organizada por el Colegio de Médicos, señalando las extremas condiciones socio-económicas y ambientales en las que se encontraba el Barrio Malvinas. Por entonces, el 60 % por ciento de los habitantes

¹⁶ De aquí en más, referencia [PB] permitirá distinguir los fragmentos de entrevistas que pertenecen a los participantes de base de la agrupación política en estudio.

¹⁷ Fragmento de una entrevista realizada en el marco de mi trabajo de investigación: “Acción colectiva y movimiento de Trabajadores desocupados. Estudio de caso del MTD Aníbal Verón Barrio Malvinas, 2007”.

¹⁸ ídem.

del Barrio Malvinas no tenía un empleo fijo, no contaban con los servicios básicos y se registraron 68 chicos con algún problema nutricional. De los 68 chicos detectados con inconvenientes nutricionales, el 87% presentaba el nivel 1 (leve), el 12% un nivel 2 (moderado), y un sólo caso con nivel 3 (severo). A su vez, del total de manzanas del barrio sólo tres arterias estaban habilitadas para transitar (las calles 34, 35 y 36) mientras que las transversales (que van desde 149 a 155) estaban en malas condiciones. En cuanto a servicios, se observó la inexistencia de redes cloacales y la proliferación de extensos basurales por el deficiente servicio de recolección. También, se expresaba que la mayor parte de las viviendas no contaban ni con un con servicio regular de energía ni agua potable ni gas natural. Una sola bomba central proveía de agua al barrio pero la precariedad de la distribución implicaba que en el trayecto de su circulación llegara contaminada, dado que las cañerías corrían por las mismas zanjas por donde iban los deshechos¹⁹.

En este contexto, donde no solamente la población del barrio Malvinas iba creciendo sino que además las condiciones de vida se habían vuelto extremas, un vecino del asentamiento llamado Eduardo se acercó a la organización “Galpón Sur”²⁰ pidiendo su colaboración para organizar trabajos comunitarios y participativos con la gente de su barrio.

Por su parte, Galpón Sur venía desde unos pocos años atrás transformándose en un espacio político de encuentro entre varias agrupaciones estudiantiles y barriales. Su propósito inicial fue gestar una militancia que trascendiera el ámbito universitario y que

¹⁹ Información extraída de una nota periodística publicada en el diario Hoy del martes 25 de noviembre de 2003 cuyo título es: “*El perfil de uno de los barrio más abandonados de La Plata*”.

²⁰ Galpón Sur nace en La Plata, en 1997, a partir de la confluencia de varias organizaciones políticas (AULE; FORJA; MUECE; RAICES, etc.). El propósito inicial fue gestar una militancia que trascienda el ámbito universitario. Con el tiempo, fueron articulando con más agrupaciones y tendieron lazos con los MTDs orientándose en la lucha por la construcción de poder popular. Actualmente, forman parte del frente Popular Darío Santillán y llevan adelante trabajos barriales, la biblioteca popular, actividades culturales de protesta y un colectivo de investigación y acción jurídica (CIAJ) en causas sobre derechos humanos.

fuese capaz de articular actividades colectivas tanto sociales como culturales que, respetando la construcción horizontal y autónoma, promovieran un cambio social fomentando encuentros y prácticas políticas comunes con otras agrupaciones con los cuales podían confluír.²¹

Desde sus primeras reuniones, en 1997, dadas en el marco de un Encuentro de Organizaciones Sociales *-EOS-* (en la que participaron varias agrupaciones estudiantiles: AULE de Humanidades, MUECE de Económicas, Raíces de Trabajo Social y Forja de Derecho), el grupo Galpón Sur fue articulando con varios MTDs y llevando adelante trabajos barriales, la biblioteca popular Oesterheld, actividades culturales de protesta y un colectivo de investigación y acción jurídica (CIAJ) en causas vinculadas a derechos humanos.

En el transcurso del año 2001, trabajaron sobre la idea de retomar las líneas del EOS y, en septiembre de ese año, se realizó una asamblea a la que concurrieron varias organizaciones de diferentes lugares del país. Esta asamblea, creó una unidad entre organizaciones políticas y movimientos sociales que se definían como autónomos, lo que se dio a llamar: Coordinadora de Organizaciones Populares Autónomas (COPA). La COPA, fue una experiencia que buscó articular espacios políticos a nivel nacional, con distintas agrupaciones y una gran variedad de prácticas políticas, abriendo un proceso de construcción conjunta que se mantuvo hasta fines del año 2003.

Durante el año 2003, Eduardo era miembro de la biblioteca popular Oesterheld y, conociendo parte de actividades que el grupo Galpón Sur había realizado con los niños y adolescentes en el barrio Romero, les propone trasladar esa experiencia al asentamiento del Barrio Malvinas. Por la cercana coincidencia entre ambas inquietudes,

²¹ Información extraída de la Página web de Galpón Sur en su sección Historia.

el grupo Galpón Sur acepta e ingresa al asentamiento en marzo del 2003. En una entrevista se relataba este primer acercamiento de la siguiente manera:

V. [M²²]: “Un compañero de acá del barrio, que se llama Eduardo, estaba en la biblioteca de Galpón Sur y, bueno, iba siempre a la biblioteca y en un momento comentó que él sabía que los compañeros de Galpón Sur estaban haciendo un trabajo en galpón de Romero. Se había enterado o había escuchado ahí en la biblioteca, y dijo que él quería hacerlo en su barrio (...) Y bueno, entonces, vinieron acá al barrio con los compañeros y acá se estaba empezando a formar el asentamiento. Y, entonces, se reunieron pensando en tratar de organizar el asentamiento para que no sea tan villa. Por eso, ves, que se programaron las calles, trataron de que los terrenos estén más o menos parcelados para que tengan un poquito de orden, digamos ¿no? el asentamiento. Entonces, se hizo eso y se empezó a juntar en asamblea...”

A partir de la llegada del Galpón Sur al asentamiento, se asumió la forma asamblearia para la toma de decisiones y el diagrama de actividades a futuro. Esta forma de trabajo, si bien formaba parte de estilo político del grupo Galpón Sur, resultó un cambio significativo para la gente del asentamiento y, luego de unos cuantos encuentros, derivó en nuevas líneas de acción: el armado de una huerta y un comedor llamado “*El Galponcito*”.

En el proceso de construcción de la huerta y el comedor fue crucial el acervo de experiencias previas que Galpón Sur había gestado con otros barrios así como también la predisposición y el trabajo que ofreció la propia gente del asentamiento de Malvinas.

El relato de una persona del asentamiento ilustra parte de este encuentro con el grupo Galpón Sur y esos momentos iniciales donde se comienza a producir el armado de la huerta y el comedor:

²² De aquí en más, la referencia [M] permitirá distinguir los fragmentos de entrevistas que pertenecen a militantes de la agrupación política en estudio.

L. [PB]: “La idea del comedor era porque todo el país pasaba una situación bastante crítica y nosotros también en el barrio. Y bueno, nosotros teníamos que darle de comer a los chicos (...) Los chicos de Galpón sur vinieron y con ellos se van a dar las primeras reuniones (...) Nosotros nos empezamos a mover con el grupo (...) Éramos pocos compañeros que decidimos tomar estos terrenos para que armáramos el comedor. Y, de este lado donde está la panadería había una huerta. Trabajábamos gente del barrio. Era así, no cobrábamos un plan, no le pedíamos plata a nadie (...) Lo que se producía iba a parar después al comedor. Lo primero que hicimos es hacer un poco de pan y armar un techito porque otra no teníamos y nos había agarrado el invierno. Y, nos juntábamos ahí, abajo del techito, con frío (...) La situación, bueno, de que las decisiones las íbamos a tomar más o menos entre todos, esa fue una de las cosas que más valoré.”²³

La huerta como el comedor fueron construidos con el trabajo y la organización de la gente del asentamiento. Asimismo, tanto el asesoramiento y las semillas para el armado de la huerta como los materiales para la edificación del comedor se obtuvieron gracias a varias donaciones del barrio y de los miembros de la agrupación Galpón Sur.

En el camino de construcción del trabajo de huerta se pidió la colaboración a la agrupación Cambium que, por entonces, era el Centro de Estudiantes de Agronomía y Forestales, estaba gestando fuertes lazos con organizaciones campesinas y articulando con el grupo Galpón Sur. En relación a esto último, relataban que:

V. [MJ]: “...Se invitó a los compañeros de ‘Cambium’ que son del centro de estudiantes de agronomía para que viniera, porque ellos estaban haciendo proyectos de huertas en distintos barrios, para que vinieran con el proyecto huertas acá. Vinieron y dijeron: Bueno, ¿a Uds. qué les parece hacer una huerta comunitaria? y dijeron que si varios vecinos y, a la semana siguiente trajeron unas semillas. Y, a la semana siguiente, vinieron con muy pocas expectativas y ya habían plantado todo. Ya tenía la huerta porque ellos vienen del Chaco, entonces, ellos son chacareros y saben mucho más que nosotros e incluso que los estudiantes de agronomía (risas). Y bueno, esa fue como la primera experiencia de organización: el armado de la Huerta.”

²³ Fragmento de una entrevista realizada en el marco de mi trabajo de investigación: “Acción colectiva y movimiento de Trabajadores desocupados. Estudio de caso del MTD Aníbal Verón Barrio Malvinas, 2007”.

A través de los sucesivos encuentros, el nexo entre el asentamiento del barrio y la agrupación política Galpón Sur se transforma en un punto crucial dentro del proceso de constitución del MTD A.V B-M. Principalmente, porque a partir del contacto que Galpón Sur mantenía con otros barrios de Gran La Plata, la gente del asentamiento de Malvinas comienza a conocer, participar y vincularse con algunos que ya estaban articulados como MTD.

Dentro de los barrios en los que Galpón Sur venía construyendo trabajo territorial, existían algunos que desde hacía tiempo formaban parte de movimientos de trabajadores desocupados. Estos barrios, se venían movilizandoy realizando acampes en el espacio público bajo el reclamo de una ampliación en la cantidad de mercadería y planes sociales que recibían por parte del municipio. Por su lado, la gente del asentamiento de Malvinas se encontraba participando dentro de la coordinadora de barrios independientes, la cual nucleaba muchos de estos barrios que eran parte del movimiento piquetero, pero aún ellos en tanto grupo no estaban funcionando como MTD.

En ese momento, el espacio de la coordinadora de barrios independientes se proponía gestar un espacio de encuentro entre diferentes barrios que, atravesados por la problemática del hambre y la falta de trabajo, coordinaran movilizaciones y sucesivos cortes que permitieran en forma conjunta acceder a los bolsones de alimento que entregaba la Municipalidad.

En el marco de estas nuevas relaciones interbarriales, en la que tuvo un papel importante la conexión dada por el grupo Galpón Sur, los integrantes del asentamiento del barrio Malvinas comienzan a pensar y debatir la idea de constituirse como MTD para conseguir mayor cantidad mercadería y planes sociales (Plan jefas y jefes de hogar).

Aunque, si bien un aspecto fundamental de la decisión fue la necesidad concreta de paliar la falta de alimento y trabajo, también, es cierto que a medida que transcurrían los encuentros y se movilizaban con otros barrios se fueron conociendo entre sí y empezaron a pensar en organizarse y de luchar juntos.

En este contexto, entonces, surgió un primer encuentro de los barrios donde efectivamente se propusieron luchar todos juntos por más planes sociales y, un segundo, en el que se unieron para conformar un mismo movimiento: el MTD La Plata.

Por entonces, el MTD de La Plata quedó integrado por los barrios: Altos del Sol, Güemes, La Estrategia del Caracol, Las Rosas, Esperanza, Malvinas, Olmos, Palihue, Puente de Fierro y Romero. Y, en lo sucesivo, cada uno de los barrios fue decidiendo integrarse a la línea de la Verón.²⁴

En el caso del Barrio Malvinas, la idea de nuclearse al interior de la Verón fue el resultado de un importante debate que se llevó a cabo en una de sus asambleas y puso de relieve varios aspectos.

En primera medida, la situación que atravesaba el asentamiento de Malvinas continuaba siendo crítica. En meses de movilización y reclamos realizados el 2003, sólo se habían conseguido muy pocos planes sociales y bolsones de comida, resultando insuficientes para la cantidad de miembros que se encontraban participando. La copa de leche, que estaba funcionando en el comedor “El Galponcito”, se venía sosteniendo en base a donaciones de agrupaciones afines ya que la mercadería que les daba el Ministerio de Acción Social no alcanzaba.

Esta situación de escasas, a su vez, se inserta en un contexto más global referido los efectos de la nueva política de planes Jefes y Jefas de Hogar Desocupados (PJJHD) implementada por el gobierno transicional de Eduardo Duhalde (2002-2003), y

²⁴ Información extraída del primer Boletín Barrial publicado en agosto del 2003.

continuada por el gobierno de Néstor Kirchner. Desde sus orígenes, el programa PJJHD tuvo un impacto cuantitativo grande alcanzado a casi 2.000.000 de beneficiarios en todo el país. Sin embargo, su implementación, implicó un fortalecimiento de manejos discrecionales por parte de los gobiernos (en sus diferentes niveles) respecto de los sectores más pobres, condujo a una individualización de la contraprestación laboral actuando contra de los proyectos colectivos de las organizaciones de desocupados, frenando los cuestionamientos políticos abiertos pots-2001 con reorientaciones de recursos hacia organizaciones piqueteras “amigas” y mitigando la ayuda social en agrupaciones más críticas al gobierno (Svampa, 2008: 49-50).

Asimismo, durante el tiempo junto al grupo Galpón Sur y los otros barrios de Gran La Plata, el Barrio Malvinas había construido una significativa experiencia de modalidad de trabajo y de lucha que tenían fuertes puntos de contacto con la propuesta política de la “Verón”. Efectivamente, sus lineamientos políticos precedentes se encontraban ligados a la idea de que la transformación social era posible construyendo un campo de lucha en base a las necesidades concretas (trabajo, educación, salud, etc.) y sobre un modelo de organización autónoma y popular, donde la toma de decisiones y la resolución de problemas implique compromiso y cooperación.

Aunque, si bien cabe resaltar que los idearios políticos del MTD La Plata estaban más vinculados a luchas reivindicativas concretas (reclamando por su situación de desocupación, pidiendo planes sociales y mercadería al Municipio) también es cierto que otro aspecto importante de esta organización se encontraba ligada a la cooperación entre los diferentes barrios, la organización asamblearia y la articulación de acciones políticas conjuntas. Lo cual, permite pensar que ambas experiencias precedentes crearon fuertes puntos de enlace con las líneas políticas del MTD Aníbal Verón, orientadas a

*“Trabajo, Dignidad y Cambio social”*²⁵ en un marco de articulación con organizaciones de desocupados de distintos barrios, trabajo territorial cooperativo (en comedores, copas de leche, roperos comunitarios, talleres de costura, herrería, panaderías, huertas, granjas, etc.) y espacios de debate-decisión asamblearios.

Hacia fines de 2003, se producen grandes transformaciones en los vínculos políticos ligados al MTD A.V B-M. En el marco de algunas diferencias políticas y ciertas dificultades para sostener acciones concretas, la experiencia de COPA a nivel nacional se agotó. A pesar de que Galpón Sur continuó por un tiempo más realizando actividades como COPA-La Plata, finalmente, esa experiencia de búsqueda de confluencias políticas entre agrupaciones autónomas se transformó en el Frente Popular Darío Santillán. Al respecto, una militante comentaba el recorrido de estos pasajes políticos:

V. [MJ]: “Primero existió la experiencia que se llamó la COPA NACIONAL donde estaba el MOCASE, donde estaban algunos MTDs, donde estaba Galpón Sur, donde estábamos algunas agrupaciones estudiantiles independientes (...) Después, justamente a partir de la COPA NACIONAL nace la COPA ESTUDIANTIL. Después, esa organización se diluyó y los Desocupados se reagruparon en EPI, el Encuentro Piquetero Independiente, a un plan de lucha de más o menos un año y pico para luchar por sus limitaciones en particular. Y, dentro de ese EPI, se hicieron unas variantes más cercanas que fueron las que después llamaron al armado de un Frente Multisectorial, más allá del movimiento de desocupados. El primer plenario de ese Frente fue diciembre de 2004 y ahí es donde surgió el nombre Frente Popular Darío Santillán e hicimos la bandera y sacamos algunos lineamientos para avanzar.”

²⁵ El MTD Aníbal Verón surge (en el 2001) como expresión de la coordinación de varias organizaciones de trabajadores desocupados del Conurbano Sur, Gran Buenos Aires y La Plata. Sus objetivos políticos de *Trabajo, Dignidad y Cambio Social*, se orientaron en poner fin a los altos niveles de desocupación en Argentina, buscaron alejarse de las prácticas políticas clientelares vinculadas al plan social que se venían dando hasta entonces y subrayaron la idea de crear un cambio dirigido a construir una sociedad justa e igualitaria para quienes estén en situaciones de desventaja social, económica y cultural. En web: http://www.segundoenfoque.com.ar/horg_mtdveron.htm.

Este proceso de conformación del Frente Popular Darío Santillán (FPDS) resultó un momento central donde no sólo se produce la asignación de un nuevo nombre sino que, además, trajo aparejado redefiniciones para un extenso campo de agrupaciones políticas.

Inicialmente, la formación del FPDS se concreta en el año 2004 a raíz de un conjunto de movimientos que eran parte de la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (CTD A.V) y del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (MTD A.V), reivindicando las experiencias de lucha del movimiento piquetero pero, trazando una búsqueda por construir procesos de unidad popular que exceda el campo de los desocupados. Con el paso del tiempo, incluso, se fueron sumando una cantidad de agrupaciones no vinculadas a los movimientos desocupados: agrupaciones estudiantiles, núcleos sindicales, agrupaciones territoriales de carácter vecinal, expresiones culturales, espacios de jóvenes y de mujeres.

Precisamente, las nociones de “Frente” y “Popular” refieren a la intención de crear un nuevo colectivo multisectorial que supere la interpelaciones sectarias o, bien, ligadas a un sujeto político específico como lo era la interpelación de “trabajadores desocupados” y su reemplazo por uno más amplio que remite a pueblo. Asimismo, la referencia de “lo popular” se inscribe dentro de la idea de que, en el actual contexto capitalista, los sectores sociales que son víctimas directas o indirectas ya no se sitúan únicamente en el marco de la clase obrera sino dentro de una multisectorialidad.

En este mismo sentido, el nombre “Darío Santillán” recuerda a un integrante del MTD A.V de Lanús que fue asesinado junto a Maximiliano Kosteki, el 26 de junio de 2002 en la masacre del Puente Pueyrredón²⁶, en tanto retrato de unidad, de un joven

²⁶ Pacheco, M y Rodríguez. E. (2007) “La izquierda autónoma en el laberinto: apuntes sobre el poder popular en la Argentina” En: Mazzeo, M y Stratta, F (coords.). (2007). Reflexiones sobre poder popular. Ed. El colectivo. Buenos Aires.

militante comprometido en la lucha de los desocupados. La asignación “Darío Santillán” ocupa, precisamente, la figura de jóvenes generaciones militantes comprometidas a impulsar, hasta las últimas consecuencias, la lucha por el cambio social y sintetizan la narrativa de un acto de solidaridad al ir tras el auxilio de su compañero y su corolario: la muerte de ambos. En decir, resulta la expresión de las dimensiones de la transformación social que soporta el perfil ideológico del FPDS: un cambio social ligado a la transformación de las relaciones cotidianas, en y desde abajo, capaces de gestar unidad, cooperación, solidaridad y autonomía.

La militancia política del FPDS aspira a transformar la sociedad por una socialista. Por su parte, el trabajo territorial, o bien “*en y desde abajo*”, constituye un espacio medular donde construir Poder Popular a partir del reconocimiento y adopción de un modo socialista de vincularse y reconocerse entre subalternos, lo cual permitiría revertir la opresión-cosificación propia del sistema capitalista.

Ahora bien, todas estas nuevas reinterpretaciones acerca de cómo debe darse la articulación política y los nuevos fundamentos del cambio social, sin duda, repercutieron fuertemente en el trabajo territorial que venía llevando a cabo el MTD A. V B-M y se tradujeron en cambios substanciales.

Por un lado, la redefinición de los contenidos políticos impactó en las dimensiones de la lucha que se estaba llevando adelante. Básicamente, hasta entonces, el MTD A. V B-M venía gestando protestas y movilizaciones responsabilizando al Estado por los altos niveles de desocupación y reclamando más planes sociales, subsidios y bolsones de alimentos para sus organizaciones. Luego, a raíz de la nueva impronta política la lucha abarca más problemáticas sociales como consecuencia del carácter multisectorial del FPDS. En este sentido, si bien se mantuvo la acción directa como método de lucha (cortes de rutas y de calles, movilizaciones, ocupaciones,

escraches), se ampliaron los márgenes de reclamos y causas políticas a las cuales adherir.

Asimismo, con la construcción multisectorial propiciada por los militantes del FPDS, la organización asamblearia (bajo la idea de debate y toma de decisión colectiva) también asume otras magnitudes. Con las nuevas perspectivas políticas, si bien permanece la democracia de base que se venía dando dentro del MTD A.V B-M, la cantidad de nuevas organizaciones agrupadas se tradujo en un mayor peso sobre la figura de delegado y en una necesidad más grande de coordinación. Fundamentalmente, porque de las asambleas por agrupación surgen los plenarios sectoriales (estudiantiles, territoriales, sindicales, etc.) y plenarios nacionales, donde los delegados de base consensuan las decisiones políticas de carácter más general.

Finalmente, uno de los cambios más significativos se dio en seno del propio trabajo territorial que el MTD A.V B-M estaba realizando. A la huerta y el comedor (copa de leche) se le sumaron, paulatinamente, más actividades para coordinar cooperativa y colectivamente: la panadería, la granja, taller de niños y adolescentes, alfabetización, oficios de herrería y electricidad. Pero, el aspecto más central de la transformación estuvo dado porque a partir de entonces cada una de estas actividades, talleres y formación de oficios se consideraron como espacios fundamentales en la tarea por deconstruir formas de socialización asociadas al capitalismo (tales como el individualismo, la exaltación de la competencia y la desigualdad) y construir poder popular. Pasaron a constituir un terreno fértil para la gestación de nuevas formas de sociabilidad y de cambio social, por lo cual, la reflexión dialógica sobre la realidad y sus propias prácticas colectivas ocuparon un lugar principal dentro del trabajo de base.

Todas las actividades barriales comenzaron a estar marcadas por la incorporación de las perspectivas de los militantes del FPDS. Este grupo, lleva al barrio

nuevas formas de trabajo colectivo que no sólo están dirigidas a satisfacer las necesidades del asentamiento Malvinas sino también apuntando a crear nuevos modelos de relaciones sociales centrados, por ejemplo, en el trabajo sin patrón y la formación desde la educación popular. Estas líneas de trabajo, se articularon con otra perspectiva también influyente referida a la autogestión en el caso de los productivos (panadería y granja).

Con la autogestión, los militantes de FPDS buscaron introducir en los espacios barriales la libre decisión sobre el destino de los recursos ya sean generados por su trabajo, recibidos solidariamente o arrancados al Estado. En el MTD A. V B-M, esto supuso resignificar la asistencia económica dada por el Estado (a través de planes sociales, subsidios de proyectos o bolsones de alimento) imprimiendo en ese beneficio económico un nuevo sentido referido, particularmente, con la idea de vincular el trabajo colectivo de los talleres barriales con ejes políticos militantes orientados a construir una sociedad socialista. Al respecto, se presentaron las siguientes ideas:

E. [PB]: “Si vos comparas el tipo de trabajo que se hace en la mayoría de los comedores de tipo asistencialista, no solamente de los partidos políticos tradicionales sino también de la mayoría de las ONGs, todo se reduce digamos a repartir un plato de comida o, digamos, un bolsón de alimentos. No hay, no se trabajan, digamos, otros ejes que por ahí son fundamentales para que la gente a parte de organizarse, digamos, aprenda, aprenda a participar en la toma de decisiones de la sociedad.”

V. [M]: “La diferencia con estas estructuras que bajan de los partidos políticos, es que llegan con intereses determinados y que llegan para determinadas fechas, las elecciones, el día del niño, y, después se van. Nuestro trabajo es permanente, es durante todo el año, y, también es la marca del FRENTE”.

En suma, todos estos cambios que se gestan como resultado del transcurso histórico del MTD A.V B-M y de las (re)definiciones políticas que fueron sucediendo, abren un campo de investigación medular dentro de este trabajo dirigido a comprender los procesos de constitución de subjetividades colectivas. Fundamentalmente, porque supone el encuentro entre dos sujetos sociales con historias colectivas hasta entonces disociadas esto es, los militantes del Frente Popular Darío Santillán y los integrantes del MTD A.V B-M que venían construyendo prácticas colectivas desde el territorio (los participantes de base). Y, frente a este hecho histórico particular, se hace relevante preguntar cómo se conforman y relacionan las subjetividades de los militantes y participantes de base a partir de las construcciones de sentido que rodean experiencias de trabajo colectivas y cotidianas y, principalmente, cómo construyen subjetividad colectiva en el marco de esas experiencias.

Siguiendo esta búsqueda de análisis, en los capítulos siguientes nos abocaremos en la reconstrucción de los elementos sentido de ambas subjetividades: la militante y la de los participantes de base, trazando un recorrido por el universo de sus representaciones, imaginarios, visión de futuro puesto en locución en las prácticas de sus talleres, a fin de avanzar luego en los procesos de construcción de subjetividad colectiva de la agrupación política en estudio.

Capítulo IV

Subjetividad Militante

“En las reiteradas marchas hasta al barrio y de regreso a casa, la construcción de sentidos militantes encuentra un movimiento espacio-temporal acerca de lo que se espera, se genera, se lleva y abandona en el Barrio Malvinas. Estas reflexiones en tránsito y la incidencia de las prácticas cotidianas, moldean sentidos de militancia en permanente (re)jerarquización, desplazamiento y condensación”.

Nota de campo del 26 octubre de 2009

Los militantes del Frente Popular Darío Santillán que participan en el MTD-A.V B-M transitan idas y vueltas al comedor barrial “*El Galponcito*” donde desarrollan diferentes actividades junto con los participantes de base es decir, con los integrantes del MTD que viven en el barrio. Sus prácticas, mantienen un formato taller con actividades y reflexión colectiva-dialógica que supone una coordinación a su cargo y la participación de los demás integrantes.

Durante el transcurso de esta investigación, los talleres en marcha fueron: el taller de Género, que comenzó a formarse a principios de ese año, el taller infantil llamado “*Tiburones y Mojarritas*”, que venía funcionando desde el 2005, y la actividad de cocina, que desde el 2003 brinda almuerzo y merienda para la gente del barrio. Otros talleres, que estaban vigentes hasta el 2008, tales como el de salud, jóvenes, alfabetización y el productivo de pollos sufrieron cambios o dejaron de funcionar.²⁷ Por el contrario, los elegidos para la realización de esta investigación (taller de género, taller infantil y la actividad de cocina) mantuvieron su funcionamiento en forma habitual y

²⁷ En el año 2009, el taller de alfabetización pasó a ser un Bachillerato que permite el término del nivel secundario para todos/as los integrantes de los barrios nucleados dentro del Frente Popular Darío Santillán. Durante ese año, el Bachillerato funcionó en el Centro Cultural Olga Vázquez. Por su parte, los talleres de jóvenes y el taller de salud, mantuvieron escasa continuidad dentro del período de tiempo observado y sus reuniones se llevaron a cabo en el Centro Cultural Olga Vázquez. Finalmente, en lo que respecta al productivo de pollos, directamente, dejó de funcionar por dificultades de comercialización y financiamiento.

permitieron observar las relaciones entre militantes y participantes de base dentro de un marco espacial: Barrio Malvinas.

Dentro de los talleres, se plantea el propósito político tendiente a deconstruir formas de socialización imperantes en la actualidad y construir poder popular. Esas instancias de trabajo territorial, nacen bajo la finalidad de generar dentro del barrio nuevas formas de vínculos que conducirían al cambio social esto es, el reemplazo de modos sociales vigentes (representaciones dominantes, valores competitivos e individualistas, prácticas desiguales, etc.) por otros asociados al socialismo, en tanto cosmovisión militante. Dicho en sus palabras, esto es:

V. [M]: “Aspiramos a la transformación de la sociedad, en una sociedad justa, igualitaria, socialista. Pero el camino que nosotros hacemos hacia la construcción de esa sociedad está en la transformación de las relaciones sociales. Entendemos que no es simplemente un momento donde hay una toma de poder. Por ejemplo, no es que se hace una revolución y al otro día de la revolución está el Estado socialista. Sino que, es una construcción progresiva, la acumulación de poder popular. Creemos que el poder, justamente, se construye de a poco y no se toma. No suponemos que está en algún lugar que tenés que ir a tomarlo. La idea es construir poder popular en las relaciones sociales cotidianas”.

Esta cosmovisión referida a la transformación social, se sintetiza en la búsqueda de *poder popular* y moviliza un conjunto de sentidos aglutinantes de la configuración subjetiva militante, en tanto proceso de autoexplicación del *porqué*, del *cómo*, del *cuándo*, del *con quién* relacionado con el accionar (De la Garza, 2001). En cierto modo, pese a que no se trata de elementos de sentido que puedan inferirse a través de razonamientos deductivos rígidos, dado que el acervo de conocimientos, valores, normas, criterios de justicia y sentimientos que lo componen admiten movilidad, discontinuidad, contradicción e incertidumbre del razonamiento cotidiano (De la Garza,

1997), efectivamente, la matriz política asienta sobre el trabajo territorial una impronta acerca de aquello que se trae y se busca generar en el barrio. Esa perspectiva de cambio socio-político, condensa y aglutina un territorio común de sentidos que forman parte de la subjetividad militante y, a pesar de que pueden provenir de diferentes motivaciones (cognitivas, emocionales, normativas, entre otras) e incluso rebasar los análisis textuales, expresan puntos nodales del discurso militante cargando una intensidad significativa para la autoexplicación de su praxis.

Entre los puntos nodales que componen la subjetividad militante aparece, con fuerte recurrencia, la prioridad otorgada a “*lo territorial*”, el barrio como sitio de referencia de la labor política vinculada al cambio social:

G. [M]: “Yo, tenía experiencia en militancia: un año en la universidad de derecho en Córdoba, con lo cual no me había sentido muy a gusto. Sí, por el tema de lo que se generaba, pero tenía la necesidad de trabajo de barrio, de lo que es sectorial, de esa militancia más, como para mí, de barrio. Eran mis expectativas de cambio y de lucha, como partir de ahí, digamos. Una posición desde la base y desde el territorio”.

V. [M]: “Cuando entré a la universidad siempre fui a todas las asambleas y todo ese tipo de cosas. (...) Vi, leí, charlé, fui a cátedras donde había compañeros del MTD. Y, a raíz de todo eso decidí que quería empezar acá mi militancia porque tenía conexión con el MTD, más allá de la militancia universitaria (...) Era una época de mucha discusión, de muchas ganas de salir de la universidad ¿no?, y conectarte con los otros sectores sociales. Y como que eso fue lo que marcó el comienzo, lo que marcó el principio de mi militancia.”

El barrio es *dónde* el accionar militante encuentra lugar, sitio que alberga la cosmovisión referida al poder popular. La preferencia territorial enlaza los sentidos del cambio social, el cual ubica al poder y al sujeto dentro de un campo intersubjetivo, práctico y relacional. Desde esa concepción, se asume que el poder se construye desde el vínculo con lo popular, a través de la conexión “*con los otros sectores sociales*”. La

transformación es vista como resultado de relaciones sociales que crecen desde abajo, en el barrio, fruto de la adopción de un modo socialista de vincularse y reconocerse unos con otros. Por tanto, la labor política se sitúa fuertemente en el barrio y apunta a los sectores sociales subalternos, los cuales constituyen el *con quién* del accionar militante.

Al mismo tiempo, la elección espacial traza ligaduras discursivas que corren en dirección hacia la pregunta sobre *cómo* es posible la transformación. Uno y otro punto nodal, dónde y cómo crear poder popular, se presentan bajo ciertas conexiones dentro de la subjetividad militante.

Concretamente, las prácticas militantes asociadas al *cómo* suponen modos particulares de acción, visibles a través de las dinámicas y prácticas de taller. Esto último, conduce a analizar los elementos de sentido atribuidos a la modalidad de trabajo y las actividades planteadas en los talleres, donde se despliega *el cómo transformativo* militante.

El taller de género se inserta en la problemática planteando actividades que apuntan a dar visibilidad sobre los derechos femeninos y generar reflexión sobre el reconocimiento de los mismos. En relación a ello, se planteaba:

V. [M]: “Cuando, por ahí, llegas a la situación de violencia o del abuso también hay como una parte que es de la autoestima de la mujer, que ya tiene vapuleada desde mucho antes de que llegue el golpe. Y bueno, por ahí, el objetivo de pensar este taller es empezar a reconstituir desde ahí, desde la autoestima, es decir: yo tengo derecho. Desde la pavana de: dentro de la semana tengo derecho a un día que sea mío y que me junto a hablar de mí y de los problemas de las mujeres o ir a tomar mates o comer un rica pizza.”

La *restitución* de la autoestima y *el reconocimiento de derechos* son elementos cruciales dentro del modo militante de emprender prácticas con los participantes de

base. Ambos aspectos, revisten suma importancia en lo tocante a la subjetividad porque instituyen determinadas prácticas de taller.

Específicamente, en el caso del taller de género esos elementos se asumen en varias actividades que persiguen hacer visible el desigual reparto de las tareas domésticas dentro del hogar de las mujeres que viven en el barrio y participan en los encuentros. Respecto a este tipo actividades, sobre equidad en las tareas domésticas, una militante contaba la siguiente experiencia:

V. [M]: “Una vez hicimos un test sobre qué cosas usamos, qué es lo que nos gusta, qué es lo que no nos gusta, a qué nos gusta jugar, cosas así. Todas las mujeres, todas excepto una, cuando les preguntaron qué es lo que más nos gusta dijeron: limpiar, cocinar, lavar la ropa, tener a los chicos limpios, la casa ordenada. Y cuando le preguntamos por lo que no les gusta, decían: no me gusta lavar me gusta lavar la ropa, no me gusta ordenar me gusta cocinar, o sea, un poco cerrado (...) Y bueno, de a poco es como que hay que ver qué pasa: ¿porqué no venís a la reunión?, ¿por qué tenés que cuidar a tus hijos?, ¿por qué? Si es así, entonces siempre van a ser los hombres los que puedan venir a la reunión, van a ser siempre los que van a decidir, los que siempre van a ser delegados. ¿Y las mujeres por qué no?, ¿es no porque no nos animamos nada más?, como siempre parece, o por qué tenemos otro montón de responsabilidades que tenemos que cargar solas y no debería ser así si queremos construir una sociedad más justa.”

Este mismo tema, referido a la restitución y la lucha por los derechos incumplidos, también da forma a la modalidad de trabajo en el taller infantil “*Tiburones y Mojarritas*”. Los militantes del taller, lo relataron de la siguiente manera:

G. [M]: “Es necesario construir desde el territorio, generar conciencia de lucha o ganas de cambiar mínimamente la situación en que están viviendo, digamos. De organizar, de pelear por tus derechos, de que te den todo lo que te está faltando porque yo creo que corresponde. (...) Estar con los chicos, significarles justamente desde el afecto (...) La conciencia de, no sé, de lo que es el barrio, lo que es la salud, de lo que es tratar de

mejorar su propio espacio y a la vez, no sé, sus propias relaciones tal vez en el barrio entre ellos y, no sé, yo lo veo necesario intervenir desde ese lado.”

A. [M]: *“Hay que tratar de empezar a, no quiero decir influir en ellos, pero, no sé, de cierta forma acercar valores libertarios a los chicos”.*

A su vez, un trazo de la modalidad de trabajo en el taller infantil se delinea a través de lo que ellos llaman *“juegos cooperativos”*:

V. [M]: *“Los juegos cooperativos ven como un valor negativo a lo que es la competencia entonces, tratan de pensarse en torno a otros valores diferentes que en general son la cooperación para la resolución de problemas que se piensan grupalmente. Y la idea es que estimulen esos valores y esa forma de relación.”*

G. [M]: *“Ya de por sí, se plantea la idea esa de generar participación y que todos juguemos y que todos nos quedemos con la misma sensación de que hemos jugado y no el hecho del que haya ganado”.*

Las prácticas del taller infantil resultan ser una serie de recreaciones y actividades que proponen conectar a los niños/as con otros modos de jugar y de relacionarse, pretensión que soporta cierta mirada referida al *cómo transformativo* militante. Las actividades lúdicas, evidencian parte de esa asociación entre el tipo de prácticas que se desarrollan y la matriz política. Como por ejemplo, en el trabajo de taller vinculado a los cuentos:

G. [M]: *“Una vez hicimos un cuento inventado, hecho por nosotros [los militantes], como que tratábamos de enfocar los distintos derechos de los niños en sí y, en una parte del cuento, había un planeta donde los chicos trabajaban y como que todo era así: con ausencia de derechos. Y justamente, en esa actividad se vio como está instalado porque, lamentablemente, con todo el tema que vivieron los padres, se vive que la mayoría de los*

chicos vienen al centro a buscar monedas y tienen instalado los chicos de que es necesario para salvar su día a día: laburar. Y en ese momento, era como que no y cómo que no, insistimos en que nosotros tenemos que jugar.”

A. [M]: “Luego del cuento era como un juego de roles, como que cada uno tomaba un papel y se actuaba en función de eso (...) Pensamos actividades que no sean un simple juego, como que la idea es generar una reflexión si es posible”.

En verdad, pese a que no todas las actividades del taller infantil resultan ser juegos cooperativos sí suponen una instancia de reflexión con connotación política y social, incluso más allá de sus diferentes escalas y posibilidades. Para generar dicho debate, los militantes trasladan al barrio Malvinas propuestas lúdicas bajo el uso de distintas herramientas tales como: cuentos, obras de títeres, construcción de instrumentos musicales o bien dibujos sobre los espacios que componen el barrio. Respecto esta última experiencia con dibujos, comentaban:

G. [M]: “Ha habido veces que hubo que laburar el tema del barrio, como que cada uno elija un lugar del barrio que les guste mucho, que lo dibuje y como para conocer el barrio (...) Cuando trabajamos el barrio pensamos en un lugar que les guste, que usen, un lugar que quisieran arreglar, tratamos de ver eso.”

Puntualmente, con el trabajo de ilustraciones se pretendía obtener imágenes barriales construidas por los participantes del taller a fines de abrir una reflexión respecto de su entorno espacial y sus limitaciones. Esta propuesta, señala el peso de otro significativo medular dentro del *cómo transformativo* militante: “*lo cotidiano*”

La visión de lo cotidiano ocupa un importante espacio dentro de la subjetividad de los militantes en la medida en que constituye una forma de trabajo afin a la construcción de poder popular. Particularmente, lo cotidiano es un punto de referencia

para delimitar las prácticas políticas y los talleres colectivos. En este sentido, la cotidianidad que interesa es la que refiere a la realidad de los “*otros/ellos*” es decir, de los participantes de base:

*G. [M]: “La diferencia cotidiana la vas viendo día a día. Es el hecho de que una vez **los ves reacios**, otro día ya los ves un poco cerca tuyo, otro día ya te dicen algo malo pero te hablan y, de a poquito, vas llegando de alguna forma (...) Yo lo que veo es que son muchos los chicos que van y van logrando de a poco una buena integración respecto del año pasado y que es un buen punto a aprovechar y que hay que no sólo jugar sino aprovechar para generar otro tipo de lazos **entre ellos**.”*

*V. [M]: “Yo, para mí el taller [de género] restituye desde lo cotidiano. Es tratar de aumentar, sobre todo, lo que es el poder de decisión de la mujer sobre **su vida**.”*

Sin embargo, la cotidianidad transformable se aloja en el barrio construyendo un relato militante descentralizado y jerarquizado que asume un poder de incidencia en los “*otros/ellos*”: “*no sólo jugar sino aprovechar para generar otro tipo de lazos entre ellos*”, “*aumentar, sobre todo, lo que es el poder de decisión de la mujer sobre su vida*”. En este sentido, la cotidianidad versa sobre los “*otros*”, se piensa en relación al conjunto de sucesos, vínculos y temas del barrio mientras que los militantes, en cambio, aparecen discursivamente por fuera del proceso de transformación colectiva -“*entre ellos*”, “*sobre su vida*”-. En este aspecto, también, resulta capital el hecho que la propia labor militante se inscribe en una extratemporalidad, de alejamiento y regreso al comedor del barrio, abriendo instancias donde la propia subjetividad militante interpreta y asigna sentido a esas realidades ajenas referidas a los “*otros/ellos*”, a los participantes de base.

En las experiencias de taller, se muestran algunos estratos de las concepciones militantes referidas al el cambio social. No obstante, esas miradas sobre el *cómo*

transformativo no son estáticas ni sumamente rígidas. En primer lugar, porque la propia práctica supone un carácter relacional donde aquello que se espera o propone con determinada actividad sólo puede ocurrir, en cierta medida, tal y como fue deseado dado que involucra el accionar y la subjetividad de los participantes de base. Y, en segundo lugar, porque al cabo de cada taller los militantes sostienen un espacio de evaluación de las actividades realizadas y de planificación para los encuentros siguientes, lo que pone en movimiento la relación: propósitos políticos y prácticas. Respecto a la planificación, comentaban:

G. [M]: “Hacemos la evaluación, justamente, porque tratamos de ir a eso: a la realidad constantemente. Como que todo se tiene que basar un poco en eso: en la realidad que uno vive a través de sus prácticas políticas digamos, y de cómo se va tratar eso en la asamblea, digamos. Sentir que sos parte de esa realidad de alguna forma, y tratar de generar nuevas. Si hay un problema, generar nuevas (...) Es como que van surgiendo y las vamos construyendo, digamos. A partir de que se nos presenta en el momento, es así. Después lo analizamos y decimos cómo podemos tratar de paliar un poco.”

V. [M]: “Es decir bueno, replantearse los objetivos y decir bueno: que es lo que se necesita, que es lo que puedo y que es lo que puede este taller.”

En interior de estas deliberaciones orientadas a generar talleres, versan un conjunto imaginarios y creencias que inciden tanto en las prácticas como en las propias subjetividades, nuevamente bajo los límites de lo relacional y sustratos de experiencias de militantes y participantes de base. Y es precisamente, en los relatos de los sucesos acontecidos en el marco de las prácticas de taller donde se observan ese grupo de ideas que los militantes construyen en relación a los participantes de base, a su accionar y al barrio.

Al indagar, por ejemplo, en las ideas de origen y en los cambios experimentados en el transcurso de los encuentros con el grupo infantil, se manifestaron los siguientes supuestos acerca de la niñez:

*V. [M]: “Me encontré con muchas cosas. Por ahí, desnaturalizar la idea de que **todos los niños juegan**. O sea, me encontré con que no, con que era mentira eso. Con que no todos los niños jugaban y con que todos los niños trabajan mucho e iban a pedir al centro y, muy pocos escolarizados. Acá en este barrio hay muy pocos chicos que van a la escuela o sino todos los años empiezan y todos los años quedan boyando (...) Y eso que es jugar, algo tan natural en mí infancia o en el mundo de nosotros por lo menos, en la de ellos no.”*

La idea de una infancia marcada por el trabajo infantil, la changa o por la falta de escolarización pone a rodar prácticas como veíamos en el caso del cuento confeccionado por los militantes del taller infantil. En esa propuesta, se esperaba que los niños identifiquen el planeta donde carecían sus derechos elementales que anulaban la posibilidad de juego. Precisamente, la historia fabricada contiene parte de los supuestos referidos a una infancia no vivida por los militantes, aunque sí imaginada. Tal situación, no es menor en lo que refiere al sentido que se brinda a las actividades propuestas. Cuando comentaban dicha actividad, hacía alusión a:

A. [M]: “Lo que tratábamos fue concretamente: el trabajo infantil. Y con eso del trabajo, como que un chico piense que el día de mañana tiene que trabajar está perfecto pero que los chicos estén trabajando y eso les parezca bien, es chocante. A parte estábamos planteando eso en otro planeta donde los chicos trabajaban y no jugaban y era horrible, pero para ellos: ¡No!”

En lo que refiere a la subjetividad, el trabajo infantil atrae distintos sentimientos desde “*extrañamiento*” hasta de “*choque*” con la realidad de origen de los militantes,

sobre todo moviliza ciertas explicaciones y pareceres vinculados con la problemática donde se hacen visibles creencias que corren en las prácticas:

G. [M]: *“A mí, particularmente, uno de los chicos por ejemplo me contaba que su mamá lo obligaba a ir a club a pedir monedas, que los policías lo paraban y tiene tres años el nene. Y eso, me generaba mucha dificultad para entender cómo se podía llegar a eso, a mandarlo al centro a buscar plata. Justamente, partiendo de eso del ambiente de vida y sí, se entiende.”*

Desde el ángulo de la infancia, además, comienzan a desplazarse imaginarios sobre la realidad de incidencia de los niños/as que participan en el taller. Sobre *“el ambiente de vida”* se van componiendo otros supuestos que involucran sujetos cercanos al infante y su entorno de crecimiento:

G. [M]: *“Por ahí, yo veo que todo se transmite a través de la familia (...) Si vos sos un chico, no sé, me imagino, que te crían desolado, que tus viejos nunca están, que no te dan ni pelota, los ves por ahí solos dando vueltas, como que no sé me imagino las actitudes un poco, por ahí. Es como que quien ha tenido un acompañamiento, no sé, nosotros llegamos y vemos que los padres los están bañando, los ponen todo lindos así como para estar en el taller. Y, a otros chicos los ves deambulando, los padres no los conocen, muy solos.”*

A. [M]: *“Por ahí, lo que yo veo es que cuando más violenta es la situación de los padres, los chicos se muestran como reacios a participar, pero siempre viene alguno que te dice que es lo que pasó. Es más de que te quiere pelear, pero después se hace amigos.”*

La violencia es vista como una problemática central del entorno social del barrio. Constituye, una de las máximas por las cuales se llevan adelante los talleres dado que se conecta con la propuesta de modificar las formas de vincularse que integra la cosmovisión militante. Sin embargo, desde el plano subjetivo, la violencia sorprende y obliga a los militantes a darse explicaciones al respecto, tales como:

G. [M]: “No sé, la violencia es algo que se ve mucho en los chicos, entonces, generar algún tipo de actividad que, no sé, genere integración. Porque, además, Malvinas es un barrio que no solo hay gente del Chaco sino también de Bolivia, de mucha gente del norte, también, asentamientos tobas, y hay un poco de discriminación. En el taller, no es tanto el tema de la droga, si cuestiones de peleas, de discusiones, eso sí, que capaz lo vez en todos lados pero que dificulta el taller, digamos (...) Eso de la discriminación no es característico de un barrio ni de una clase social, digamos. La discriminación está instalada en todas las clases sociales y es propio de ellos para mí. Eso es de lo que del sistema queremos cambiar.”

A. [M]: “A mí me dio la sensación de que como que hay mucha discriminación por las distintas comunidades y, por ahí, la más general que yo veo mucho eso entre los que van a la iglesia y los que no. Esa es la que más veo. Y después está la discriminación que pueden verse en la calle o acá en el centro.”

Particularmente, la violencia que más sorprende y moviliza a pensar sobre los universos de vida de quienes participan en los talleres es la que ejercen las madres con sus hijos. En el taller infantil, por ejemplo, comentaban:

A. [M]: “Sí pero, también, un chico con tres años con un corte en la mano, como si fuera algo cotidiano, no sé... ¡Se lo había hecho la mamá! (...) En el caso de los chicos les llega medio de rebote, que tampoco es culpa de los padres, sino del sistema porque muchos no tienen trabajo y otros trabajan todo el día y no pueden atender a sus chicos o canalizan todo a través de la violencia.”

Esto mismo, referido la idea de “canalización de la violencia” para el caso de madres e hijos, también surgió dentro del taller de género. Al indagar sobre los inicios del trabajo del taller en relación a las primeras percepciones realizadas, los militantes relataron lo que sigue:

V. [M]: “Me encontré mucho, cuando empezamos a hablar de violencia salió la violencia de las madres hacia los hijos. Eso fue algo que no lo había pensado yo. Yo dije: bueno si violencia, nos pegan a nosotras y nosotras no pegamos ¿no? Y bueno, fue interesante ¿no?, y después, bueno, se terminó viendo que por ahí venía el marido le pegaba y por ahí después vos te terminabas descargando con tus hijos. Y bueno, fue como todo un círculo que se fue como develando pero que al principio fue difícil. Y entonces, era ¿en qué lugar de la cadena de la violencia estábamos?”

En lo que refiere a las mujeres que participan de los encuentros y sus ámbitos cotidianos, existen otros supuestos que se elaboran e inciden en el accionar militante. Una de las actividades propuestas en marco del taller de género condujo, por ejemplo, a estas reflexiones:

V. [M]: “Me encontré con que, por ejemplo, una vez hicimos una salida al zoológico para una cuestión meramente recreativa. Y bueno decíamos: ¿a dónde quieren ir, a tal lado a tal otro?, y nos dijeron: a mí a donde vayamos me da igual porque yo no he salido nunca del barrio, no conozco nada, por ejemplo. Y yo, no lo podía creer, o sea cómo: no fuiste nunca ni al centro de La Plata, y decían: No. Entonces es como que te decís: ¡No!, entonces, tengo que partir de mucho más atrás. O sea, estoy tratando de explicar lo que es el patriarcado y la igualdad ¿Y cómo planteás la igualdad de los derechos y que tiene que compartir las tareas domésticas, por ejemplo, y que no tiene que ser la responsable de todo en tu casa, si ni siquiera sale? Es como que, no sé, es muy difícil.”

A su vez, otra de las dimensiones sobre las que versan los imaginarios militantes es: la planificación familiar. Puntualmente, en lo que respecta a la temática pueden verse ciertos supuestos vinculados a la conducta usual de quienes viven el barrio tendiente a constituir familias numerosas. Esta situación, es pensada como ausencia de planificación familiar y es presentada como asunto de responsabilidad femenina. Esto último, se evidencia en el próximo relato:

V. [M]: “Otra cosa que es importante es: la planificación familiar. Porque ahí también ves la posibilidad del aborto, de ver cómo nos cuidamos (...) En el barrio hay una falta de planificación que acarrea un poco la sumisión. Por ahí es una idea mía pero creo que es la sumisión de la mujer a la casa y a la atención y a la vida doméstica únicamente. Sin libertad de tener una vida para ellas, más que sólo para el cuidado del otro, del marido, de los hijos (...) Y eso, por ahí, es un poco de ignorancia porque ellas usan métodos de, por ahí, contar los días, cosas así. Hay muchas madres adolescentes”.

Dentro de la subjetividad militante los elementos de sentido condensados en estos imaginarios de la cotidianidad barrial se conectan con dimensiones de temporalidad trazadas en el marco de búsqueda de cambio social, lo cual expone registros en torno al *cuándo* de su accionar.

Desde su mirada, la labor de los talleres que se encuentra dispuesta a incidir en las experiencias identificadas, desde la mirada militante, como cotidianas, aparece sujeta a una temporalidad que se desliza a través de una línea también imaginaria referida a la transformación social. Sobre la base de la línea que temporaliza la posibilidad de cambio se disponen movimientos de acción política de largo y corto plazo. Respecto a ello, plantearon lo que se expone a continuación:

G. [M]: “Una organización política como es el FRENTE, por ahí, tiene fines inmediatos y mediatos, bastante más importantes, como es el Cambio social y, como que a través del taller de niños es una forma de contener al barrio, no solamente a Tiburones y Mojarritas, digamos. Si bien se quiere generar que en un futuro tengan una participación política, se nos hace difícil. Sí, podemos transmitir hoy ideas políticas, digamos, a Malvinas. Entonces, como que, por ahí, las expectativas son más pequeñas de lo que uno en realidad se está buscando. Por ahí vas al barrio y sí jugamos pero, por ahí, salgo y digo: ¡Uy hoy hemos jugado una banda! Y por ahí, a la vez digo: bueno, pero esto es parte de la idea del proceso, y bueno hoy juegan y mañana los ves todos juntos y pasado son parte de una organización.”

A. [M]: “A corto plazo el objetivo es ir adaptando el objetivo de corto plazo para el largo plazo. Los valores que vamos acercando a los chicos tienen que ver con que vayan priorizando esos valores de cambio. Qué sé yo, yo a veces me pongo a pensar que hay chicos que tienen diez años y capaz cuando ya tenga veinte años, por ahí es un poco idealista, pero me imagino que es otra situación que no es ni pidiendo ni robando, ni con hambre ni con el límite del hambre. Pero eso creo que se da a largo plazo.”

Los encuentros de taller, entonces, suponen un conjunto de sentidos y prácticas cuya dirección está orientada políticamente hacia un fin con el cual los militantes se identifican y que avanza gradualmente en el tiempo a través de objetivos de corto y largo alcance. Ese fin político se traduce en la restitución y transformación de ciertos agravios sociales, entre los que figuran: “el hambre”; “el trabajo infantil y la falta de juego”, “la violencia de género en el ámbito doméstico” que viven personas pertenecientes a los sectores subalternos de la sociedad, en este caso: los participantes de base del MTD Barrio Malvinas. Todos ellos, inciden en el *porqué* de la praxis militante.

Dentro de la percepción militante, además, el desplazamiento temporal mentado para la restitución de los agravios y la transformación de las injusticias sociales se encuentra sujeto a razones de corto plazo que ceden posibilidad a las de más largo alcance. En definitiva, resulta ser una perspectiva de cambio social secuenciada con vínculos de permanencias entre cada instancia. Al respecto decían:

V. [M]: “El objetivo del taller de mujeres, por ahí, cuando yo pienso que en esa compañera que nunca salió del barrio, o mismo cuando empezaron el taller que decían: bueno aunque sea un día porque al final nunca tengo un día para mí de hacer algo sin mi familia, para mí. Es empezar por eso así de chiquito ¿no? (...) Ahora, la transformación, el cambio social tiene que ver con la posibilidad de llevar esa forma social de relacionarte en muchos ámbitos, desde en lo social como también en las relaciones de trabajo, poder pensar y organizar esos espacios de trabajo que sean pre-figurativas esas

prácticas de trabajo, de esas nuevas relaciones de trabajo. Y, me parece que es un ataque por todos los blancos, desde lo personal te hablo.”

G. [M]: *“Si bien uno por más que venga al barrio, se dice no voy a cambiar esta realidad. Sí, lo creo a lo mejor a largo plazo. Sí, lo creo que es necesario. A lo mejor, hacerlo y creo que genera, les llega, a los niños el laburo que se hace. Toda la transmisión de valores (...) Justamente, no es el hecho de que ir simplemente al barrio, sino de tener una organización que te respalde, digamos, que hace en forma colectiva, que hay compañeros que te acompañan en el barrio, que no es vos solamente, sino que vas a poder comunicar a través de la asamblea, que genera espacio de discusión y participación, digamos.”*

Como se observa, en los relatos subyace la idea de gradualidad y progresión. Básicamente, para los militantes el hecho de ir al barrio e instalar en sus prácticas de taller “*esa forma social*” de relacionarse supone una progresión que avanza desde la institución de vínculos pensados como igualitarios, equitativos y justos, para la cotidianeidad de los participantes de base, hasta la ampliación de esas formas “*pre-figurativas*” en ámbitos de la vida extra-barrial.

Asimismo, la idea de generar prácticas *pre-figurativas* sobre los modos de relacionarse conlleva el deseo de generar instancias que, gradualmente, permitan a los participantes de base apropiarse de esos modos de organización y vínculos. Al respecto, comentaban:

G. [M]: *“El tema es ir conociéndolos, la confianza y, justamente, más que nada para generar en ellos ganas de rever (...) Generar eso de la conciencia y la necesidad de lucha de parte de ellos. Más allá de que también es fundamental de que uno vaya acompañado de una formación política de ellos, es importante de que participen e intervengan, por eso uno va a las asambleas.”*

V. [M]: *“La imagen de lo que yo deseo, es la imagen de que la gente del barrio pueda participar, encontrarse en el taller, hacerlo suyo, comprometerse y realizarlo.”*

En el área del comedor, por ejemplo, los militantes cooperan únicamente en actividades dirigidas a crear un fondo común, tales como la realización de ferias de ropa –“*roperitos*”- que habitualmente se realizan en el barrio. Pero, su funcionamiento está destinado y coordinado por los participantes de base quienes se encargan en forma cotidiana de las tareas de cocina y limpieza.

En suma, la construcción de sentidos militantes del MTD A.V Barrio Malvinas se condensa en la búsqueda de *poder popular* el cual apunta a construir un modo socialista de vincularse y reconocerse entre sectores sociales subalternos. Anclándose en lo territorial, pone a rodar prácticas e instancias colectivas manteniendo como locus de su accionar a los participantes de base donde se visibilizan elementos de sentido referidos a un campo diferencial entre nosotros/ellos: militantes y participantes de base.

No obstante, la incidencia de las experiencias colectivas pone en movimiento y somete a permanente (re)jerarquización y desplazamiento los sentidos de su matriz política. Los imaginarios, los supuestos y las perspectivas de futuro que versan sobre sus talleres se abren al diálogo con la receptividad de las actividades propuestas y de la *otra* subjetividad interviniente: la de los participantes de base. Por tanto, el siguiente capítulo busca reconstruir y reflexionar sobre los elementos de sentido que se articulan en la configuración subjetiva de base para, finalmente, abrir espacios que permitan pensar los vínculos entre ambas subjetividades y la conformación de *subjetividad colectiva* dentro del entramado de las acciones que emprenden el movimiento de trabajadores desocupados en estudio.

Capítulo V

Subjetividad de base

“El espacio de vida cotidiana, de significados y prácticas, es un sitio fuertemente delimitado a lo barrial. En ese marco espacial, operan desplazamientos donde los participantes de base construyen sentidos asociados a las experiencias que allí se presentan. En su subjetividad, pueden observarse sentidos heterogéneos y una polifonía que combina trazos de historias (marcas) personales y experiencias colectivas.”

Nota de campo del 5 de octubre de 2009

Dentro de un espacio de relaciones sociales como es el MTD A. V. Barrio Malvinas, se van construyendo determinadas prácticas y procesos de significación que refieren a la pertenencia dentro de un grupo, a la conformación de un “nosotros” subjetivo, tal como sucede con los participantes de base. En su subjetividad, la vida cotidiana con anclaje barrial constituye una fuente medular de identificaciones, en ese acervo de experiencia social van (re)creando prácticas y sentidos en el que inscriben sus trayectorias colectivas (De la Garza, Moreno y Ramírez, 2008).

El territorio y su vivencia atraviesan la red de significados de la configuración subjetiva de base. Pese a que la articulación se presenta a base de códigos heterogéneos (cognitivos, emotivos, éticos, estéticos, etc.) los cuales conducen a un campo polisémico y fragmentario de significados (De la Garza, 2001), la conexión fuerte en el terreno de su subjetividad resulta ser: *“lo barrial”*.

La espacialidad se presenta como un referente tópico dotado de sentido que, al mismo tiempo, otorga sentidos al “nosotros” participantes de base. El conjunto de significados, pertenecientes a la autoexplicación del *porqué*, del *cómo*, del *cuándo*, de *con quién* vinculados con el accionar, se encuentra cargado de referencias barriales, historias asociadas y cruces de relaciones familiares-vecinales.

Al indagar, por ejemplo, en su participación en el MTD A. V. Barrio Malvinas surgieron referencias vinculadas al espacio significativas, tales como:

M. [PB]: “Me encanta participar porque yo me siento bien, porque sé que los vecinos que no tienen para comer tienen aunque sea un plato al medio día para comer, eso es lo que a mí me pone más bien. Venir a cocinar con los vecinos y familiares que, también, vienen a retirar la comida o a comer. Y, fue por eso que participé. Y después, en los otros talleres que participé fue, por ejemplo, en Tiburones y Mojarritas porque participaban mis hermanitos y, bueno, una vuelta me enganché y me enganché y ahora sigo.”

L. [PB]: “Participo porque, para mí, el comedor es como mi propia casa, yo puedo venir acá y sentir como que estoy en mi casa.”

F. [PB]: “Yo participo para pedir cosas así como para mejorar el barrio, porque es necesario para nosotros porque como que no tenemos. Porque nosotros somos la gente que más necesitamos y sí o sí tenemos que estar.”

Estas ideas, referidas al *porqué* de su participación, constituyen relatos situados en “*lo barrial*”. Básicamente, puede verse que la participación soporta elementos de sentidos que refieren al núcleo de relaciones territoriales. De este modo, “*venir a cocinar con los vecinos y familiares*”, “*sentir como que estoy en casa*” o participar “*para mejorar el barrio*” reconociendo necesidades compartidas entre la gente que vive allí, da cuenta de un principio de cercanía que versa sobre el espacio e incide en la explicación del *porqué* de su presencia en el MTD A. V. Barrio Malvinas.

El territorio tiene sesgos de historias marcadas por lazos de familiaridad y vecindad. Esas relaciones barriales componen el *con quien* de su accionar, ponen a rodar un *nosotros* situado y direccionado bajo la idea de “*somos la gente que más necesitamos*”.

En esa línea, radica el soporte de enlace entre los participantes de base. Sin embargo, un vínculo de proximidad de este tipo supone, a su vez, varias aristas dentro del proceso de identificación y dar sentido a su praxis.

Por un lado, es notorio el lugar ocupa en la subjetividad de base las historias de cooperación y solidaridad de esas relaciones barriales. En esta dirección, algunos relatos indicaban lo siguiente:

B. [PB]: *“Me vine del Chaco hace dos años más o menos, no tenía nada. En verdad, no tenía ni donde estar. Me quedé en lo de un compañera que vive acá cerca, porque es como mi tía o algo así, y me habló del comedor de acá de los chicos. Entonces empecé a participar.”*

O. [PB]: *“Lo que más me gusta el compañerismo que encontré acá. Recién llegada del Chaco y me empezaron a ayudar todos los compañeros del barrio.”*

Por otro, el cruce de esas relaciones vecinales y familiares también moviliza conflictos que operan en el campo de las percepciones referidas al “nosotros” participantes de base.

En el sector cocina, por ejemplo, se manifestaron algunas discrepancias en torno al manejo del fondo común así como, también, en la distribución de alimentos:

B. [PB]: *“El fondo común es para las movilizaciones que hacen, para los boletos, para la mercadería y esas cosas, es una vez por mes. Y bueno, hay veces que hay personas que no lo pagan. Mas que todo los que no vienen a las asambleas. Y ahí, muchos se quejan pero no pasa nada, sigue estando igual. Y también hay muchas relaciones de familia que influyen.”*

M. [PB]: *“En cocina hay una persona que coordina, también. Me gustaría, nada, que sea una persona responsable, que cuente las cosas pero que se saque la careta de atrás, que*

se ponga fuerte y que diga: mirá las cosas son así y así. Y quien tiene la mercadería también que dice: que no, que sí, que los chicos. Vos lo ves al mes que almacena tantas cosas y acá no hay nada.”

En estas expresiones se observa que, en ciertos casos, la mercadería o el fondo común se transforman en un foco de disidencias entre los participantes de base. Parte del carácter emblemático radica en el hecho de que “*hay muchas relaciones de familia que influyen*” de modo tal que resulta difícil señalar responsables frente a una mala administración. La expresión de deseo asociada al hecho de que “*se saque la careta de atrás*” muestra la dificultad de disentir con quien coordina el sector cocina y lo ha venido haciendo desde el origen del comedor. En este sentido, también, se hacen presentes las relaciones de cercanía y parentesco.

Del mismo modo, se hizo referencia a otras situaciones como las acontecidas en el productivo de pollos (el cual dejó de funcionar) o con las altas y bajas de los planes sociales:

M. [PB]: “Con el productivo de pollos, pasa que afanaron y dicen que los mataron los perros. Para mí, eso es re feo. Y pasa que nadie quiso decir que había pasado. Con las altas y bajas de plan, también, porque tampoco es eso de que uno le dé a cualquiera pero, también, acá el comedor tienen sus estafas.”

Las percepciones de los participantes de base muestran rivalidades asociadas a la trama de relaciones inscriptas en el barrio. Sin embargo, dentro de ese cúmulo de disensos giran elementos de sentidos aglutinadores. La administración de planes sociales o bien la organización colectiva de tareas, involucran, motivan y enlazan diferentes apreciaciones en un *campo dilemático*: la búsqueda de equidad en la distribución de beneficios. Al respecto, se comentaba lo que sigue:

M. [PB]: “En las asambleas se tratan los problemas de trabajo. Y también pasa que a veces algunos quieren de arriba, hay conflicto de esos. Y lo discutimos pero siempre hay que dicen que sí, que no y no termina en nada, y siempre hay conflictos. Acá, se miden mucho las cosas.”

En la dimensión de “*lo barrial*”, entonces, podemos encontrar significados diferentes y hasta contradictorios, precisamente, porque el proceso de dar sentido reviste un carácter dinámico de movilización de códigos en la construcción de una configuración particular en una situación concreta (De la garza, 2001). En ella, los conflictos por la distribución de beneficios, o bien el hecho de que en el barrio “*se miden muchos las cosas*”, actúa como un campo de conflicto donde se mueven estratos de la subjetividad de base, componiendo uno de los rostros de la grupalidad en la que participan.

Esas percepciones de grupalidad, se inscriben en una temporalidad imaginada que delimita el *cuándo* del accionar colectivo. En este punto, la incidencia del tiempo conlleva el deseo de avance sobre algunos aspectos del grupo, como los que se observan a continuación:

L. [PB]: “Nosotros tenemos el 80% de los compañeros que por ahí se interesa, por ahí, por la necesidad de los \$150, y bueno. Acá hicimos la concientización de eso. Y tenés que entender que cada persona tiene, también, su tiempo. Hay que entender a quienes tardan un poquito más, pero de a poquito se va logrando.”

O. [PB]: “Yo pienso que hay gente que no le importa lo que acá se hace. Ha pasado. Pero, hay personas que van mejorando con el tiempo.”

En los relatos, puede verse que la temporalidad admite flexibilidad, requiere “*entender que cada persona tiene, también, su tiempo*”, y supone instancias de transformación que se desplazan desde un compromiso regido por intereses individuales hasta uno donde el soporte recae en lo colectivo, o bien lo que en la subjetividad base suele convertirse en sinónimo: en lo barrial.

Con todo, la dimensión temporal también carga con espacios de incertidumbre, como los que siguen:

B. [PB]: “*A esto no me gustaría dejarlo nunca al comedor pero, qué sé yo, las cosas van cambiando, el mundo da vueltas. No sé, qué sé yo, por ahí yo digo me quedo acá toda mi vida y no sé el día de mañana que yo me junte, tenga mi propia familia y no sé.*”

En el espacio de estas apreciaciones, sin embargo, se encuentran las prácticas cotidianas y colectivas de los participantes de base. En ellas, los elementos de sentido vislumbran la mutua incidencia, construyendo aspectos referidos al *cómo* de su accionar.

Particularmente, en la dinámica de los talleres los relatos dan cuenta de ciertas dimensiones asociadas a la idea de “*encuentro*” y “*aprendizaje*”, como las que se manifiesta a continuación:

M. [PB]: “*Venís y te desahogas. Y otra que te pasa es que, por ahí, venís y necesitas encontrarte con alguien, contarle, y que el otro te de una mano, que te apoyo y que, por ahí, que vos decís que te pasa a vos solo y no a vos sola no te pasa sino que hay muchos casos y por ahí mucho más feos. Y vas viendo la realidad y el mundo como es. Y está bueno para salir adelante, y que cada vez sean más y que ya no sean golpeadas por los maridos. Y, después, que hay algunas mujeres, que después de los talleres se empiezan a largar un poco más.*”

O. [PB]: “Yo me sumé al espacio de mujeres porque ahí podemos hablar libremente, tranquilamente.”

B. [PB]: “Me gusta porque más o menos se habla de cómo somos tratadas y algo así. De la violencia familiar y así se hablan de estos temas que están buenos. A mí, me hubiera gustado contar con ellas [mujeres que participan en el taller] en otro momento, antes.”

A través de las prácticas de taller, los participantes de base van construyendo un vínculo de confianza motivado por el hecho de compartir experiencias y situaciones vividas en las cuales se identifican. En ese marco, se generan enlaces cuyo sustento es un mutuo reconocimiento. El descubrimiento de que “*a vos sola no te pasa sino que hay muchos casos*” ofrece elementos de sentido que apuntan a la idea de encuentro.

Asimismo, el espacio de taller es visto como una instancia de aprendizaje, contribuye en el hecho de ir “*viendo la realidad y el mundo como es*”. En relación a ello, comentaban lo siguiente:

O. [PB]: “También participo en el taller de mujeres para, mañana, cuando mis hijas se vayan a juntar. Porque yo sé que toda la vida no van a estar conmigo y por eso yo les hablo, les enseño porque a mí no me enseñaron así en mi casa (...) Yo después de las reuniones voy sacando todas [palabra extendida] mis conclusiones y les hablo.”

F. [PB]: “El taller de mujeres, a mí me interesó porque como yo necesito también entender, así, entonces, yo escucho. Yo escucho y ahí voy pensando.”

El aprendizaje supone, por tanto, un momento de diálogo y reconocimiento de realidades que atraviesan la cotidianidad de los participantes de base. Pero, en medio de esas “*conclusiones*” que van extrayéndose en las instancias de taller discurren los imaginarios sobre las temáticas abordadas, lo cuales algunas veces son puestos tímidamente a compartir en el grupo.

Esto último, es el caso de cuando las participantes del taller de género del MTD A.V Barrio Malvinas luego de asistir a un Encuentro de Mujeres en Córdoba comentaban la experiencia tras una ronda de mates el patio del comedor. En la conversación, el disparador fue un hecho puntual. En aquel momento, se hablaba sobre qué les había parecido el desnudo en la vía pública, frente una de las iglesias del lugar, que un grupo de mujeres militantes había realizado y con el que se habían negado a participar. Por entonces, entre risas escandalizadas asomó la incomodidad y a algunas voces de oposición. Uno de los relatos que condensa la conversación es el siguiente:

M. [PB]: “En sí, a mí me gustan los lugares así como el encuentro de mujeres, está bueno. Pero, eso que se tiren tanto en contra de la iglesia no tanto. A mí me pasó con eso del lesbianismo o con esos que son gay, por ahí, en eso estoy en contra. Porque, para mí, para eso Dios nos hizo la mujer y el hombre. Para mí, también, en política eso de que todos son iguales en eso un poco sí y un poco no, también. Porque hay mujeres que, está bien, tiene sus parejas y entonces bueno pero por ahí hay algunas más zarpadas, que son más abiertas. Por ahí, los gay que, viste, están a los besos en la plaza continuamente y están degenerando a las otras personas. Y por ahí, que se yo como que la gente no se siente cómoda. Yo cuando yo veo no me siento cómoda, me parece así como re incómodo y digo: cómo podrías ser así. Además, pasa que hay señoras grandes.”

Este relato pone de manifiesto la presencia de una subjetividad de base que mantiene puntos de contacto con otros espacios presentes en el barrio: la iglesia. La participación de la iglesia es un dato corriente entre los participantes de base del MTD A.V Barrio Malvinas, y supone la construcción de percepciones que disputan territorialmente con los sentidos militantes. Frente a la temática de la homosexualidad, por ejemplo, en la idea de que “*están degenerando a otras personas*” aparece una percepción que se inscribe en fundamentos cristianos: “*para eso Dios nos hizo la mujer*

y el hombre”. No obstante, en otras ocasiones esta presencia religiosa en el barrio da cuenta de otras marcas tales como las de “ayudar” a quienes lo necesitan.

En el siguiente relato, por ejemplo, se observan manifestaciones que enlazan líneas altruistas de acción con imaginarios sobre la maternidad:

M. [PB]: “Cuando veo a los chicos descalzos, primero pienso es que las madres no los cuidan y me digo: ¡no sé para qué coño quieren tener hijos sino los saben cuidar! Pero, también, por otro lado, cuando estás viviendo con esa persona ves que no es así, que no tienen las suficientes cosas que necesitan y veo eso y me da ganas de ayudarlos a todos.”

La maternidad es otro elemento dentro del campo de la subjetividad de base en donde inciden apreciaciones sobre la mujer como responsable única del cuidado sus hijos/as y sobre la voluntad de tenerlos/as.

En esa misma dirección, apuntaban las percepciones de otra participante de base cuando comentaba sobre quienes en el barrio salen a ir a pedir dinero en el centro de la ciudad de La Plata:

B. [PB]: “Nosotros por ahí nos vamos al centro a pedir monedas. Nosotros vamos, pero yo me quedo con mi hijo. Porque por ahí ves hay unos chicos que los dejan y son las 12 la una de la noche y vos los ves solos, eso no me gusta. A mí me molestan las mamás que como se van. Me molesta que no se molestan en saber si los hijos están bien o mal y capaz que pasa un patrullero y los levanta.”

En voz masculina, también se observan ideas que vinculan a las mujeres con el hogar, como las que se manifiesta a continuación:

E. [PB]: “Está claro, que con los planes sociales, que lo que se cobra no alcanza para mantener a nadie, menos a grupo familiar numeroso que es la característica de los

compañeros de acá del barrio. Entonces, los compañeros tienen la necesidad de salir a buscar otro trabajo. Después, bueno, son las mujeres las que se quedan en la casa, y eso bueno, hace que haya una mayoría de participación de las mujeres, porque muchos de los varones están laburando.”

No obstante, en relación al sector del comedor surgen otras apreciaciones que vinculan las actividades que allí se desempeñan con ideas de *trabajo formal*, tales como:

M. [PB]: *“Primero me anoté para **trabajar** en el comedor, atender la cocina. Estuve en la cocina un tiempo. Después, me pase a la copa de leche. Después de la copa de leche, me pase a limpieza.”*

O. [PB]: *“Como vi que funcionaba el comedor este, agarro y me acerco a ofrecer mi colaboración. Vine para ayudar a cocinar, a eso que hacían y fue ahí que me preguntaron si quería algún sueldo. Y como les dije, les expliqué a todos mi situación, ya empecé a trabajar así en el comedor, a limpiar.”*

Entre medio de estas ideas con referencias al trabajo formal se establecen normas, entre los participantes de base que ocupan el lugar de reglamento respecto del cobro del plan social, como las que se enuncian a continuación:

B. [PB]: *“Siempre se dice: bueno, las personas que no vienen a las marchas ni a colaborar en el comedor y no ponen para el fondo común, se les va a dar la baja. Y muchos se quejan pero sigue igual.”*

Básicamente, en el área del comedor un grupo de mujeres del barrio llevan adelante las tareas de cocina y limpieza. Los días de trabajo se establecen dentro de la asamblea barrial y quedan explícitos en una grilla, siendo rotativos pero obligatorio

para quienes cobran un plan social. El armado del menú, se confecciona en una reunión entre el grupo de cocina.

Por su parte, los recursos se extraen en parte del productivo de panadería (radicado fuera de Malvinas), el cual otorga panificados para el merendero, y otra parte mediante el recibo de dos subsidios. Uno de ellos, son bolsones de alimentos que entrega la Municipalidad y, el otro, un monto anual de dinero que ofrece el PNUD²⁸ (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) perteneciente a la red mundial de las Organización de Naciones Unidas. Sin embargo, como ninguno de los subsidios suele ser entregado con regularidad, en más de una ocasión, deben acudir a recaudar fondos por medio de actividades como las ferias de ropa que se realizan en el barrio - “*roperito*” - o suspender el funcionamiento del comedor.

La actividad del comedor está supeditada al trabajo de los participantes de base pero, también, a las posibilidades de financiamiento del mismo. Por ello, entre las normas consensuadas al interior del MTD A.V Barrio Malvinas se promueve la movilización permanente, la asistencia a “*los piquetes*”. En ellos, concretamente se reclama:

B. [PB]: “*Puestos de trabajo y alimentos para que vayan para el comedor. Porque hay dificultades con el comedor: le dan menos, le dan feo, por ahí todo quebrado el alimento. Por eso, se pide que vayamos todos.*”

En el campo subjetivo de base, cabe señalar que las percepciones de trabajo referidas a la contraprestación del plan social no se componen con trazos de sentidos

²⁸ En Argentina, el PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) es un programa destinado a la cooperación y asistencia técnico-financiera. Provee apoyo técnico sustantivo y de gestión en proyectos ejecutados por organismos gubernamentales y la sociedad civil. Se centran en la promoción de los derechos humanos, la reducción de la pobreza, el desarrollo productivo y social, la protección del ambiente, la igualdad de género y el empoderamiento de la mujer.

uniformes sino más bien heterogéneos. Así como anteriormente se observaban aspectos referenciales al trabajo formal también existen percepciones que funcionan como contrapunto, como las que siguen:

M. [PB]: “Acá, en el comedor no se critica de nada, no tenemos patronos, es como que es liberal el comedor, todos pueden hacer lo que quieran (...) Ahora, me quedé solo con la cooperativa. Es diferente a otros laburos, es re distinto porque no tenés patrón que te ande pisando los talones.”

B. [PB]: “Estoy en las cooperativas y hago barrido de calles. En las cooperativas somos un grupo de 11 personas que salimos todos juntos. Y es así, todos sabemos lo que tenemos que hacer y por ejemplo: hoy anda vos que yo mañana, así. Sabemos lo que hay que hacer pero nos arreglamos entre todos.”

O. [PB]: “Con otros trabajos, yo pienso que son experiencias distintas. Porque yo afuera siempre trabajé de empleada doméstica y el trato es distinto. Sí, es muy distinto, muy distinto porque en una casa que te vas y no vas a estar charlando con tu patrón. Tu patrón es así [hace ademán indicando rigidez]. Es muy distinto que estar en el comedor.”

Las actividades que brindan como contraprestación a los planes sociales, están atravesadas por dimensiones de la subjetividad de base donde no tener un patrón “*que te ande pisando los talones*” asume un valor crucial. Principalmente para quienes participan, la colaboración y coordinación desjerarquizada convierte a los espacios de contraprestación, ya sea en las cooperativas o en el comedor, en sitios estimados y “*distintos*” respecto de otros ámbitos laborales.

En suma, la red de significados de la configuración subjetiva de base contiene códigos de sentido heterogéneos visibles en las diferentes apreciaciones sobre el funcionamiento de MTD A.V Barrio Malvinas. Los focos de conflictos se condensan en torno a la distribución de beneficios y conducen a un campo fragmentario en el terreno

de la subjetividad. Sin embargo, la articulación de base tiene como soporte de enlace a “*lo barrial*”, al núcleo de las relaciones familiares y vecinales territoriales que componen un *nosotros* situado. Por su parte, las prácticas de taller se construyen espacios donde comparten situaciones vividas en las cuales se genera un mutuo reconocimiento, y lo mismo ocurre los ámbitos de contraprestación. Desde el plano de las identificaciones, el conglomerado de percepciones, imaginarios y visiones de futuro se encuentran conectados por vínculos de proximidad de la vida cotidiana con anclaje barrial.

Capítulo VI

Encuentro de subjetividades: la construcción de subjetividad colectiva.

“Un grupo de mujeres del barrio esperan el inicio del taller de género en la sala del comedor. Al tiempo, la militante encargada de la coordinación del taller propone intercambiar zapatos y caminar. Durante unos minutos, todas las mujeres presentes circulan por la sala. Finalmente, la militante indica detenerse y pregunta: ¿qué se siente estar en los zapatos de otros? Las mujeres del barrio vuelven a sentarse y comienzan a responder.”

Nota de campo, 28 de septiembre de 2009

En el enfoque de esta investigación, los movimientos sociales son pensados como espacios de integración simbólica en la medida que subjetivizan un ámbito de lo social e instalan elementos de sentido que intervienen tanto en su accionar como en la construcción de su identidad colectiva. Se articulan, dentro un proceso abierto e inacabado, en una temporalidad histórica que dinamiza la (re)constitución de identificación colectiva y producción de sentido (Revilla Blanco, 1996).

Desde esta perspectiva, el proceso de construcción identitaria de los movimientos sociales está en diálogo permanente con la subjetividad colectiva y con el campo de acciones que despliegan en su transcurrir histórico. Por tanto, la subjetividad colectiva pone en juego tramos de la identidad, la reactualiza, recrea y modifica, produciendo y articulando significados que instalan umbrales de acción colectiva y experiencias históricas. Mientras que, “...las mismas acciones colectivas (prácticas y praxis) ya sean cotidianas o extraordinarias impactan en la conformación de la subjetividad colectiva e incorporan nuevos sentidos o reordenan los códigos donde pueden aparecen nuevos o emerger aquellos que parecían fosilizados.” (Retamozo, 2007: 27)

Esto último, implica ver a la subjetividad colectiva como un espacio específico de la identidad colectiva donde ciertas formas de dar sentido refieren a la pertenencia dentro de un colectivo y adquieren grados de “*estabilidad dinámica*” que habilita la posibilidad de movilizar códigos comunes (Retamozo, 2007). A su vez, los sujetos que se inscriben en un tiempo transindividual se hacen partícipes de una historia y en un espacio experimental común donde no sólo se generan acciones colectivas sino también instancias en las que las subjetividades de quienes componen el movimiento colectivo, fundadas en base a múltiples redes de pertenencia, se encuentran, dialogan y disputan por la construcción de sentidos compartidos (Fernández y Ruiz Velasco, 1997).

Remitiéndonos al caso en estudio, la incorporación del Movimiento de Trabajadores Aníbal Verón-Barrio Malvinas- al Frente Popular Darío Santillán (año 2004) constituye un punto de partida central para el análisis de los vínculos entre las subjetividades intervinientes (militantes y participantes de base) y los procesos de constitución de subjetividad colectiva al interior de la agrupación. Principalmente, porque a partir de ese momento de (re)definición política se hace posible el acercamiento entre sujetos con trayectorias políticas e historias colectivas hasta allí disociadas, abriendo con ello el espacio para la construcción de sentidos colectivos.

Desde entonces, la línea de disputa política se extiende a un conjunto más amplio de organizaciones entre lo que figuran los desocupados, las agrupaciones estudiantiles, los núcleos sindicales, las organizaciones territoriales de carácter vecinal, las expresiones culturales, los espacios de jóvenes y de mujeres. Diferentes colectivos, aceptan ser parte de un “Frente” de carácter “Popular” donde se continúa reivindicando las experiencias de lucha de los Movimientos de Trabajadores Desocupados pero reemplazando la interpelación “desocupados” por una más amplia no restrictiva-

multisectorial que lleva, además, la épica muerte de “Darío Santillán” ocasionada el 26 de junio de 2002 en la masacre del Puente Pueyrredón.

Estos cambios, suponen para el MTD A-V Barrio Malvinas importantes (re)definiciones tanto políticas como en sus prácticas cotidianas, lo cual lo convierte en foco de análisis de los procesos de constitución de subjetividades colectivas.

En particular, sobre algunas implicancias de este pasaje, una militante comentaba:

*V. [M]: “Nosotros tenemos sectores territoriales, no desocupados. Porque nos parece que el término desocupados nació en un momento histórico pero que no refleja exacto su realidad, no están desocupados sino que están en un montón de ocupaciones y, carga un poco un estigma (...) Además, pasaba que no teníamos un espacio de discusión con por ejemplo el MTD, porque se juntaban los desocupados y **nosotros no éramos los desocupados** en algún punto, pero al mismo tiempo estábamos trabajando el mismo lugar y el mismo territorio. Entonces, al ponerle sector territorial la idea era poder abarcar otros grupos como por ejemplo Tiburones y Mojarritas [nombre del taller infantil del Barrio Malvinas] que estábamos trabajando el mismo territorio junto con las asambleas del MTD y bueno, no teníamos antes un lugar de encuentro todas las bases, digamos...”*

En el relato militante se observa que lo territorial constituye el sitio de enlace entre sujetos con diferentes trayectorias colectivas, alberga la pretensión de construir un espacio *popular-multisectorial*. Desde ese punto de vista, “*al ponerle sector territorial la idea era abarcar otros grupos*” que no se consideraban desocupados pero que, sin serlo, trabajaban en el mismo sitio. Junto con ello, entonces, aparece una pre-distinción entre grupos desocupados y los que no, así como también la necesidad política de un nuevo nombre que integre a agrupaciones no identificadas como Movimientos de Trabajadores Desocupados.

Sin embargo, la intencionalidad de integrar grupos de diferentes pertenencias a partir de una (re)definición política y nominal mayor vuelve por momentos al comienzo esto es, de lo “*territorial al barrio*”. Estos regresos, se plasman en la aparición de distinciones entre un *nosotros-ellos*, más o menos implícitos, donde dependiendo de quién enuncie (militantes o participantes de base) dispone sobre el espacio y en las prácticas cotidianas tramos de las subjetividades en juego.

Por ejemplo, en la siguiente entrevista realizada a un participante de base pueden verse que las personas que componen el MTD A-V Barrio Malvinas aparecen desglosadas según sus trayectorias colectivas y otras argumentaciones respecto del momento de enlace respecto de las ya enunciadas por la militante, a saber:

E. [PB]: “La idea acá en Malvinas, de cómo nos organizamos nosotros, tiene que ver con la mesa de los barrios y, en la mesa de los barrios, se tratan tanto los temas que tienen que ver con el grupo como con los que no tienen que ver tanto con el grupo y tienen más que ver con los ejes de lucha de algo más amplio como es ahora el Frente Popular Darío Santillán. La historia de los desocupados y otro tipo de historias que tiene que ver con estudiantes ¿no? Hay una cosa más amplia que no significa que nos hayan facilitado de cierta manera a los trabajadores desocupados el razonamiento, capaz que nosotros lo podemos comprender un poco más. Pero, estaba claro que si uno quiere tener crecimiento y si uno quiere tener más formación, no podemos dejar el trabajo reducido solamente al grupo barrial o al grupo de trabajadores desocupados sino a una unidad más amplia como es el proyecto social.”

En el relato anterior, lo territorial se despoja de los sentidos militantes que apuntaban a la idea confluencia y se convierte en sitio de distinción entre “*la historia de los desocupados y otro tipo de historias que tiene que ver con estudiantes*”. Así, mientras que para la primera se asignan “*temas que tienen que ver con el grupo*”, para la segunda se ofrecen otros “*que no tienen que ver tanto con el grupo y tienen más que ver con los ejes de lucha de algo más amplio como es ahora el Frente Popular Darío*

Santillán". Por tanto, esta lectura soporta trazos de una demarcación implícita entre un **nosotros** que hace referencia "*al grupo barrial*"-*los participantes de base-* y un **ellos** - *los militantes-* aludiendo a un sector que milita con el MTD A-V Barrio Malvinas pero que carga con "*otro tipo de historias*" por fuera de lo barrial.

A su vez, respecto a la instancia de incorporación se observan otras dimensiones en juego como el hecho de pensar en un "*crecimiento*", "*más formación*", "*una unidad más amplia como es el proyecto social*". Con ello, además, se hace mención a todo lo barrial como un ámbito reducido y a los ejes de lucha del FPDS como dotados de amplitud, depositando en la instancia de enlace un peso sobre la idea de una mutua dependencia, en tanto unos son quienes pueden "*comprender un poco más*" la historia del grupo de desocupados y otros, aportan la formación para "*una cosa más amplia*": el proyecto social.

Asimismo, se ofrece una lectura de la decisión donde ciertos elementos de análisis implícitos -"*estaba claro*"- incidieron para considerar no dejar "*el trabajo reducido solamente al grupo barrial o al grupo de trabajadores desocupados*" y agruparse dentro de una unidad más amplia: el proyecto social del Frente Popular Darío Santillán. Precisamente, en lo que sigue de la entrevista se observa aquello que "*estaba claro*" al momento trazar la (re)definición política:

E. [PB]: "*En muchos casos se fue desintegrando el eje laboral como, el eje laboral tradicional se fue deteriorando totalmente. Entonces, todos esos años hizo que con nuestros compañeros trabajáramos de cara, mucho tiempo, de tener un trabajo fijo, de tener capacitación, y un montón de factores ¿no? Por ejemplo, el trabajo que se genera ahora, en los compañeros nuestros, no pueden tener un trabajo especializado porque no tienen ni el oficio ni la especialización para hacerlo entonces, siguen dependiendo del trabajo de mala calidad del trabajo mal pago, el trabajo en negro. Entonces, las condiciones básicas, las condiciones no han cambiado mucho, más allá del aumento del ingreso (...) Somos un grupo que no participamos en la política del gobierno que tenemos,*

que tratamos de tener la mayor cantidad de autonomía posible. Y, el criterio asistencialista con el que trabajan ellos, un poco como que las cosas para conseguirlas como que nos cuestan más, nosotros si no salimos por ahí a la calle o si no hacemos medidas o no tomamos medidas de lucha, no nos facilitan las cosas. El gobierno no nos va a facilitar las cosas sabiendo que no trabajamos para en la política de ellos, es muy sencillo. Si bien, bueno, digamos nos facilitan algunas cosas reivindicativas es porque de alguna manera tenemos un laburo de contención social que a ellos les favorece, imagináte.”

Siguiendo los fragmentos de entrevistas seleccionados hasta aquí, resulta claro la dificultad de asumir ciertos enfoques sobre los MTD centrados en explicaciones macro-estructurales (Merklen, 2005; Svampa, 2005) que homologan el sujeto político a partir del reconocimiento de dinámicas colectivas comunes tanto en lo que refiere a la metodología de acción, a la lógica asamblearia, al horizonte insurreccional y las características de intervención territorial. En cierta modo, las entrevistas señaladas dejan en evidencia que más allá de las condiciones de gestación de estos movimientos sociales, es decir de las transformaciones ocurridas tanto en el mundo del trabajo como en el dominio estatal que permitieron ubicar en la escena política- pública a las organizaciones piqueteras como un sujeto colectivo relevante, existen particularidades en cada uno de ellos en donde la coyuntura no explica cabalmente la constitución de un nosotros colectivo. En efecto, las tramas territoriales, políticas y las propias experiencias cotidianas, permiten la construcción de sentidos y un sujeto colectivo específico para cada movimiento social.

No obstante, y en favor de este tipo de análisis, debe decirse que si bien existen dinámicas de sentido heterogéneas en el amplio campo de los movimientos sociales, dentro de los procesos de constitución de los sujetos colectivos los elementos coyunturales no permanecen ajenos. Por el contrario, entre los relatos vistos aquello que aparece mencionado como lo que “*estaba claro*” no es otra cosa que la presencia de

una lectura coyuntural respecto de la relación entre el gobierno y las organizaciones populares, que va desde el mandato de Kirchner hasta el presente y que tiene efectos de amplio alcance en la organización. Principalmente, porque en el caso en estudio fue una lectura que no sólo intervino en el proceso de decisión respecto de la incorporación del MTD A-V Barrio Malvinas al Frente Popular Darío Santillán sino que, además, permanece entre los participantes de base:

B. [PB]: “Me molesta, por ejemplo, lo que está vendiendo la presidente: que supuestamente hay trabajo digno y acá no lo ves. Y cuando se hacen las marchas se pide eso, puestos de trabajo y alimentos para que vayan para el comedor, porque hay dificultades con el comedor: le dan menos, le dan feo, por ahí todo quebrado el alimento.”

Por consiguiente, para el caso en estudio resulta crucial centrarnos en la construcción de sujetos colectivos no en términos de una perspectiva que los presuponga de antemano una identidad unitaria y envolvente bajo formatos homogéneos de acción (el corte de ruta) pero sí como sujetos de demanda política-pública que instalan espacios de disputa en procesos históricos-políticos más amplias respecto de las dinámicas territoriales. Esto significa, que en esta investigación proponemos recuperar las prácticas y sentidos que los propios sujetos construyen en sus dinámicas cotidianas reconociendo los cruces existentes entre lo político y lo social (Frederic, 2009)

Llegados a este punto es donde nuestro análisis sobre la subjetividad colectiva convierte a las experiencias cotidianas en un aspecto central. Precisamente, porque el encuentro entre la subjetividad de base y la subjetividad militante se despliega en experiencias cotidianas de taller puestas en marcha en el Barrio Malvinas. Y, estas prácticas cotidianas, abren el espacio para el encuentro, diálogo y disputa entre formas de dar sentido de ambas subjetividades y también la posibilidad de una movilización de

códigos comunes que refiera a un nosotros aglutinante es decir, a la conformación de una subjetividad colectiva (Fernández y Ruiz Velasco, 1997).

Sobre esta dirección, apunta la nota de campo citada al comienzo del capítulo cuya elección se vincula, precisamente, con la capacidad de condensación de los aspectos de la relación entre la subjetividad de base y la subjetividad militante.

En la experiencia presenciada, la militante encargada del taller género propuso como primera instancia una actividad en la cual todas las mujeres presentes (incluida quien coordinaba) debían descalzarse e intercambiar su par de zapatos con una compañera para, luego, recorrer la sala del comedor con el calzado ajeno. Detenida la caminata, la militante buscaba generar una reflexión entre las participantes del taller tomando como disparador la pregunta referida a lo que se siente “*estar en los zapatos de otros*”.

Significativamente frente al tema, las participantes del taller comenzaron a remitirse con ejemplos al núcleo de relaciones que mantienen entre sí los participantes de base dentro de “*lo barrial*” y en todos los casos el grupo de militantes no era mencionado ni se auto-sugería como sujeto para repensar la *otredad-ajenidad* que se estaba abordando. Básicamente, “*estar en los zapatos de otros*” quedó circunscripto en reflexiones referidas a ciertas dificultades existente entre la gente que vive en el barrio y participa del MTD A-V Barrio Malvinas.

En esa ocasión, la subjetividad de base puso a rodar varios de sus elementos de sentido teniéndose a sí misma como interlocutora. A partir de la idea-disparador, se relataron historias que versaban sobre los desafíos entre participantes de base para mirarse y reconocerse con cordialidad. Se aludía a algunas situaciones donde ciertas desconfianzas en el acopio y distribución tanto de alimentos como de planes sociales, conjugados con algunas rivalidades de índole vecinal-familiar, operaban como

impedimentos para un reconocimiento positivo del “otro”. Así, al tiempo que se iba develando quienes y porqué en algún momento habían tenido dificultad para estar “*en los zapatos de otros*” se ligaban elementos de la subjetividad, percepciones que volvían a resaltar aspectos tales como que en el barrio “*se miden muchos las cosas*” y que “*hay muchas relaciones de familia que influyen*” en la dinámica del “*grupo barrial*”.

Por su parte, durante el debate, la militante se limitó a escuchar con atención los diálogos entre las mujeres que se encontraban participando, acompañando con repreguntas puntuales o pequeñas intervenciones respecto de lo que se iba narrando. En cierto modo, la subjetividad militante quedó excluida del intercambio propuesto para regresar sólo al final del debate, cuando a modo de cierre la militante lee unas palabras pre-elaboradas que dan cuenta de ciertas valoraciones y percepciones “*deseables*” desde su perspectiva respecto a las formas de trato con personas diferentes o ajenas y sobre los aspectos negativos de los prejuicios, la discriminación, etc. Particularmente, en esas líneas la militante se remitía a:

V. [M]: “El deseo en que me apoyo es por un lado, es poder yo relacionarme de una manera equitativa (aunque es una palabra media fea esa), libre, responsable y desde el amor, digamos. Así lo pienso yo, con los otros.”

En la experiencia, a su vez, se hizo presente el *cómo transformativo* militante referido a “*organizar esos espacios de trabajo pre-figurativos*” es decir, a la posibilidad de llevar al espacio territorial una “*forma social de relacionarse*” que se piensa “*para sí y con los otros*”. En cierto modo, los zapatos militantes que hasta allí permanecían casi en calidad de espectadores revelaron algunos de los sentidos dispuestos para la actividad pero también su modo de estar en y con los otros.

El disparador “*estar en los zapatos de otros*” fue puesto a rodar para generar una reflexión sobre las relaciones entre participantes de base, sin embargo, constituye un en sí mismo un nudo semántico relevante para pensar el vínculo entre subjetividad militante y subjetividad de base. Principalmente, porque desde la perspectiva militante la praxis transformadora, devenida en el corto plazo político en experiencias de taller y formación, requiere precisamente de estar “*en*” zapatos de otros, en los de quienes cargan con otras historias pero en los cuales depositan un primer eslabón del ideario de cambio social.

Estar “*en*” zapatos de otros se conecta con el *dónde* de la praxis militante, con la preferencia *territorial* como sitio de construcción de poder popular y, justamente por ello con el *con quién*, lo que en sus palabras es: “*con los otros sectores sociales*”. De alguna manera, vuelve sobre la mirada militante asociada a labor política *en* el barrio que aspira a construir poder con sectores sociales subalternos a partir de un modo socialista de reconocerse y relacionarse. En esta dirección, una militante del taller infantil comentaba:

G. [M]: “*Mis expectativas de cambio y de lucha son partir de ahí, desde la base y desde el territorio. Justamente, acompañada con compañeros y compañeras provenientes de otros sectores que, si bien es gente que vive situaciones diferentes y distintas a la nuestra, yo considero que, no sé, es necesario hacerlo y construirlo desde ahí.*”

Las actividades de taller *en el barrio* constituyen, precisamente, las instancias donde el *nosotros-ellos*, referido a dos sujetos sociales con trayectorias colectivas aglutinadas en un espacio común, encuentra un modo de estar en y con los otros. Y a su vez, esa manera de estar implica varios aspectos de la relación entre la subjetividad

militante y la de base que nos conducen indagar las posibilidades de una subjetividad colectiva.

Por un lado, entonces, vemos que en esa relación hay un reconocimiento de *otredad* entre militantes y participantes de base, atribuido a la existencia de realidades e historias de vida “*diferentes y distintas*” con algunos marcos geográficos definidos. Así, mientras que las situaciones de vida de los participantes de base se anclan y están cargadas de referencias barriales, la realidad de los militantes se ubica y es vista en términos de un “por fuera” del barrio, muchas veces en sinónimo de un marco “estudiantil”.

Tal como se observa a continuación, la percepción de militantes y participantes de base coinciden en ese trazado:

*G. [M]: “Ellos [los participantes de base] no me conocían a mí y me venían a abrazar, como una compañera más, digamos. Me sorprendió mucho, digamos, porque uno va con la idea esa de que por ahí nos ven como una persona distinta **que viene aquí** [Barrio Malvinas] para no sé, para jugar un rato con los niños y después **se va**, y no sabe cómo está, tal vez, como **que está alejado** por la vida que, por ahí, cada uno lleva.”*

A. [M]: “Hoy en día voy al barrio y veo una realidad, y voy a mi casa y sé que son cosas diferentes.”

M. [PB]: “Por ahí, al comienzo no nos dábamos con ellos, los de la facultad [militantes] pero en sí hay gente que viene de afuera y no te dan el apoyo de lo que te dan ellos.”

Por otro lado, en las prácticas de taller la realidad sobre la que se versan las actividades es la que involucra algunos aspectos de la cotidianeidad de los participantes de base elegidos desde la perspectiva militante.

En la actividad del cuento del taller infantil *Tiburones y Mojarritas*, por ejemplo, la propuesta apuntaba a visibilizar “*los distintos derechos de los niños en sí*” utilizando como recurso el relato de una historia de un planeta donde los infantes tenían prohibido jugar y sufrían carencias de derechos de distinta índole. Particularmente, a medida que las escenas del cuento avanzaban se fue presentado un contrapunto entre el trabajo infantil y uno de los derechos negados más elocuentes del relato: la falta de juego.

La trama del relato estaba pensada, desde el grupo de militantes, para reflexionar sobre la realidad de base de los/as niños/as que participan en el taller referida al hecho de que muchos/as concurren al centro a pedir monedas o trabajan desde edades muy tempranas. Frente ello, propusieron armar una dramatización del relato con los niños/niñas del taller a fin de cerrar la actividad repensando grupalmente sobre el planeta presentado y el mensaje principal del cuento.

Sin embargo, si bien el momento de dramatización de la obra creó un clima de fuerte interés participativo por parte de los/as niños/as aparecieron algunas dificultades no previstas. Principalmente, en lo referente a la secuencia de avance dado que la lectura colectiva del cuento debía conducir a una interpretación negativa común respecto del planeta sin juego con trabajo infantil. Aquí, la actividad tuvo que hacer afrontar lo siguiente:

A. [M]: “Estábamos planteando un planeta donde los chicos trabajaban y no jugaban, todo horrible, pero a los chicos les costó reconocer ese planeta un lugar de no juego.”

G. [M]: “Para mí, estuvo muy bueno por el hecho de que han participado chicos que por ahí les cuesta un montón participar. Y ahí llevamos disfraces y por ahí vos les veías una alegría en las caras, y veían los colores y se enloquecían. Y, un montón de cosas (...) Pero, el cuento pretendía dejar un mensaje con connotación política y, tal vez, lo chicos,

que son tan chicos, deseaban ver una obra, actuar y nada más. Eso de que en ese mundo es el mismo en el que yo vivo, como que eso no, no veo que eso haya salido. Por eso, decidimos laburarlo más de una vez.”

Esto último, implica otra dimensión de la relación entre ambas subjetividades vinculada al modo militante de “*estar en los zapatos de otros*”, de interpelar “*ese mundo*” ajeno. En este aspecto, la lectura del cuento sobre un planeta sin juego y trabajo infantil que buscaba presentarse como “*horrible*” resultó, en principio, esquivo a la mirada de los participantes de base. En su lugar, la atracción de los disfraces conquistó la escena hasta que los militantes a cargo del taller recurrieron al apoyo con coordinadores entre los pequeños grupos de niños/as para guiar la reconstrucción del relato:

G. [M]: “*Se armaron distintos grupitos entre chicos y un coordinador por cada grupito y tratamos de interpretar el cuento y después que qué se acordaban, así.”*

La identificación del estilo “*eso de que en ese mundo es el mismo en el que yo vivo*” entre los niños/as del taller no surtió efecto inmediato. Lo interesante aquí es ver el despliegue de sentidos que la subjetividad militante dispuso en “*ese mundo*” que debía ser leído como propio por parte de los participantes de base y, también, el desenlace de la actividad: un refuerzo de la práctica que se enuncia en “*por eso, decidimos laburarlo más de una vez*”, lo cual restó peso a la reflexión sobre los mundos en juego es decir, el mentado por los militantes y el de los participantes de base.

Esto último, conduce a observar detenidamente los lugares dispuestos dentro de la relación entre la subjetividad militante y la de los participantes de base en la organización en estudio.

Desde ese ángulo, interesa volver al momento de integración de MTD A-V al FPDS donde comenzaron a delinearse algunos lugares distintivos dentro de la relación participante de base y militantes. Básicamente, desde entonces, la demanda del grupo del barrio MTD A-V referida al deseo por “*tener crecimiento*”, “*formación*” con ejes de lucha “*más amplios*” como los del proyecto político del Frente Popular Darío Santillán, fue marcando tenuemente una distinción con cierta permanencia entre quienes se encargan de la “*formación política*” -los militantes- y quienes ocupan el lugar de receptores -los participantes de base- de las prácticas de taller con sentido político.

En efecto, en las actividades de taller observadas subyace el denominador común de una secuencia que avanza con una propuesta dirigida a los participantes de base y una voz militante que regresa en las instancias de cierre, quedando muchas veces excluida de la interpelación en el transcurso de la práctica, lo cual dispone en la relación entre ambas subjetividades una cierta estabilidad entre los lugares simbólicos de formadores y aprendices de “*lo político*”, reservado en los últimos un conocimiento de “*lo social*” esto es, la realidad cotidiana del barrio como material para la construcción del ideal de cambio.

Precisamente, al indagar sobre la participación militante en el MTD A-V Barrio Malvinas en las primeras expresiones al respecto aparecían ideas como las que siguen:

G. [M]: “*Más allá de que también es fundamental de que uno vaya acompañado de una formación política de ellos [participantes de base], es importante de que participen e intervengan, por eso uno va a las asambleas (...). Si bien se quiere generar que en un futuro tengan una participación política, se nos hace difícil. Sí, podemos transmitir hoy ideas políticas, digamos, a Malvinas.*”

V. [M]: “...Entonces, tengo que partir de mucho más atrás. O sea, **estoy tratando de explicar lo que es el patriarcado y la igualdad** ¿Y cómo planteás la igualdad de los derechos y que tiene que compartir las tareas domésticas, por ejemplo, y que no tiene que ser la responsable de todo en tu casa, si ni siquiera sale?...”

A. [M]: “**Los valores que vamos acercando a los chicos** tienen que ver con que vayan priorizando esos valores de cambio.”

Claramente, estos fragmentos revelan un lugar donde los militantes se ubican llevando adelante la *transmisión, explicación y acercamiento* de ideas-valores con implicancias políticas. Pero, también, los participantes de base sostienen ese lugar militante a partir de ideas como las que siguen:

O. [PB]: “Una cosa que **nos explicaban** era a qué íbamos a los piquetes, porque siempre nos íbamos nosotros a los piquetes sin saber nada, porque sabíamos hay piquete a tal hora y nos juntamos acá pero nunca sabía por qué iba o porqué luchaba o iba a pelear.”

F. [PB]: “Desde este año estoy participando porque yo necesito aprender, necesito saber y yo **escucho cuando hablan**, vistas. Yo voy **poniendo acá [señala la cabeza]** lo que dicen y ahí busco la forma de poder contestar.”

Asimismo, esta relación entre formación política-aprendizaje también explica los no lugares de participación militante. Este es el caso del comedor de la agrupación en estudio. Tal como es visto, las labores en esa área (cocina y limpieza) están supeditadas a los participantes de base (principalmente a un grupo de mujeres), mientras que la intervención militante se hace más presente cuando se necesita recaudar fondos que eviten suspender su funcionamiento, por ejemplo a través del armando de ferias de ropa en el barrio: “*el roperito*”.

Ahora bien, esos lugares simbólicos no son necesariamente fijos. Por el contrario, existe en el plano subjetivo algunas apreciaciones que dan cuenta de cierta movilización en lo referente a los sitios (auto)asignados para militantes y participantes de base. En este aspecto, y más allá de sus implicancias, puede verse cómo las propias prácticas de taller también conllevan un dinamismo que incide en los sujetos que participan en ellas con remanencias subjetivas (De la Garza, 2001:13).

Particularmente, en el caso que estamos tratando, es notorio el modo en que las prácticas de taller e incluso el propio contacto con el barrio repercuten en la perspectiva militante generando incluso cambios en el proceso de dar significado a su praxis ya sea por la presencia de contradicciones, de reenganches o desconexiones de sentido en la explicaciones respecto de esos lugares simbólicos anteriormente vistos. Así, por ejemplo, quienes al comienzo de algunas entrevistas se ubican como responsables de la *transmisión, explicación y acercamiento* de ideas-valores con implicancias políticas en otros pasajes posteriores se aproximan a otras posiciones tales como:

G. [M]: *“A veces del barrio me voy con miedo a no saber cómo llegar a involucrarme. En realidad, cómo hacer para que lo que yo pueda llegar a dar pueda o tenga algún tipo de cambio, ¿entendés? No es el hecho de que ir simplemente al barrio, sino de tener una organización que te respalde, digamos, que **se hace en forma colectiva**. Es necesario, eso del hecho de que uno no solamente viene aquí al barrio. De hecho uno **no viene a traer algo al barrio sino a generar algo ahí a adentro**, digamos, porque eso es lo fundamental. **No es yo vengo con cierto conocimiento, ¡no, nada!** Es la idea de construirlo desde ahí dentro y **hacer el taller junto conmigo y que lo hagamos entre todos.**”*

A. [M]: *“Los chicos nos dejan unas cosas re increíbles, todos los sábados. Todos los sábados nos volvemos pensando, sobre las cosas que queremos cambiar, está bueno. Por eso las cosas las pensás antes, durante y después.”*

V. [M]: “Como que yo soy la militante que viene al barrio. En ese sentido me ha pasado que yo siempre he sentido a mis compañeros, a todos (...) Es como que mucho de mi crecimiento como militante política ha sido junto a los compañeros del barrio, ¡mucho, mucho! Para mí venir al barrio fue aprender muchísimo y también pensar política. Pensar la política, de pensar la política más que nadie, no solamente que podemos hacer sino mirar la TV, leer los diarios, digamos.”

Este tipo expresiones apuntan a la construcción de un nosotros colectivo que si bien aún permanece más ligado al lugar del deseo es interpelado a través de la injerencia del “otro” y de las experiencias en espacios comunes. En ellas, se observa que la incidencia de las prácticas de taller regresan a la perspectiva militante en términos de una reflexión respecto de las maneras de construir lazos de unidad con los participantes de base, sobre las formas de estar en y con los zapatos ajenos, las cuales suponen pensar las cosas “antes, durante y después”, deponer el lugar mentado de formadores políticos para volver a “pensar política” en el barrio y hacer el taller “entre todos”.

A su vez, la construcción de este nosotros colectivo encuentra espacio de recepción entre los participantes de base dentro de los estratos subjetivos de carácter emotivos-afectivos como los que siguen:

M. [PB]: “Yo en sí lo que veo en ellos [los militantes] es que no son gente así como interesados y de esos que si yo tengo no necesito hacer nada, porque hay muchos que tienen y piensan para qué me voy a calentar en los barrios que no tienen nada, a cambio de nada. Y eso, es lo que por ahí a nosotros nos da más aliento. Por ahí, nos sentimos más respaldados por ellos capaz por que están más cerca en cada cosa.”

B. [PB]: “Me gusta venir porque siento que no estoy sola acá.”

O. [PB]: “Como que ellos [los militantes] nos ayudan mucho, hay mucho compañerismo.”

Lo expuesto hasta aquí pone de manifiesto que, por un lado, los diferentes procesos de dar sentido no permanecen inmanentes a la incidencia de las prácticas colectivas. Tal como señalábamos desde el plano teórico, existe cierta trascendencia de la experiencia en tanto espacio de apertura a las acciones y como instancia donde se procesan los aspectos culturales tales como las visiones de mundo, historias, imaginarios, prejuicios, sentido común, etc. Revela las formas en que los sujetos sociales construyen un espacio común y logran identificarse, visibilizando los diálogos y disputas de sentidos que intervienen en la constitución de sujetos colectivos.

Mientras que, por otro, subraya la idea de que la subjetividad colectiva es construida por un movimiento transindividual, dentro del cual la relación con el *Otro* es fundante e interviene en la producción subjetiva y donde la fijación de sus elementos (códigos) nunca es completa, no es una totalidad suturada (Laclau y Mouffe, 2004). Por el contrario, los procesos para dar significado a situaciones particulares se inscriben en un proceso móvil que articula códigos culturales heterogéneos y puede tener partes conectadas, relaciones duras, causales o blandas, de contigüidad, discontinuidades, contradicciones e incluso, polisemia del significado (De la Garza, 2001).

Precisamente, como se observa en este análisis, en la relación subjetiva entre militante-participante de base existen variados enlaces entre los elementos de ambas subjetividades que responden a códigos de distinta índole (cognitivos, emotivos, éticos, estéticos, etc.) sin que la presencia de unos logre suturar de manera última la identidad de ninguno. En su lugar, dentro del espacio de sus prácticas cotidianas, de los talleres y actividades desplegadas en el Barrio Malvinas, es posible hablar de dimensiones de

sentido más densas semánticamente para la configuración de la subjetividad colectiva, como las vinculadas a: el espacio “*territorial-barrial*” donde dialogaban sentidos de distinción y confluencia del nosotros-ellos referido a los militantes y participantes de base, a “*los derechos sociales incumplidos*” donde se imprimía un amplio espectro de ideas que iban desde la búsqueda de empoderamiento y restitución del daño hasta otras más orientadas en necesidades sociales puntuales (bolsones de alimentos y planes sociales), a la “*perspectiva política*” donde se presentaban elementos de sentido referidos a la construcción de “*poder popular*” junto con otros más orientados al “*aprendizaje*” que sedimentaban lugares discursivos distintivos entre militantes y participantes de base. En términos generales, todas esas dimensiones disponen sobre el espacio común un modo de estar “*en los zapatos de otros*” y busca lugar dentro del proceso de conformación de un nosotros colectivo.

Ahora bien, pese a que estos elementos de sentido se presentan más dominantes dentro de la red de códigos no inscriben de modo cabal un nosotros colectivo sino que, más bien, interpelan aquellas distinciones existentes entre un *nosotros-ellos* (militantes o participantes de base) cuyas pronunciaciones regresan al momento de origen, donde lo territorial se despojaba de los sentidos militantes de confluencia y se convertía en sitio de distinción entre “*la historia de los desocupados*” y la “*que tiene que ver con estudiantes*”. No obstante, en el camino de esta construcción de nosotros colectivo, las prácticas cotidianas constituyen ámbitos donde se procesan el campo de las diferencias entre las subjetividades en juego siendo evidente que en el terreno de estos espacios ninguno de los sujetos sociales (militantes o participantes de base) permanece ajeno a la presencia de los otros sentidos que allí circulan.

Capítulo VII

Reflexiones finales

En esta investigación se ha intentado avanzar en un análisis que apunta a deconstruir los procesos de conformación de sujetos y subjetividad colectiva en los Movimientos de Trabajadores Desocupados repensando su incidencia en el campo de la constitución de identidades.

En esta perspectiva, se han recuperado un conjunto de prácticas y sentidos que construyen los sujetos nucleados en el Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón del Barrio Malvinas, a fin de dar cuenta sobre los procesos de conformación de subjetividad colectiva. Más específicamente, nos hemos orientado a reconstruir y analizar cómo se conforman las subjetividades de militantes y participantes de base considerando los elementos de sentido presentes en sus prácticas colectivas-cotidianas y, cómo se relacionan ambas subjetividades en la producción de una subjetividad colectiva.

Sobre el terreno de estos interrogantes, y a lo largo de la tesina, hemos dado cuenta de las complejas tramas de sentidos, acciones e historicidad que se encuentran implicadas el Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón del Barrio Malvinas. Sin embargo, en estas líneas finales nos interesa recopilar sintéticamente algunos hallazgos empíricos que revelan aspectos importantes en relación a los procesos de conformación de subjetividad y la constitución de un nosotros colectivo aglutinante en la agrupación en estudio.

En primer lugar, lo abordado nos permitió visibilizar el vínculo existente entre la construcción de subjetividades y los mundos de vida de los sujetos que se inscriben en un movimiento colectivo. En este aspecto, el recorrido por los relatos y prácticas tanto de los militantes como de los participantes de base de la agrupación en estudio,

puso en evidencia la fuerte incidencia de las historias colectivas previas (movimiento de desocupados- movimiento estudiantil) y sus espacios de referencia (barrio-universidad) en el campo de construcción de sus subjetividades. En efecto, sobre aquellas historicidades precedentes anudan elementos de sentido con fuerte impacto en el terreno de conformación de sus subjetividades específicas y, al mismo tiempo, componen trazos de demarcación-distinción entre un *nosotros-ellos* (participantes de base- militantes) que se disponen sobre el espacio de las prácticas cotidianas y colectivas.

Tal como hemos visto, en la relación entre las subjetividades militantes y de los participantes de base aparecía un reconocimiento de *otredad*, atribuido a la existencia de realidades e historias de vida “*diferentes-distintas*” con algunos marcos geográficos definidos. Así, mientras que las situaciones de vida de los participantes de base estaban cargadas de referencias barriales, la realidad de los militantes era vista en términos de un “por fuera” barrial, más específicamente, con referencias que aludían al mundo “estudiantil-universitario”.

A su vez, el encuentro de subjetividades de militantes y participantes de base, situado en el momento de integración del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón del Barrio Malvinas al Frente Popular Darío Santillán, y la demanda barrial de “*crecimiento*” y “*más formación*” implicada supuso la demarcación de lugares simbólicos distintivos entre quienes se encargan de la “*formación política*” -los militantes- y quienes de receptores -los participantes de base- dentro de las prácticas colectivas, conquistando cierta estabilidad a futuro en las diferentes experiencias de taller y actividades inscriptas en el barrio.

En segundo lugar, las experiencias y dimensiones de sentidos vistas nos permitieron revelar algunas distinciones entre lo que concierne a la producción de una subjetividad colectiva y la constitución de un nosotros colectivo aglutinante.

Por un lado, dieron cuenta del carácter móvil, difuso y heterogéneo de las configuraciones subjetivas dado que, tal como ocurre con las producciones discursivas, supone una constitución fundada en lo relacional, en la presencia del Otro, donde la fijación de sus elementos (códigos) nunca es completa y la presencia de unos no logra suturar de manera última la identidad de ninguno. En esta tesitura, fue posible distinguir de dimensiones de sentido más densas semánticamente para la configuración de la subjetividad colectiva vinculadas: al espacio "*territorial-barrial*" donde dialogaban sentidos de distinción y confluencia entre militantes y participantes de base, a "*los derechos sociales incumplidos*" donde se imprimían un amplio espectro de ideas que iban desde la búsqueda de empoderamiento y restitución del daño hasta otras más orientadas en necesidades sociales puntuales (bolsones de alimentos y planes sociales), a la "*perspectiva política*" donde se presentaban elementos de sentido referidos a la construcción de "*poder popular*" junto con otros más orientados al "*aprendizaje-encuentro*" que sedimentaban distinciones entre formadores y aprendices de lo político.

Por otro, si bien todas estas dimensiones se presentaron como sentidos dominantes de la red de códigos dentro de la configuración de subjetividad colectiva, no fue posible distinguir una inscripción cabal un nosotros colectivo. En su lugar, encontramos que estas variadas dimensiones de sentido que se situaban en campo de las prácticas colectivas como elementos capaces de interpelar aquellas distinciones existentes entre *nosotros- ellos* (participantes de base-militantes), entre "*la historia de los desocupados*" y la "*que tiene que ver con estudiantes*".

En nuestro caso en estudio, la subjetividad colectiva no reveló grados estabilidad parcial, de movilización de códigos frente a situaciones comunes, que posibilite observar un tejido sólido de memoria, historia y reconocimiento común y dieran cuenta de un nosotros colectivo. Más bien, las referencias a un “nosotros” quedaron más ligadas al lugar del deseo, movilizando estratos subjetivos de carácter emotivos-afectivos y bajo pronunciaciones discursivas que aludían a “pensar política en el barrio” y construir experiencias “entre todos”, colectivamente.

Ahora bien, el proceso de construcción del sujeto político colectivo también dejó en evidencia la capital incidencia de las prácticas colectivas. En este aspecto, se ha visto como los espacios de taller se presentan como instancia donde se procesan aspectos culturales más amplios tales como las visiones de mundo, imaginarios, prejuicios, sentido común, etc., se convierten en sitios que posibilitan diálogos y disputas de sentidos que intervienen en la constitución de subjetividad colectiva. Aquí, las experiencias colectivas se ofrecieron como espacios donde procesar las diferencias entre las subjetividades en juego siendo evidente que en este terreno ninguno de los sujetos sociales (militantes o participantes de base) permanece ajeno a la presencia de los otros sentidos que allí circulan.

Por último, y en cuanto a los aportes más generales de este trabajo, interesa mencionar que uno de los aspectos relevantes ha sido desanudar el estudio de constitución de identidades piqueteras de los reductos que conceden al “*corte de ruta*” un lugar protagónico en la formación del sujeto colectivo y homologan el campo heterogéneo de las agrupaciones de desocupados en dinámicas y acciones colectivas comunes para reorientarlas dentro de un análisis más capilar. Primordialmente, este trabajo de investigación convirtió a los procesos de construcción de sujetos y la subjetividad colectiva involucrados en la constitución de las identidades colectivas en

un espacio de interrogación central. En lugar de detenerse en los aspectos sociales e históricos que han permitido el surgimiento de los desocupados como sujeto de demanda publica-política relevante, se orientó a indagar en la articulación de sentidos y experiencia colectiva de un movimiento social concreto con el propósito de revelar su incidencia en la construcción de subjetividad colectiva, la cual constituye uno de los elementos más dinámicos de la identidad.

Frente a ello, se ha venido señalando que la construcción de subjetividades e identidades colectivas refiere a dos procesos relacionados. Por un lado, supone sumergirse en el campo de diferencia. Esto implica que las identidades sólo puede construirse a través de la relación con el Otro, la relación con lo que no es (su alter), con lo que se ha denominado su afuera constitutivo. En este plano, los procesos sociales impactan en la conformación y reelaboración de las identidades dado que frente a la presencia de ciertas transformaciones históricas los elementos de dar sentidos rutinarios pueden trastocarse por otros aparentemente inusitados, abriéndose la posibilidad de rearticulaciones, asimilaciones y creaciones en el terreno de las configuraciones subjetivas y de la identidad colectiva.

Así, la emergencia de esta movilización no es suficiente para entender construcción de identidad y subjetividad en el heterogéneo campo de los movimientos de desocupados. En este otro plano, la cuestión de la identidad y subjetividad colectiva supone analizar los procesos de identificación dentro de cada movimiento social en concreto. Principalmente, porque dentro de cada espacio de relaciones sociales específico, se van construyendo determinadas prácticas y procesos de significación que refieren a la pertenencia dentro de un colectivo y que dan lugar a la conformación de un “nosotros”. En este terreno, el acervo de experiencia social va (re)creando un conjunto de prácticas y sentidos, desde el cual los sujetos van inscribiendo trayectorias colectivas.

A lo largo de esta investigación hemos venido sugiriendo un enfoque para los agrupaciones de desocupados que, sin desconocer el contexto histórico y social que ha posibilitado la emergencia de este sujeto social, invita a repensar la construcción de identidades y subjetividades colectivas desde un reducto más denso que se sumerge en el terreno de las prácticas y sentidos que se construyen en el marco de sus experiencias de participación dentro un movimiento social concreto.

Bibliografía General

- ALEXANDER, Jeffrey. C (1992) *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial: Análisis multidimensional*. Gedisa, Barcelona.
- AUYERO, Javier (1997) *¿Favores por votos?: Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*. Losada, Buenos Aires.
- AUYERO, Javier (2001). *La política de los pobres*. Manantial, Buenos Aires
- AUYERO, Javier (2004) *Clientelismo político. Las caras ocultas*. Capital Intelectual, Buenos Aires.
- BECCARIA, Luis y LÓPEZ, Néstor (1996) *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad Argentina*. Losada, Buenos Aires.
- BECCARIA, Luis (2002). "Empleo, remuneraciones y diferenciación social en el último cuarto del siglo XX" en BECCARIA, Luis (y otros), *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los '90*. UNGS, Buenos Aires. Pp. 27-54.
- BIDASECA, Karina (2006). "Vivir bajo dos pieles: En torno a la resignificación de las políticas sociales y las complejidades del vínculo con el estado. El Movimiento de Trabajadores de Solano". *Informe final. CLASPO-IDES*.
- BUCK- MORSS, Susan (1981). *Origen de la dialéctica negativa: Theodor W. Adorno, Walter Benjamín y el instituto de Frankfurt*. Siglo XXI, México.
- CAINZOZ, Miguel Ángel (1989) "Clase, acción y estructura: de E.P Thompson al posmarxismo". *Zona Abierta* Núm. 50. Enero-marzo, pp. 1-70.
- CASTORIADIS, Cornelius (1986) "El campo de lo social histórico", *Estudios filosofía-historia-letras*. http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/estudio04/sec_3.html
- CORREA, María Eugenia y HERMIDA, Mariano (2007). "Vivir del plan. Estudio de caso de jóvenes beneficiarias del Plan Jefes y Jefas de Hogar del barrio Rafael Castillo de la Provincia de Buenos Aires: experiencias de vida en torno a planes sociales", en SALVIA y CHAVEZ MOLINA (comps.) *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina*. Ed. Miño y Dávila. Bs. As.
- COTARELO, María Celia (2006) "Aproximación al análisis de los sujetos emergentes en la crisis de 2001-2002 en Argentina". *PIMSA Documentos y Comunicaciones* Núm. 9.

- CHIHU AMPARÁN, Aquiles (1999) “Nuevos movimientos sociales e identidades colectivas”. *Iztapalapa* Año 17, Núm. 47. Pp. 59-70.
- DE LA GARZA, Enrique (1992). "Los sujetos sociales en el debate teórico", en DE LA GARZA, Enrique (coord.) *Crisis y sujetos sociales en México*. Porrúa, México
- DE LA GARZA, Enrique (2001) “Subjetividad, cultura y estructura”. *Iztapalapa* Núm. 50, México.
- DE LA GARZA, Enrique (2001a). “La epistemología crítica y el concepto de configuración”. *Revista Mexicana de Sociología* 1/2001.pp. 109-127
- DE LA GARZA, Enrique (2006) ¿Hacia dónde va la teoría social? en DE LA GARZA, Enrique (coord.) *Tratado latinoamericano de Sociología*. Anthropos, Barcelona.
- DE LA GARZA, Enrique; MORENO ANDRADE Saúl Horacio y GAYOSSO RAMÍREZ José Luis (2008) “La Querrela de la Identidad: ¿Pasado sistémico, presente fragmentario?” En:
<http://docencia.izt.uam.mx/egt/publicaciones/capituloslibros/Laquerelladelaidentidad.pdf>
- DE ÍPOLA, Emilio (2004). *El eterno retorno. Acción y sistema en la teoría social contemporánea*. Biblos, Buenos Aires.
- DINERSTEIN, Ana (2003) “Argentina: Recobrando la materialidad: el desempleo como espacio de subjetivación invisible y los piqueteros”. *Herramienta Revista de Debate y Crítica Marxista*, Núm. 22.
- DURKHEIM, Émile [1895]. (1986). *Las reglas del método sociológico*. La Pléyade, Buenos Aires
- FREDERIC, Sabina (2009) “Trabajo barrial, reconocimiento y desigualdad en Lomas de Zamora, 1990-2005”, en GRIMSON, Alejandro, FERRAUDI CURTO M. Cecilia y SEGURA Ramiro (comp.) *La política en los barrios populares de Buenos Aires*. Prometeo, Buenos Aires.
- FREYTES FREY, Ada y CROSS, Cecilia (2005) “Políticas sociales y tradiciones ideológicas en la constitución de los movimientos de trabajadores desocupados”. *Séptimo Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET*, Buenos Aires.
- GALAFASSI, Guido (2002) “Tribulaciones, lamentos y ocasos de un tonto país imaginario. El mercado como único y último sentido posible”. *Revista THEOMAI*. Número especial de Invierno Diversidad nacional de Quilmas.

- GIDDENS, Anthony (1990) *La teoría social hoy*. Alianza, Madrid.
- GIMÉNEZ, Gilberto (1994) “Los movimientos sociales. Problemas teórico-metodológicos”. *Revista Mexicana de Sociología*, 2/94.
- GAMSCI, Antonio (1977) *Pasado y presente. Cuadernos de la cárcel*. Juan Plablos, México.
- GRIMSON, Alejandro (y otros) (2003). “La Vida Organizacional en Zonas Populares de Buenos Aires. Informe Etnográfico”. Instituto para el Desarrollo Económico y Social Working Paper Series 02, Montevideo.
- HALL, Stuart y DUGAY, Paul (comp.) (2003) *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu, Buenos Aires.
- IÑIGO CARRERA, Nicolás (2006) “Falacias y realidades sobre la clase obrera”. *Revista Crítica de Nuestro Tiempo* Núm. 34, Buenos Aires.
- IZAGUIRRE, Inés (2006). “Movimientos sociales y lucha de clases”. *Revista Crítica de Nuestro Tiempo* Núm.34, Buenos Aires.
- LACLAU, Ernesto (1990) “La imposibilidad de la sociedad” en LACLAU, Ernesto *Nuevas reflexiones sobre la revolución en nuestro tiempo*. Nueva Visión, Buenos Aires
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal (2006). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- LE BON, Gustave ([1895] 1983) *Psicología de las multitudes*. Morata, Madrid.
- LENGUITA, Paula (2002). “Los desafíos de la identidad piquetera”. CEIL-PIETTE, <http://www.ceil-piette.setcip.gov.ar/docpub/ponencias/lenguitapiq.html>.
- LEÓN, Emma y ZEMELMAN, Hugo (coords.) (1997) *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Anthropos y CRIM, México.
- MANZANO, Virginia (2004) “Del desocupado como actor colectivo a la trama política de la desocupación. Antropología de campos de fuerzas sociales” en CRAVINO, María Cristina (editora), *Resistiendo en los barrios. Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires*. Universidad Nacional de General Sarmiento, Instituto del Conurbano.
- MARX, Karl y ENGELS, Federico ([1845] 1982). *La ideología alemana*. Cultura Popular, México.

- MARX, Karl y ENGELS, Federico ([1848] 1965). *Manifiesto del Partido Comunista*. Primera edición, Ediciones en Lenguas Extranjeras. Beijing, 1965.
- MEINKSINS WOOD, Ellen (2000) *Democracia contra capitalismo: La renovación del materialismo histórico*. Siglo XXI, México.
- MELUCCI, Alberto (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. El colegio de México, México.
- MERKLEN, Denis (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Gorla, Buenos Aires.
- MUNCK, Gerardo (1995) “Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales”. *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 57, No. 3, (Jul. - Sep., 1995), pp. 17-40, Universidad Nacional Autónoma de México.
- MUÑOZ, María Antonia (2005). “La difícil construcción de una identidad colectiva: Los piqueteros”. *Revista Antropológica Iberoamericana*, sep-oct Nro.043, España.
- NEIMAN, Guillermo y QUARANTA, Germán (2006) “Los estudios de caso en la investigación sociológica” en VASILACHIS de GIALDINO, Irene (coord.) *Estrategias de investigación cualitativa*. Gedisa, Barcelona.
- PARAMIO, Ludolfo (2005). “Teorías de la decisión racional y de la acción colectiva”. *Sociología*, Año 19- Núm. 57, enero-abril de 2005, pp. 13-34.
- PARSONS, Talcott (1966) “El sistema social”. *Revista de Occidente*, 1996. Madrid.
- PÉREZ LEDESMA, Miguel (1994). “Cuando lleguen los días de cólera. Movimientos sociales, teoría e historia”. *Zona abierta*, Núm. 69. Pp. 51-120.
- PIOVANI, Juan Ignacio; MARRADI, Alberto y ARCHENTI, Nélica (2007). *Metodología de las ciencias sociales*. Emecé, Buenos Aires.
- PIZZORNO, Alessandro (1989) "Algún otro tipo de alteridad: Una crítica a las teorías de la elección racional". *Sistema 88*, enero.
- PORTANTIERO, Juan Carlos (1999). *Los usos de Gramsci*. Grijalbo, Buenos Aires.
- PORTES, Alejandro y HOFFMAN, Kelly (2003). “La estructura de clases en América Latina: composición y cambios durante la era neoliberal”. *Desarrollo Económico- Revista de Ciencias Sociales* Núm. 171, Vol. 43. Ed. IDES, Buenos Aires.
- QUIRÓS, Julieta (2006). *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Antropofagia, Buenos Aires.

- RANCIERE, Jacques (1996) *El desacuerdo. Filosofía y Política*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- RETAMOZO, Martín (2005) “Trabajo, subjetividad y acción. Desempleo, sentidos y acción colectiva”. Congreso ASET 2005.
- RETAMOZO, Martín (2006) “Los Piqueteros: Trabajo, subjetividad y acción colectiva en el movimiento de trabajadores desocupados en Argentina”. Ed. Universidad de Salamanca. *América Latina Hoy*, 42.
- RETAMOZO, Martín (2006 a) “Esbozos para una Epistemología de los Sujetos y Movimientos sociales”. *Cinta Moebio*, septiembre Núm. 026, Chile.
- RETAMOZO, Martín (2007). “Orden social, subjetividad y acción colectiva. Aportes hacia una configuración teórica para el estudio de los movimientos sociales”. Documento del taller Desocupación: sujetos sociales, subjetividad colectiva y acción disputa por el orden social en Argentina. 1º cuatrimestre 2007.
- RETAMOZO, Martín (2009). “Orden social, subjetividad y acción colectiva. Notas para el estudio de los movimientos sociales”. *Athenea Digital*, Núm. 16. Pp. 95-123, Universitat Autònoma de Barcelona
- REVILLA BLANCO, M. (1996). “El concepto de movimiento social: Acción, identidad y sentido”. *Revista Última Década* Núm. 005. Centro de investigación y difusión poblacional de Achupallas. Viña del Mar, Chile. pp. 1-18.
- FERNANDÉZ RIVAS, Lidia y VARGAS ISLA, Lilia Esther (1994) ¿Sujeto social o subjetividades emergentes? *Tramas, subjetividad y procesos sociales* Núm. 6, Junio/1994. Pp. 81-101. Universidad Autónoma Metropolitana.
- SCHÜTZ, Alfred (1974). *El problema de la realidad social*. Amorrortu editores. Segunda Edición, 1995. Buenos Aires.
- SVAMPA, Maristella (2002) “Las nuevas urbanizaciones privadas: la integración social hacia arriba” en BECARRIA, Luis et al. *Sociabilidad y socialización: Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Biblos, Universidad Nacional de General Sarmiento. Buenos Aires.
- SVAMPA, Maristella (2005). *La sociedad excluyente. La argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Taurus, Buenos Aires.
- TARROW, Sidney (1997) *El poder en movimiento. los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza Universidad, Madrid.

- THOMPSON, Edward Palmer (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica, Barcelona.
- TORRES CARRILLO, Alfonso (2000) “Educación popular, subjetividad y sujetos sociales”. *Revista de la facultad de humanidades*. Universidad Pedagógica Nacional.
- TORRES CARRILLO, Alfonso (1999) “Identidades barriales y subjetividades colectivas en Santa Fe de Bogotá”. *Revista de la facultad de humanidades*. Universidad Pedagógica Nacional.
- TOURAINE, Alain (1991). *Los movimientos sociales*. Almagesto, Buenos Aires.
- VASILACHIS de GIALDINO, Irene (2007). “El aporte de la epistemología del sujeto conocido al estudio cualitativo de las situaciones de pobreza, de la identidad y de las representaciones sociales” en *Forum: Qualitative Research*, Volumen 8, Núm. 3, Art. 6.
- VERÓN, Eliseo (2007). *La semiosis social: Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Gidesa, Barcelona.
- VOMMARO, Gabriel (2006). “Acá no conseguís nada si no estás en política”. Los sectores populares y la participación en espacios barriales de sociabilidad política.” *Anuario de Estudios en Antropología Social*, IDES, Buenos Aires.
- VOMMARO, Pablo (2003) “La producción y las subjetividades en los movimientos sociales de la Argentina contemporánea: el caso del MTD de Solano”. Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO.
- WEBER, Max (1969). Capítulo I: “Conceptos sociológicos fundamentales”. En: *Economía y sociedad*. Fondo de cultura, México.
- WEBER, Max (1978). “La ‘objetividad’ cognoscitiva de la ciencia social y de la política social”. *Ensayos sobre teoría sociológica*. Amorrortu editores, Buenos Aires
- ZIBECHI, Raúl (2003) *Genealogía de la Revuelta. Argentina la sociedad en movimiento*. Nordán Comunidad. Letra Libre, Buenos Aires.

Bibliografía Específica

- GONZALEZ, Manuela y SILBER, Julia (coord.) (2003). *La universidad en el barrio. “Abordaje interdisciplinario para la promoción de los derechos de la niñez y*

la adolescencia en el barrio Malvinas de la ciudad de La Plata". Proyecto de Extensión UNPL, 2003. Colección universitaria. Buenos Aires.

- RELLI, Mariana (2005). "Actores sociales en la resolución de problemas habitacionales: El caso del Barrio Las Malvinas de La Plata." *Geograficando*, revista de Estudios Geográficos, Año 1, Vol.1. Pp. 143-154.
- MAZZEO, Miguel y STRATTA, Fernando (coords.) (2007) *Reflexiones sobre poder popular*. El colectivo, Buenos Aires.
- MAZZEO, Miguel (2007) *El sueño de una cosa (introducción al poder popular)*. El colectivo. Buenos aires.

Fuentes Secundarias

- Diario Hoy, 25 de noviembre de 2003, La Plata. "El perfil de uno de los barrios más abandonados de La Plata" En: <http://pdf.diariohoy.net/2003/11/25/pdf/11-c.pdf>
- Boletín electrónico, Galón Sur. *Historia*. En web: <http://www.nodo50.org/galponsur/>
- Boletín, MTD la Plata. En: http://www.segundo enfoque.com.ar/horg_mtdveron.htm
- Boletín informativo: Prensa de Frente. En: <http://www.prensadefrente.org/>